



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

De la guerra no deviene sólo el combatiente

**Más allá de la violencia: encuentros ficcionados con
excombatientes**

Mónica Márquez Ramírez

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología
Bogotá, Colombia

2021

De la guerra no deviene sólo el combatiente

**Más allá de la violencia: encuentros ficcionados con
excombatientes**

Mónica Márquez Ramírez

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Antropología Social

Directora:

Catalina Cortés Severino

Doctora en Antropología, Historia y Teoría de la Cultura

Universidad Nacional de Colombia
Facultad, Departamento (Escuela, etc.)
Ciudad, Colombia
2021

*El viento en contra fue el motor
Que propulsó este despertar
Que no podrán difuminar, no.
Con narrativas de control
Ya no dominan la opinión
Y ya que los pudimos ver
No vamos a retroceder.
No somos los de antes
Somos lo de hoy en adelante.
(Cultura Profética)*

Al anhelo de paz que arden en nuestros corazones.

Agradecimientos

“Así es tu corazón profundo, como el mar, que no se cansa de amar. Que se prende en un segundo, que nunca se va a apagar. Que no pierde la esperanza, que siempre vuelve a empezar” (Corazón profundo, Carlos Vives). Gracias Dios por tu apoyo, por ser en mi vida.

A mi esposo, Jairo Eligio, ¡gracias! sin tu apoyo, tu escucha y tu paciencia esto no habría sido posible, gracias por tu generosidad, tu amor y tu mirada crítica; tus aportes, tus propuestas fueron definitivos en la urdimbre de este trabajo. Gracias a Hugo y Gloria, mis papás, sus oraciones me han sostenido durante largos años, su confianza me sobrecoge; gracias a la mirada generosa de mis hermanos Hugo y Jimena, sus palabras de apoyo y su cuidado me motivan enormemente. Gracias Jime por leerme y atreverte a ilustrar para este texto y mi apuesta. Gracias a lxs González Esguerra, Jairo y Claudia, mis suegros amorosos e interesados en mis avances, gracias por escucharme y apoyarme; gracias Sofi por hacerme sentir acompañada, por orientarme con generosidad.

Quiero agradecer especialmente a Juliana Machado, Camila Medina y Silvia Monroy, quienes me ayudaron a ampliar la reflexión que me condujo a consolidar este trabajo. Agradezco especialmente a Silvia, quien me retó para hacer trabajo de campo, sin la contundencia de sus palabras, creo que, difícilmente me hubiera animado a emprender esta aventura que me llevó a andar el camino que acá comparto. Gracias a la profesora Martha Nubia Bello, me ha inspirado desde que la conozco y su invitación a dejar ser esta apuesta sin temer a los efectos que produjera me mantuvo en la intención de llevarla a cabo.

Alejandra Ortiz y Eliana Pinto también hicieron parte de este proceso de humanizar a quienes combaten y comenzar a verlos de manera compleja, no solo como portadores de armas. Articulé a esta pregunta sobre el sujeto en filas, las inquietudes sobre los pensamientos y acciones que se entraman con la vida antes de uniformarse y una vez ese camuflado deja de vestirse por el retiro o la desmovilización. Eli, gracias por tu lectura tan generosa y retadora.

Gracias a Lina María Díaz, tu lectura fue refrescante y despertó confianza en mí; a Rodrigo Mogollón gracias por leerme con tanta atención al detalle, por darme ánimo y hacerme sentir acompañada en este proceso, tus aportes fueron muy valiosos. John Jairo Rincón gracias por escucharme, animarme e interesarse por este proceso, me ayudaron mucho nuestras conversaciones y los consejos provenientes de tu experiencia.

Gracias al profesor Carlos Páramo quien fue tan importante en este andar, me animó enormemente y me retó en cada una de las generosas conversaciones que tuvimos. Me invitó a rebasar los límites que me había impuesto, a escuchar mi voz y a defender el camino que fui construyendo en esta elaboración. A la profesora Tania Pérez Bustos, cuyas palabras y vitalidad me han inspirado, gracias por su generosidad, por su escucha y por nuestra conversación que renovó y encauzó mi interés por este proyecto. Gracias a Angélica Acosta, quien me orientó en la constitución del proyecto de la tesis, su energía y buen ánimo fueron confortantes.

Conté con el generoso voto de confianza de Catalina Cortés, quien tutoriando este trabajo, no dudó en respetar mis ideas y mi estilo ¡Gracias profe!; su guía posibilitó una robustez conceptual que no habría logrado de otra forma, mediante sus palabras, producto de la atenta lectura y el potencial que veía en mi trabajo, descubrí apuestas propias que yo no había logrado poner en palabras.

Gracias a cada una de mis amigas, Erika Sepúlveda y Olga Parrado siempre han estado ahí, su arduo trabajo y disciplina me inspira. Gracias a Sandra Rengifo, sentí su interés genuino, su apoyo. Juliana Duarte y Juliana Wilches gracias por tanto cariño, sus reacciones a mi texto me animaron enormemente, me transmitieron su confianza en momentos de dudas. María Angélica gracias por tu apoyo siempre y por echarme la mano con la traducción.

Gracias a cada persona con quien me cruce, cada persona que me escuchó, me contuvo y me acompañó.

Contenido

26 N - Prólogo en tiempos de paro nacional	2
A modo de encuadre	5
Mis intenciones	5
¿Con quienes trabajar?	13
Sobre los dilemas	15
I. Sobre cómo nos acercamos	25
Aproximación a la vida en filas. Metodología	25
¿Campo?	31
Descubriendo a los combatientes	36
Raúl, Antonio y Armando	39
Escritura: apostando por la ficción y mi lugar	45
Aportando narrativas alternativas	52
Aprender creando en la escritura. Preámbulo a la elaboración de nuestras voces	60
II. Suponía el imperio de la violencia	64
Perspectivas de muerte y relatos de combate	64
Lo hermoso	77
Mi único amigo	80
Aguilar	83
III. Pensaba distantes los afectos	87
Fluyen afectos	87
La orden absurda	99
Dolorones	102
Mi mirada civil	108
IV. Creía que el pasado quedaba atrás	111
Entre llanto	111
Persisten dolores del pasado	119

Contenido	X
No creo que usted me entienda	123
Retornando en silencio	127
Epílogo a la elaboración de nuestras voces	141
Pasados alternativos, futuros posibles	149
Bibliografía	158
Mi campo/bibliografía	163

Resumen

De la guerra no deviene sólo el combatiente.

Más allá de la violencia: encuentros ficcionados con excombatientes.

Como un aporte a los estudios sobre combatientes y partiendo del reconocimiento de que la vida en filas no se concreta únicamente en la perpetración de violencia, en este trabajo se construyen una serie de relatos ficcionados que invitan a considerar dimensiones de la vida en armas y sus efectos en tres excombatientes distintos; asimismo resulta una invitación a reflexionar sobre cómo se posiciona y es interpelada la persona que se presta para su escucha, dado que su presencia es constante en la escena de desarrollo de los relatos. La metodología llevada a cabo y su expresión a la largo del texto responde al reconocimiento y validación de las emociones de la autora y al imperativo del cuidado del otro en el proceso de rememoración.

Palabras clave: combatientes colombianos, ficción, reflexividad, etnografía experimental, emociones.

Abstract

The result of the war is not only the combatant .

Beyond the violence: fictionalised stories with ex-combatants

This work is an addition to the studies about combatant life, it parts (begins) from the recognition that life in the ranks is not only constructed by the carrying of violent acts. In this research, fictionalising stories composed by three individual ex/combatants, provoke us to consider the many dimensions and effects of the militant life. Additionally, this work invites us to reflect on the position of the listener and how these stories question their own perspective, as s/he becomes a constant part of the narrative in the act of listening to the stories. The methodology of this works is a response to the recognition and validation of the author's emotions in caring for the 'Other' within the process of remembering.

Keywords: fighter, fiction, reflexivity, experimental ethnography, emotions

Lista de ilustraciones intervenidas

Ilustración 1. Hilvanando devenires de un hombre en armas	4
Ilustración 2 Reconociendo una trama.....	59

26 N - Prólogo en tiempos de paro nacional

“Dilan no murió, a Dilan lo mataron”

Escribo entre lágrimas, mientras fuera del apartamento donde vivimos, en medio de un cacerolazo arengan... Yo, desde mi ventana, cuchara y sartén en mano: Dilan no murió, a Dilan lo mataron.

Nunca me tuve que enfrentar a la militarización de Sogamoso, para mí ni los soldados, ni los policías representaban un peligro, no sabía sobre guerrilleros y menos de paramilitares, nunca ví un arma larga de frente. Dos de mis hermanos -del primer matrimonio de mi papá- pertenecieron al Ejército y la Policía. Los respeto y aunque ellos no lo saben los quiero y me alegra que su existencia atravesase la mía porque me ha ayudado a interpelar los absolutos sobre unas y otras personas en el país.

Al ingresar a la universidad¹ vi por primera vez al Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad). Yo les tengo miedo. Temo un bolillazo, temo una detención, temo la muerte. Los ví apuntando con sus armas y lanzando objetos de frente. En mi memoria tengo a un amigo a quien las esquirlas de una recalzada le saltaron a la cara, recuerdo a un compañero que tratando de alejar un gas, lo tomó con la mano y se quemó. Me acuerdo que estábamos en diseño, viendo de lejos la pedrea cuando llegaron gases no sabíamos qué hacer, no sabíamos dónde meternos, alguien los pateó. Recuerdo el miedo de salir sola de la universidad y que la policía o el Esmad me detuvieran, me golpearan.

Antes de conocer al Esmad yo no tenía protocolos de cuidado, después de conocerlos aprendí: no quedarse sola, que siempre haya alguien que sepa dónde está una, si a una la detienen gritar nombre y cédula, pedir presencia de defensores de derechos, de personería. Lo que hago hoy cuando veo Esmad: yo corro, huyo, me escondo... me conozco y me paraliza, así que quien va conmigo en las marchas sabe que me puede apretar fuerte la mano y halarme, yo voy a correr. Hasta tuve datos de algún amigo abogado. El miedo mayor: la muerte, por supuesto. Ser herida, ser golpeada.

¹ Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Programa Curricular de Trabajo Social.

La angustia: que si algo como eso me pasa, se vuelva mi culpa porque así lo narran las personas cuando dicen que por algo sería, que qué estaría haciendo. Duele la justificación de la violencia, la culpabilización de los padres que acaban de perder un hijo.

Tengo miedo al Esmad. Jamás estaría tras ellos.

Mi mamá dice que, cuando era pequeña, me acerqué a un policía a preguntarle “¿ustedes son los que matan niños?”. No tengo un recuerdo sobre ello y creo que eso delata mi edad, no tendría más de cinco años y era consciente de que hombres uniformados de verde estaban violentando en el país. Así fuí socializada, bajo la comprensión de que la violencia en el país es parte del paisaje y quizá por estos treinta años de vivir en Colombia y gracias al paso por la universidad y a verme distante de los uniformados, emprendí esta aventura que no tiene una pretensión distinta a permitirme ver al humano tras el verde.

Así como rechazo las narrativas que justifican la violencia, he aprendido en este andar a interpelar los relatos en que los uniformados de uno u otro grupo son comprendidos desde el absoluto vinculado a la ejecución de violencia. Esa es la consigna de este trabajo “de la guerra no deviene sólo el combatiente” mediante la cual sostengo que en el marco del conflicto armado no sólo se construye el actor armado que combate y confronta al enemigo: su experiencia no solo está atizada por la violencia; la consolidación de relaciones, la construcción de prácticas de vida, la vulnerabilidad, el afecto, el cuidado, el interés tienen también lugar.



Ilustración 1. Hilvanando devenires de un hombre en armas

“Hilvanando devenires de un hombre en armas”

Ilustración: Jimena Márquez Ramírez.

Bordado sobre papel: Mónica Márquez Ramírez

“La buena bordadora se conoce porque no se ve su mano en la pieza que realiza”, una frase que aunque resuena en el bordado me invitó a preguntarme por la mano, el corazón, el cuerpo, el cerebro y las emociones que escriben, investigan e indagan. Yo dándole vida no solo a esta pieza, sino a Antonio, Raúl y Armando.

A modo de encuadre

“Qué nos falta ver, qué tiene que pasar para conectar: que se active, quizás, la fibra humana”

Fibra humana. Cultura profética

Mis intenciones

Hola a quien tiene este texto en las manos. ¡Gracias por leerme! Mi nombre es Mónica Márquez Ramírez, soy de Sogamoso (Boyacá) y comencé a interesarme en el conflicto armado colombiano cuando llegué a estudiar Trabajo Social en la Universidad Nacional de Colombia.

Las noticias sobre modalidades de violencia y grupos armados resonaban a diario en los canales nacionales, había algunos rumores sobre acciones de la “guerrilla” en la vía al llano, que pasa por Sogamoso; no obstante el conflicto armado cobró sentido para mí con el interés de estudiarlo en mi pregrado, donde también aprendí de la mano de mis maestras, especialmente Yolanda López y Martha Nubia Bello, sobre el sujeto, el grupo y el impacto del conflicto armado en estas dimensiones de la vida. A ellas siempre gracias por retarme, por ayudarme a abrir la mente, a disfrutar el estudio, de su mano aprendí a reconocermé capaz.

Martha Nubia Bello es una maestra excepcional, su acompañamiento en mi formación profesional me llevó a interesarme en los trabajos de memoria, en los sentidos sobre lo vivido, en la comprensión de las lesiones que deja la guerra, así como en la fortaleza de las víctimas y los muchos aprendizajes que ellas nos legan a través de su impronta de esperanza, dignidad y justicia. Y fue precisamente en el desarrollo de mi práctica profesional en el Grupo de Memoria de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) y las charlas que teníamos con el grupo de practicantes que empecé a sentirme interpelada en mi comprensión prístina y blanca sobre las víctimas y oscura y malvada de los victimarios.

Recuerdo bien un día en que vimos una audiencia de versión libre de Ramón Isaza ante un juez de Justicia y Paz², en que él afirmaba no recordar lo que le estaban preguntando, sobre las acciones perpetradas por las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM); recuerdo mi indignación, recuerdo el calor y el malestar recorriendo mi cuerpo, muestras de mi renuencia a creerle a él que no recordara. Luego conversamos sobre las cualidades de la memoria “es selectiva y está llena de olvidos” ¿cuál era mi resistencia para ver a Ramón Isaza como un humano con memoria de características humanas?

Después de esa experiencia tuve el privilegio de trabajar en la CNRR como asistente de investigación, mi responsabilidad era leer algunos de los informes que se habían producido hasta la fecha y a partir del análisis de estos generar insumos para los capítulos sobre daños y memoria del informe *¡Basta ya! Memorias de guerra y dignidad* (CNMH, 2013). El aprendizaje fue enorme: la ruta para crear categorías y organizar la información; al compás de esos hallazgos, nuevamente emergió una serie de interpelaciones relativas a mi posición sobre las víctimas y los victimarios.

La lectura me llevó a considerar que, en algunos casos en que los paramilitares violentaban comunidades, las víctimas se ajustaban a las dinámicas de los armados para su beneficio. Me explico: había padres que entregaban a sus hijas al comandante paramilitar por tierras, personas que levantaban acusaciones contra otras a sabiendas que en el orden de los armados eso significaba la muerte. Me cuestioné al conocer estos hechos y Martha me orientó para acercarme a “las zonas grises”, categoría que Primo Levi propuso para comprender a aquellos sujetos cuyos roles como víctimas y victimarios se superponen³. Las preguntas e

² “LEY 975 DE 2005 (julio 25) por la cual se dictan disposiciones para la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios”.

³ El concepto de zona gris es acuñado e introducido al análisis de las relaciones víctima – victimario, víctima – víctima por Primo Levi quien, como sobreviviente de los campos de concentración nazis, “presenta el concepto en 1947 en “Si esto es un hombre” y lo profundiza en 1986 con “Los hundidos y los salvados” (Sánchez, 2008, pág. 7)

En los escritos de Primo Levi, quienes ocupan el espacio de la zona gris son prisioneros – funcionarios a quienes los alemanes les encargaban varias tareas como conducir a sus compañeros de campo a las duchas, disciplinar la insubordinación y la desobediencia, repartir los alimentos, limpiar los hornos crematorios, también “la clasificación de los objetos, la cuenta diaria de

inquietudes sobre lo “gris” de víctimas y victimarios en la guerra me ha acompañado desde entonces.

Me permití⁴ sorprenderme por dichas referencias que descolocaban a los armados como victimarios y comenzar a pensar que no solo perpetrán violencia, sino que sus vivencias están atravesadas por otras experiencias. Esa inquietud me llevó a la Maestría en Antropología donde amplí mi idea sobre los matices de la guerra para pensar más allá de aquellos sujetos que en simultánea son víctimas y victimarios, e intentar adentrarme en mi comprensión sobre los sujetos que hacen parte de grupos armados.

Me permití dejarme interpelar y sorprender, abrir oídos, ojos y corazón para considerar que mis ideas debían ser tocadas y maleadas por las experiencias de otros, de esos que yo percibía como completamente alejados de mi propia humanidad. Así esta tesis no trata sobre superposiciones víctima - victimario, sino que constituye un acercamiento a la vida de los excombatientes cerniendo la violencia en procura de interesarme en otras características de la vida en armas.

De acuerdo con esta determinación, inicialmente mi pregunta de investigación fue sobre las transformaciones en la subjetividad de excombatientes. No obstante, el acercamiento que hice al material en que se basa esta propuesta y el imperativo de cuidado a las personas con que se trabaja, generó cambios en esa pregunta y devino en un proceso que articula una escritura pensada para fácil y amplia divulgación con historias emotivas de excombatientes en encuentro conmigo.

prisioneros, los cuidados médicos, la construcción y mantenimiento de los campos y el control sobre los grupos de trabajo” (Moreno Feliu, 2010, págs. 115 - 116). Márquez, inédito. página 6.

⁴ Hago alusión a “permitirme” esas consideraciones en el contexto de polarización, estigmatización y señalamiento que vive nuestro país, donde tener en cuenta esas consideraciones es esquivo dado que se enfrenta al recordatorio casi diario de la violencia perpetrada. Ésta por supuesto es real, provocó victimizaciones variadas, pero puede llegar a opacar los sentidos que quienes conforman los grupos armados atribuyen a estos. Tenerlos en cuenta podría permitirnos comenzar a considerar a esos otros como semejantes y considerar su particularidad.

El proceso de exploración de distintos materiales sobre excombatientes y los descubrimientos que comencé a hacer sobre las vidas de los combatientes, los cuales confrontaban mis certezas al respecto, comenzaron a darle forma a los objetivos de este trabajo, por lo que puedo afirmar que no lo antecedieron, sino que el proceso condujo a la consolidación de este texto y a la conformación de los objetivos y la metodología que le dio forma.

El objetivo general consiste en explorar, mediante la consulta de distintos materiales que tratan sobre la vida en las filas de grupos armados, dimensiones de la vida de los hombres excombatientes que discutan las (propias) concepciones de ellos solo como productores de violencia.

Este objetivo fue posible mediante: a) la revisión de diversos materiales que daban cuenta de la cotidianidad de los hombres en armas, más allá de la perpetración de violencia; b) el análisis de las características de los relatos provenientes de distintas fuentes, a fin de comenzar a entender la configuración de la vida en armas y captar particularidades de ésta en relación con el grupo al que se perteneció y el proceso de retornar a la vida civil; c) reflexionar sobre mis propios prejuicios y reacciones frente a quienes han sido parte de grupos armados, como una forma de considerar las implicaciones que tiene el encuentro con los victimarios.

Los objetivos anteriormente descritos están atizados por decisiones, interpelaciones y reflexiones en torno a las cuales consolidé la metodología del trabajo, el proceso de reflexión conceptual, la definición de mi campo y las voces y experiencias que aparecen en los textos que construí. Comparto esta información en este apartado y el primer capítulo del texto.

En los siguientes capítulos, que se pueden entender como la segunda parte de la tesis, elaboré una propuesta en que intento dar cuenta de experiencias de vulnerabilidad, dolor, vivencia de la confrontación con el enemigo, además de algunos sentidos que se atribuyen a la vida en armas, vivencias presentes, relaciones significativas, todas atravesadas por la dinámica

de la memoria -expresados en el ejercicio de la narración- que conectan distintos momentos vitales de las personas.

A diferencia de la perspectiva de Miriam Jimeno (2019), no trabajo en comprender y dar cuenta de la configuración emotiva de los excombatientes - “el conjunto de representaciones y conexiones afectivas” (pág.121) a partir de las cuales se dilucidan los hilos que conectan “a los sujetos con esquemas culturales aprendidos” (pág. 27)-; sino cómo las emociones acaecen, cómo se expresan y cómo dilucidan dimensiones de la vida de los otros excombatientes que hemos relegado al considerarlos con mayor énfasis los agentes de la violencia.

Esta construcción está también vinculada con mis propias sensaciones con respecto a los encuentros con excombatientes - tema al que me refiero más adelante-. En este contexto cobra especial relevancia la alusión que Sara Ahmed (2015) hace sobre las emociones en su expresión cognitiva mediante juicios - que inicialmente yo vinculé a los prejuicios con que me aproximé a la cotidianidad de los excombatientes a través del material que se convirtió en mi campo- y las sensaciones corporales, que yo asimilaba como reacciones ante la posibilidad de encuentros y relaciones con los excombatientes.

Estos aspectos aparecen en los relatos de la segunda parte de la tesis y explican también las decisiones metodológicas que se tomaron para lograr este documento. En este contexto aunque esta tesis no es sobre la configuración emotiva de los excombatientes, construyo un relato con una intención emotiva, en perspectiva de no solo compartir datos relevantes para cumplir con el objetivo planteado, sino aspiro a convocar también las emociones de quienes realicen la lectura; está precedido y delineado por la aproximación emotiva que yo hice sobre el material; y finalmente la expresión de las emociones de los excombatientes en los relatos conduce a reconocer dimensiones desmarcadas de la perpetración de la violencia.

Así se construyó una suerte de puerta de entrada para interpelar mi propia experiencia y mis juicios; explorar la vida de ese otro que me resultaba en absoluto distante y enfrentar el dilema de la escucha; hacerme preguntas sobre el cuidado del otro y sus emociones como

parte de la ética en la investigación; así como elaborar un texto que dé cuenta de encuentros con los excombatientes, en que mediante sus historias descubrimos dimensiones de su vida en filas y los vínculos con su pasado y su presente.

Con base en mi campo construí relatos ficcionados sobre tres excombatientes distintos, cuyas historias nos permiten pensar en los aspectos a los que se enfrentan en el marco de la confrontación armada, las relaciones intrafilas, la vida diaria entre compañeros, el tránsito hacia la vida civil y los impactos que la vida en armas genera sobre las personas y sus relaciones. Se trata además de un proceso en que mi voz también tiene un lugar, exponiendo las confrontaciones que se constituyeron en dicha relación y compartiendo reflexiones al respecto.

Estas historias resultan el vehículo mediante el cual comparto hallazgos del proceso de investigación y busco responder a la pregunta **¿Cómo en la configuración de la vida de quienes han sido excombatientes se acompañan experiencias diferentes a la perpetración de violencia?** Por supuesto esta pregunta no se responde completamente, pero los ejes temáticos que organizan estos textos son una invitación a considerar algunas dimensiones de la experiencia de la vida en armas vista fuera del catalejo de la violencia perpetrada.

Es mi intención contribuir a los estudios que sobre los combatientes se han elaborado. De acuerdo con la revisión que llevé a cabo, éstos se organizan en cuatro sentidos: uno que profundiza en la vida en filas y el proceso mediante el cual un civil se convierte en combatiente. Dentro de estos estudios podemos encontrar aspectos relacionados con las estrategias de entrenamiento, la transformación del cuerpo mediante este como mecanismo discursivo y de coerción física que conduce a la configuración de un combatiente (Medina, 2009; Aranguren, 2007).

Asimismo se refieren a los impactos que se produce en quienes ingresan a la filas de los armados (Londoño y Nieto, 2006; CNMH, 2017; Forero, 2017); las transformaciones que experimentan en su diario vivir y en relación con su género -al respecto me referiré más

adelante- (Londoño y Nieto, 2006; Vanegas, 2017; Serrato, 2009); los valores que se construyen, sostienen y perpetúan en el andamiaje armado (Blair, 1999 en Machado; Medina, 2009; Forero, 2017a, 2017b). Dentro de esta primera categoría se hallan también referencias al transcurrir de la vida cotidiana y cómo la lógica con que esta se construye consolida el orden armado y de esta forma al actor armado y delinea las acciones que lleva a cabo (Pinzón, 2012; CNMH, 2019).

Otro sentido corresponde a las acciones que los armados emprendieron cuando se encontraban en armas y las relaciones que en esa posición configuraban con la comunidad civil. Al respecto nos encontramos referencias a las construcción de formas de convivencia entre los armados y la población civil a través de las cuales se consolidan órdenes sociales particulares (Caraballo, 2010); la forma en que estos órdenes sociales vinculados a la acción armada operan generando mecanismos de control y de esta forma coerción sobre los cuerpos, el lenguaje, las relaciones (Madariaga, 2006). Así como investigaciones sobre las diversas formas de relacionamiento y perpetración del orden que un mismo grupo armado puede llevar a cabo en distintos territorios, que se relacionan profundamente con la interacción entre civiles y combatientes (Arjona, 2008; López, 2009).

El tercer sentido identificado corresponde a los hechos de violencia sufridos por los combatientes que fueron perpetrados por el grupo armado al que pertenecían, en particular lo que concierne a las violencias experimentadas con motivo del reclutamiento forzado (CNMH, 2017). En este mismo contexto de vivencia de la violencia se recogen las acciones ejecutadas por los bandos enemigos, en particular consideré el trabajo del Centro Nacional de Memoria Histórica sobre el secuestro y la victimización por municiones sin explotar y minas antipersonales (2018, 2019).

Una última temática que abarca la literatura concierne a los procesos de desmovilización y la implementación del proceso de reincorporación a la vida civil, en relación con la diferencia de contextos en la vida en armas y la vida civil (Céspedes, 2015, Theidon, 2009; Londoño y Nieto, 2006); el proceso de convivencia que se construye con aquellas comunidades con que interactúan (Villamizar, 2010).

A través de mi propuesta busco generar un aporte a estos ejes de estudio, en particular al primer y cuarto eje temático, resonando con la idea de que “detrás de la violenta insociabilidad del mundo contemporáneo hay algo más que desquiciados y criminales” (Giralda, 2009 en Pinzón, 2012), que para este trabajo se sintetiza en el planteamiento “de la guerra no deviene solo el combatiente” como expresión relativa a que la pertenencia a un grupo armado no solo conduce a la constitución de un sujeto hecho para enfrentar y violentar al otro, sino provisto de experiencias particulares vinculadas con la vulnerabilidad, el malestar, el afecto, el silencio, el cuidado.

Adicionalmente, los distintos trabajos revisados son una base para analizar cómo distintos autores y autoras se han acercado a construir conocimiento en torno a combatientes y excombatientes. Valoro enormemente cómo en estos documentos (Medina, 2009; Caraballo, 2010; Blair y Londoño, 2003) quienes desarrollan el proceso de investigación dejan la evidencia de las confrontaciones personales que implicó la escucha y abordaje de historias de quienes han empuñado armas.

Quizá el aporte clave de mi propuesta con relación a otros estudios que se han ocupado de ampliar la perspectiva con la que se entiende a quien ha sido combatiente, es integrar la dinámica de la memoria en la construcción de los relatos de hombres excombatientes, dando cuenta así de los movimientos entre el pasado - el momento de la vida en filas- el presente; así como exponer mis prejuicios y malestares en el escenario de la conversación, configurando así una invitación a ver-se reflexivamente a sí en la relación con sujetos repudiables. Así la tesis resulta también un documento de reflexión e interpelación no sólo en términos metodológicos, sino intelectuales y emocionales.

La metodología que se configuró para lograr la tesis resulta también un aporte, dado que encara los dilemas a los que me enfrenté al considerar el relacionamiento con los excombatientes; en este contexto propone una forma de aproximación a las experiencias de hombres que estuvieron en armas, mediada por la revisión de material literario y audiovisual.

¿Con quienes trabajar?

La decisión de que este trabajo abordara la pregunta sobre los hombres excombatientes fue construida con base en la revisión de literatura, teniendo en cuenta la importante producción académica en relación con la experiencia de mujeres excombatientes vinculadas a grupos armados ilegales. reconociendo que estas son específicas, distintas a las de los hombres.

En estos textos se reconoce la especificidad de las experiencias de las mujeres, con respecto a las de los hombres que hacen parte de grupos armados. Así, se pone de presente cómo la experiencia de las mujeres está condicionada por un escenario de guerra “eminente masculino”, en palabras de María Eugenia Vásquez (2011). Por su parte, Londoño y Nieto (2006) analizan las condiciones de participación de las mujeres en organizaciones armadas, incluso en lo que concierne a los procesos de paz.

De manera similar Vanegas (2017) refiere el papel activo de las mujeres en grupos insurgentes, partiendo de comprender el género como “una categoría relacional que tiene que ver con la desigualdad entre los sexos, evidenciando la construcción cultural de lo que es ser “mujer” u “hombre” y la relación de poder que existe entre ambas categorías en lo social, material, económico y simbólico y cómo estas relaciones están inmersas en diferentes instituciones sociales” (Vanegas, 2017, pág. 36). A partir de dicha comprensión se refiere a las experiencias de las mujeres en la insurgencia planteando: “la mimetización de la masculinidad, (...) la desidentificación del género, (...) el mantenimiento de los roles de género” (pág. 90).

Serrato (2009) alude a 5 mujeres guerrilleras con quienes trabajó acerca de sus procesos de subjetivación, caracterizados en relación con la capacidad de decisión de cada mujer, el impacto y la vivencia de dichas decisiones y la resistencia “al amoldamiento social y cultural en su comunidad” (pág. 106). No obstante este reconocimiento de la agencia de las mujeres, Serrato indica que la dinámica interna del grupo “va generando paulatinamente una homogenización de la mujer a lo masculino” (pág. 107).

Blair y Londoño aluden a las implicaciones que la pertenencia a grupos armados produce en la identidad de género de las mujeres (2003, pág. 106), es decir cómo impacta su identificación como mujeres. Todos son relatos y elaboraciones analíticas en torno a cómo la guerra es un campo en que la masculinidad predomina y la femineidad no tiene un lugar consolidado.

En lo que respecta al abordaje de la experiencia de mujeres en AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), López (2009) se aproxima a las representaciones que sobre ellas se producían en el marco de la guerra, incluyendo sus roles en el andamiaje paramilitar. López también alude a la ausencia de referencias a las mujeres en documentos elaborados por “miembros oficiales” de las AUC como una muestra de “la tendencia a masculinizar al combatiente y a militarizar su masculinidad como un proceder ‘natural’” (pág. 29).

En síntesis, la vida en filas ha sido descrita como un campo masculinizado. En tal sentido, Medina (2009) hace alusión a cómo los procesos de socialización de los combatientes forjan un guerrero imbuido en características masculinas (su investigación integra excombatientes hombres y mujeres de AUC, ELN y FARC).

Asimismo, Londoño y Nieto presentan en su análisis cómo las mujeres combatientes “realizan cambios profundos en su identidad de género, ‘para adherirse, no sin conflicto, a la cultura hegemónica masculina presente en los grupos insurgentes’” (Vásquez en Londoño y Nieto, 2006, pág. 20). Pinzón (2012) también hace referencia al carácter masculinizado de las estructuras de AUC, en un trabajo que integra a hombres y mujeres con énfasis en la vinculación al grupo y los roles desempeñados en este, de acuerdo con el reconocimiento de la diferencia entre los combatientes rurales y urbanos.

La vinculación de los hombres en los escenarios de la guerra ha promovido que las vivencias de los hombres en filas sean percibidas por la articulación entre la masculinidad, la fuerza y el ejercicio de violencia. Theidon explica cómo la masculinidad queda rezagada en los estudios de género: recuerda que la perspectiva sobre los hombres “se basa en su raza, etnicidad o edad - no en su identidad como hombres” (2009, pág.7).

En este contexto cobra relevancia visibilizar y profundizar en las vivencias de los hombres que han estado en armas en un contexto en que con mayor énfasis se promueven preguntas en torno a la participación de las mujeres y sus prácticas.

En este contexto se inscribe mi interés por acercarme a las experiencias de hombres armados. Parto de considerar que es relevante seguir aportando a que sean conocidas sus experiencias más allá de los valores que se asocian a la masculinidad y que parecen expresarse ampliamente en el campo de la configuración de grupos armados y la perpetración de violencia.

Sobre los dilemas

“¿cómo pueden nuestras formas de conocimiento e imaginación permitirnos ser a nosotros y a las criaturas que nos rodean?” Ingold, 2015. pág. 27

Recuerdo la clase de Trabajo Social Familiar con la profesora Bárbara Zapata, tengo presente el momento en que nos confrontó con que el trabajo en la comisaría de la familia implicaba, en ocasiones, tener de frente al violador o golpeador y que era parte de nuestro rol conversar con él. Huí de esa posibilidad en ese mismo instante y me negué a asimilar que debía relacionarme con esos sujetos.

Me rondó nuevamente esa realidad en los seminarios de práctica, pues algunos ejercicios consistían en escuchar a quienes habían sido combatientes paramilitares como versionados de la ley de Justicia y Paz. Al recibir mi grado como Trabajadora Social y comenzar el proceso de considerar en qué me podía emplear, hice un voto interno a través del cual afirmaba que no iba a trabajar con actores armados, sino con las víctimas del conflicto.

Huí a cualquier posibilidad de compartir escenarios con quienes habían sido parte de grupos armados. No obstante, en este proceso me ví a mí misma buscándolos para que fueran parte de este proceso. Se trataba de comenzar el trabajo de campo: buscar personas que tuvieran interés en conversar conmigo sobre sus experiencias como combatientes. Surgieron varias

preguntas ¿existían personas con tal interés? ¿qué podría yo ofrecer como contrapartida a alguien que me contara sobre su vida? ¿iba a conseguir, a través de esas conversaciones, ingresar a la intimidad de las personas?

Tras esas preguntas iniciales, otras emergieron: ¿me interesaba a mí construir una relación cercana con quienes habían empuñado las armas? ¿les interesaba a ellos? ¿qué garantía había de que a través de los encuentros que les planteaba pudiéramos llegar a trascender relatos que ya tenían incorporados como respuestas plausibles hacia una civil?, esos que yo he escuchado vez tras vez y que vuelven a los lugares en que la heroicidad y la explicación de la violencia perpetrada son el hilo conductor de las narraciones.

Así se refirió Svetlana Alexiévich (2013) a su interacción con mujeres que habían hecho parte del Ejército Rojo, al enfrentarse con escenarios en que sus interlocutoras construían un relato para el público:

“(…) dos verdades conviviendo en la misma persona: la verdad personal, confinada a la clandestinidad, y la verdad colectiva, empapada del espíritu del tiempo. (...) La primera de ellas rara vez lograba resistir el ímpetu de la segunda. (...) Me resultaba imposible llegar a sus impresiones personales, chocaba contra una fuerte defensa interior. El autocontrol. La corrección era constante. Se podía rastrear perfectamente la relación de causa - efecto: cuantos más oyentes había, más estéril, más imposible era la narración. Mesuraban cada palabra, ajustándola al “como es debido”. Lo horrible se volvía sublime; y lo oscuro e incomprensible del ser humano, explicable. De pronto me encontraba en el desierto del pasado, donde solo había monumentos. Los actos heroicos. Orgullosos e impenetrables” (pág. 125 - 126).

Consideré también -en compañía del profesor Carlos Páramo-, que se cristalizaba en los excombatientes una forma de relatar que se tornaba monolítica. Esta característica podría mediar los relatos y resultar en que no se me permitiera acceder a recuerdos y reflexiones más íntimas y personales, bien fuera por guardar cierta apariencia del grupo al que se perteneció, porque la intimidad y emotividad del recuerdo impedía su revelación o como

estrategia de cuidado o reserva o porque perviven las prácticas de clandestinidad y silencio que se habían aprendido en el pasado.

Tener en cuenta estas reflexiones fue definitivo pues la propuesta de la tesis no buscaba ahondar en la perpetración de la violencia, en determinar las motivaciones que llevaron a las personas a ser parte de grupos armados o conocer a profundidad sus ideales políticos o sus ideas sobre la injusticia o la propia victimización como escenario en que se consolida la opción de hacer parte de un grupo armado.

Estos no eran mis intereses, no porque no revistan importancia y nos ayuden a dilucidar a qué nos enfrentamos en la búsqueda y la construcción de la paz en el país, sino que tomaban distancia de mi deseo de conocer cómo los sujetos se habían transformado y qué ignoraba yo como civil de sus experiencias, que me permitiera en mi día a día acercarme a ellos de forma menos prevenida.

Los “grises”⁵ de la experiencia del combatiente eran el horizonte hacia el cual dirigía mi esfuerzo cuando este proceso comenzó a decantarse. La apuesta por aportar un relato no hegemónico sobre sus experiencias, un relato que precisamente se desmarcara de la idea de ellos como productores de violencia, distante de las apuestas que nos han ayudado a comprender sus motivaciones, las lógicas y dinámicas del grupo armado y las continuidades de esa violencia que en el país nos ha acompañado durante décadas.

Descubrí en el proceso que aunque yo no uso palabras que intrínsecamente deshumanicen a estos sujetos: no los nombro como “animales”, ni “diabólicos”, e incluso intento poner en tensión estas referencias insistiendo en que el daño en el conflicto armado se comprende reconociendo que se trata de humanos violentando a otros humanos, yo también los sentía distantes y distintos de mi persona. Era más cómodo para mí saberlos y situarlos lejos pues no me enfrentaba a preguntas sobre una posible relación con ellos. Antes de este proceso

⁵ Cabe indicar que la categoría de zona gris hace referencia a la superposición de los roles de víctima y victimario en una misma persona. No obstante los grises a los que acá me refiero conciernen más a las experiencias distintas a la ejecución de violencia como característica de quien combate.

no me pasaba por la cabeza la posibilidad de construir una relación con quienes portaron armas en medio de este conflicto colombiano⁶.

Tras el relacionamiento constante con el horror ejecutado por quienes hacen parte de los grupos armados por mi experiencia profesional⁷, tenía un fuerte deseo por saber más sobre ellos y las vicisitudes de su vida diaria. Tras acercarme a la comprensión de los grupos armados como instituciones “donde se reproducen relaciones de disciplina, vigilancia y sumisión a partir de las oposiciones hombre fuerte/mujer débil (Igota, 2004; Castañeda, 2005; Goldstein, 2001), varón/homosexual, hombre versus todos aquellos socialmente asociados a la debilidad y la desviación” (Medina, 2009), era mi intención trascender lo que Alexiéovich (2013) llama “monumentos”.

Mi objetivo consistía en intentar acceder a historias de otro talante: las historias personales, que no implican el borramiento de la influencia del grupo, sino que dilucidan al ser humano tras las armas, al hombre que podía entenderse como “desviado” pues denotaba “debilidades” al enseñar sentimientos y emociones, que no tenían cabida de acuerdo con el proceso de socialización por el que atraviesa al incorporarse al grupo armado⁸ (Medina, pág. 7).

⁶ Cabe indicar que al comenzar la maestría, mi proyecto de tesis proponía la exploración de las zonas grises a partir de relatos de víctimas ya acopiados por el Centro Nacional de Memoria Histórica. Tras considerar que estas memorias tienen un contexto de enunciación muy particular teniendo en cuenta que son acopiados por una entidad pública, y al considerar conversaciones al respecto con Martha Bello y Silvia Monroy decidí abandonar esta idea. En este contexto contemplé la posibilidad de trabajar directamente con víctimas que tuvieran relatos sobre sí u otras personas ocupando una zona gris, pero en perspectiva de brindar cuidado y no abrir lesiones o profundizar daños me opuse a llevar a cabo el trabajo de esta forma. En este escenario empezó a tomar forma la pregunta por los excombatientes y los diversos matices que sus experiencias tenían, además de la perpetración de violencia. Tras el reconocimiento de los dilemas que vivía al considerar el relacionamiento con excombatientes y la exploración de material que me permitió comenzar a conocer estas dimensiones otras, distintas a la violencia en la experiencia de los excombatientes, la pregunta de investigación se transformó y el trabajo me produjo una profunda interpelación intelectual y emocional.

⁷ Durante más de 7 años he trabajado en el Centro Nacional de Memoria Histórica en continua relación con los relatos y descripciones sobre cómo los armados perpetraron hechos violentos.

⁸ Cabe indicar que el trabajo de Camila Medina (2005) aborda los procesos de socialización de grupos ilegales como lo son grupos insurgentes y paramilitares en el país. No obstante dicha condición, en el presente trabajo parto de entender que en las Fuerzas Militares los soldados atraviesan también un proceso de socialización que comparte los valores que indica Camila al respecto. Sea el momento para anotar que para los fines de este trabajo “grupo armado” incluye tanto a grupos ilegales como legales, bajo en entendido de su carácter gregario y el porte de armas,

Me refiero “al ser humano tras las armas”, puesto que en el proceso pude reconocer que su pertenencia al grupo armado -que implicaba no solo el porte de armas sino la perpetración de violencia-, para mí situaba a estos hombres en un lugar distante a mí misma: el lugar que les atribuía era el de perpetradores, violadores de derechos humanos, productores de violencia. Los momentos en que lograba sentirme cercana, me convocaban sus historias de sufrimiento en filas, obviando experiencias de otro tipo que pudieron tener lugar mientras estuvieron en filas.

Si bien inicialmente tal condición me resultaba una desventaja, la misma me llevó a no “dar por hecho” manifestaciones de afecto en filas, sensaciones de añoranza y extrañamiento del pasado y vivencias de vulnerabilidad que tuvieron lugar mientras se estuvo uniformado. A mi favor tenía, por mis propios prejuicios, una disposición al extrañamiento y profunda sorpresa con respecto a esas vivencias.

Ahora bien, contemplar la posibilidad de invitar a hombres que pertenecieron a grupos armados a hablar sobre su vida en los tópicos que eran de **mi interés** me generó varios dilemas. No solo sentía que me estaba enfrentando a un escenario como el que Alexiévich describía, sin poder “controlar” que las historias que se me compartieran trascendieran los “monumentos” de los militantes, los héroes o los trabajadores de autodefensas⁹; sino que me inquietaba abrir momentos del pasado que quizá mis interlocutores no buscaban explorar o que se habían esmerado en dejar atrás, sin la suficiente experticia para abordarlos. En palabras de Ruth Behar (2009) sentí un “creciente malestar surgido de los estrechos vínculos que hay entre el investigador de campo y el inquisidor en tanto extractoras de confesiones” (pág. 51).

básicamente. No obstante esta noción, no desconozco el carácter constitucional de las Fuerzas Armadas de Colombia.

⁹ Hago referencia a “los monumentos de los militantes, los héroes o los trabajadores de autodefensas”, bajo la comprensión de que esos son la suerte de discursos que se han elaborado sobre quienes pertenecen a los grupos armados: guerrilleros que son más bien militantes de una causa política, soldados como héroes de la patria que entregan su vida por el mandato constitucional que tienen; trabajadores de las autodefensas, como noción que contiene, por un lado la condición de hacer parte de las AUC como un trabajo que era pago y de otro lado, la consolidación de dichos grupos como respuesta defensiva a los ataques de grupos armados insurgentes.

Yo quería proponerles que en los espacios que compartiéramos construyeran relatos como movimientos continuos entre el pasado y el presente, dado que no solo tenía interés en cómo había sido su vida en armas, sino en cómo esa vida era permeada por el pasado previo al ingreso o la incorporación, así como buscaba entender un poco las formas en que el presente en la vida civil era, precisamente, permeado por lo vivido previamente. Esos escenarios connotaban una significativa vulnerabilidad en ese *otro* con quien quería interlocutar.

De acuerdo con mis intereses de investigación, las conversaciones que proponía promovían un ejercicio de memoria que implicaba traer al presente recuerdos del pasado, con la consabida implicación emocional que dicha rememoración despertaba (CNMH, 2013). Esa característica imponía el enorme reto de lograr acceder a las historias íntimas que quizá no habían sido compartidas con otros civiles -salvo en espacios institucionales de aportes a la verdad-, en las cuales los hombres dejaban traslucir esas dimensiones suyas que el entrenamiento y la experiencia en filas les había enseñado a considerar debilidad. Adicionalmente me situaba en una interacción donde debía estar provista de habilidades para acompañar a los hombres en sus procesos de rememoración, promoviendo acciones de cuidado y bienestar emocional.

¿Iba a lograr acceder a las dimensiones de la experiencia que estaba buscando? ¿Era responsable y cuidadoso acceder a esas vivencias, considerando las implicaciones emocionales que se iban a configurar? Reconociendo además que la socialización misma de los hombres en armas no solo iba a cernir lo que dijeran, sino podía imponerse en cómo se sintieran en el desarrollo de los ejercicios, silenciando los impactos que mis preguntas pudieran generar.

De acuerdo con la crítica que Ruth Behar (1996) elabora en torno a la relación que establece quien investiga con las personas sobre quienes investiga,

“los observadores profesionales desarrollan defensas, a saber, ‘métodos’ que ‘reducen la ansiedad y nos permiten funcionar eficazmente’. Incluso decir: ‘soy un

antropólogo, esto es trabajo de campo’, es una forma clásica del uso de un método para drenar la ansiedad de situaciones en que nos sentimos cómplices de estructuras de poder, o incapaz de liberar a otro del sufrimiento, o sin saber si actuar u observar” (pág. 6)

Este dilema ético resitúo mi responsabilidad con quienes interlocuto, me condujo a considerar que no sólo los relatos de las víctimas pueden promover expresiones de dolor y sufrimiento que deben ser acompañadas. Se configuró una interpelación al ejercicio de cuidado que se construye en relación con quienes han hecho parte de grupos armados. Dicha reflexión la vinculé también a la importancia de hacer devoluciones efectivas en el marco de procesos investigativos, que contengan sentido para las personas con que nos encontramos a propósito de sus vivencias.

Por otra parte, como lo expresé antes, mi percepción sobre los combatientes les situaba en el rol de perpetradores, desconociendo otras aristas de su experiencia; dicha percepción se había configurado por efecto de las historias sobre modalidades de violencia a las que había accedido mediante los relatos de las víctimas.

Estos relatos habían consolidado mi percepción sobre los combatientes, habían procedido directamente de las víctimas. Se habían configurado en forma de documentos, audios, entrevistas y bases de datos de información cualitativa, donde la característica general de éstos era la referencia a la violencia vivida y las formas en que dicha violencia había lesionado la vida como se conocía, así como las maneras en que las personas daban continuidad a su día a día.

En particular había tenido una relación más cercana y profunda con relatos sobre desaparición forzada y los vínculos que esta modalidad tiene con hechos como el asesinato y la violencia sexual, así como la táctica perversa de silenciar o eliminar a quienes emprenden la búsqueda de sus familiares; también tenía presente que la modalidad se configura como una forma de tortura sobre las víctimas, los dolientes que esperan a sus seres queridos y que se debaten entre desear la vida y al mismo tiempo -considerando el

sufrimiento que la persona puede padecer en manos de los armados - la muerte de quienes están desaparecidos.

Precisamente por la percepción que tenía sobre los perpetradores, deseaba ahondar más en su experiencia y abrirme a comprenderlos no sólo como ejecutores de violencia, buscando así proponer matices que creo necesario considerar. Paradójicamente, aunque buscaba tal acercamiento, tenía prefiguradas ideas sobre ellos: qué habían hecho y cuáles eran los alcances de quienes habían sido parte de grupos armados. Tenía una idea sobre quiénes eran y cómo se podían comportar.

En este contexto yo me sentía vulnerable con respecto a lo que pudiera suceder en nuestros encuentros a pesar de que proyectaba construir con ellos una relación que no estaba atravesada por la vivencia de la violencia -como sí lo fue para las víctimas sobre quienes había leído-, tampoco se trataba de un escenario en que los armados tuvieran el control y regulación del espacio y los cuerpos que en este habitan, y este proceso estaba pensado para desarrollarse con personas que no se mantuvieran en armas.

Separar a los hombres de lo que yo sabía sobre las acciones que pudieron haber ejecutado mientras estaban en armas me resultó inquietante. Asimismo pude apreciar cómo, aunque ellos pudieran relatarse como incorporados a la vida civil, mi percepción sobre ellos hacía con dificultad distingo entre su rol en el grupo y la ejecución de las acciones propias de ese rol en el presente.

Emergieron varias preguntas: ¿Era deseable acercarme a ellos desprendiéndome de lo que sabía sobre los actores armados? ¿acaso no aporta complejidad al proceso de investigación lo que yo he aprendido sobre los armados? ¿Cómo podía sostener con ellos una conversación obviando lo que sabía de ellos? ¿Cómo podía sentirme segura si podría tener en frente a personas que perpetraron esas violencias de las que había leído? Una profunda vergüenza me habitó: cómo iba a lograr acercarme a los excombatientes teniendo en mente semejantes ideas respecto a ellos.

Traté de obligarme a buscar esas relaciones con hombres que hubieran empuñado las armas. Daba un paso adelante y dos atrás cuando había alguna posibilidad de comenzar a conversar con algún hombre excombatiente, tenía sus números de contacto, pero me abstecía de llamarlos. Por un lado porque aún no sabía cómo procurarles escenarios cuidadosos con sus emociones, y tampoco tenía claro cómo generar una devolución efectiva al acto de “abrirse” conmigo, que trascendiera la elaboración de mi texto de tesis -donde, por demás, ellos solo aparecerían en los agradecimientos, no con autoría como tal-; por otro lado porque persistían mis sensaciones de vulnerabilidad con respecto a encontrarme con ellos.

En algún punto de este proceso se abrió la posibilidad de conversar con un hombre amigo de un conocido. Él se encontraba en otra ciudad, pero había manifestado disponibilidad para hablar conmigo a pesar de que desconocía de qué se trataba mi tesis. No obstante esa aparente disposición, no nos fue posible comunicarnos. Un par de veces tras haber pactado una cita para conversar virtualmente, él me comentaba que algo había surgido impidiendo nuestro encuentro; mientras yo me debatía respecto a qué preguntas hacerle y qué temas tratar para no promover acciones que le generaran daño. No logramos conversar y desistí de seguir tocando esa puerta cuestionando nuevamente que el interés de hablar sobre su vida era mío, no precisamente suyo.

Además de considerarlo a él y su bienestar, mi manifiesta resistencia a vivir una inmersión en esa relación me inquietaba. Me reconocí en ese contexto como mujer joven, vulnerable frente a la perpetración de violencia. Bien es cierto que esta idea estaba alimentada por lo que sabía a priori a la consolidación de relaciones con hombres que hubieran hecho parte de grupos armados, no obstante aún no me sentía preparada para asumir la configuración de una relación entre nosotros.

La vergüenza persistía, sentía que debía “romper” mis miedos y avanzar en la consolidación de relaciones con estos hombres. Me inquietaba dar a entender que no era capaz de emprender un trabajo de campo como creía que se esperaba de mí siendo estudiante de la Maestría en Antropología. No obstante, habitando mi cuerpo femenino, me sentía incómoda y en riesgo, reconociendo que los hombres en armas resultan la expresión más exacerbada

de masculinidad (López, 2009; Medina, 2005; Vásquez en Londoño y Nieto, 2006; Theidon, 2009).

Quiero insistir en que mis prevenciones si bien no estaban infundadas, dado el conocimiento que tengo sobre formas de violencia, sí carecían de asidero factual dado que no había ni siquiera comenzado alguna conversación con excombatientes. Quiero también poner de presente que expresar mis inquietudes está lejos de querer seguir reproduciendo estigmatizaciones contra quienes alguna vez vistieron camuflado y empuñaron armas. No obstante las emociones estaban ahí: no podía rehuir de ellas en contravía de mi propio cuidado y bienestar.

Encontré legítimas mis sensaciones - tres semestres después-, entendiendo que el “trabajo de campo se asume como uno descorporificado, donde caminar lento, enfermarse, pedir ayuda o tener miedo están fuera de los límites” (Beltrán, Ojeda, Rivera, 2019, pág. 102), no obstante “nuestra posición como investigadoras genera maneras distintas de relacionarnos con quienes habitan el campo de investigación, la manera como somos observadas y representadas en los distintos lugares genera otro nivel de vulnerabilidad” (Escobar, 2018, pág. 258).

En este contexto y tras considerar la cristalización de relatos monolíticos en los posibles interlocutores; el imperativo ético de no desarrollar acciones que promovieran cuidado y garantizaran una devolución efectiva; la vulnerabilidad y miedo que me habitaban, mi opción por el trabajo de campo se fue configurando distinto a la interacción personal.

I. Sobre cómo nos acercamos

Aproximación a la vida en filas. Metodología

Como un ejercicio preliminar, para comenzar el proceso de reconocimiento de las particularidades de quienes habían pertenecido a grupos armados -por sugerencia de los antropólogos Silvia Monroy y Carlos Páramo, en diálogos de asesoría de tesis-, me aproximé a literatura sobre sus vivencias en armas; así mismo comencé la revisión de prensa en relación con experiencias de combate, vivencias de acciones bélicas producto de la confrontación entre actores armados. También me acerqué a referencias sobre el retorno a la vida civil.

Inicié además la revisión de distintas piezas audiovisuales como series, documentales y películas que representaban la misma temática, de acuerdo con la indicación de mi directora de tesis Catalina Cortés. Sumé a esta revisión la búsqueda de podcast, programas radiales en que los combatientes fueran los protagonistas¹⁰. En este sentido acopié material que se convirtió en mi campo -tema que profundizaré en el siguiente apartado-.

Ahora bien, el primer criterio de selección de las piezas que hacen parte del material revisado es que este diera cuenta de la vida en armas¹¹. En este sentido me acerqué a autores como Svetlana Alexievich, Erick Remarque y Tim O'Brien quienes han documentado distintas guerras desde la perspectiva de los combatientes. Estas historias de latitudes distintas me introdujeron en la comprensión de la humanidad frente al combate y la guerra y la expresión de los impactos individuales y familiares que configura.

¹⁰ Puede dirigirse al final de este trabajo, después del apartado bibliografía encontrará la referencia de cada uno de los elementos que fueron revisados y constituyen el material – campo de esta tesis.

¹¹ Cabe indicar que de este primer criterio y la organización de la información que surgía en el proceso de revisión, se fueron construyendo otras categorías de análisis.

A esta aproximación se sumó la relevancia de la comprensión del contexto colombiano. Me acerqué a trabajos de investigadores colombianos¹² que, con base en las narrativas de excombatientes de distintos grupos armados permiten entender las diferencias entre estos grupos y quienes los conforman, así como perfilan escenarios en que nos enseñan sobre la dinámica con la comunidad civil y los dilemas del retorno a la vida civil. Un aporte clave de estas investigaciones fueron los testimonios de los excombatientes como fuente, dado que permitía acceder a sus perspectivas y comprensiones.

Estas investigaciones y otras obras literarias¹³ resultaron claves para comenzar a admirar la belleza en medio de la devastación de la guerra, la intimidad de las relaciones entre los combatientes y los trazos que se tejen entre la vida en filas, así como la vida que precede esta experiencia y las vicisitudes que enfrentan quienes retornan a la vida civil; entre otros aspectos sobre los que la literatura referente al conflicto armado en Colombia presentaba coincidencias con lo hallado en la literatura sobre otras guerras.

Esta exploración que comenzó con literatura fue detonadora de la consolidación de este trabajo en, por lo menos, dos sentidos: 1. La identificación de aspectos que desconocía sobre la vida de los combatientes y que interpelaban las ideas con que comencé el proceso de investigación, a partir de los cuales comencé a hilvanar las categorías de análisis del material; 2. El acercamiento a la estética literaria, lo que implicó aprendizajes en la labor de la escritura, que posteriormente emprendí.

Los hallazgos en la literatura se fueron articulando a aquellos provenientes de material audiovisual. Inicialmente mediante películas como *Platoon* (1986) y series como *Band Of Brothers*¹⁴ (2001) -ajenas al contexto colombiano- realicé la identificación de características

12 Arjona (2008); Caraballo (2010); Céspedes (2015); Londoño y Nieto (2006); López (2006); Madariaga (2006); Medina (2009); Monroy (2013); Pinzón (2010); Prieto (2012); Serrato (2009); Theidon (2009); Vanegas (2017); Villamizar (2010); Aranguren (2007, 2011; Arango (2019)). A los relatos de miembros del Ejército Nacional me aproxime especialmente mediante las producciones del Centro Nacional de Memoria Histórica (2016, 2017, 2019) que de acuerdo con su mandato institucional había documentado experiencias vividas por miembros de las fuerzas del Estado.

¹³ Aliexevich (2013, 2016); Diez de Palma (2012); Remarque (1929); O' Brien (1990); . Las obras literarias colombianas revisadas fueron Lozano (2015); Molano (2009); Vásquez (1998).

¹⁴ Otras series y películas revisadas fueron *Castillo de arena* (2017); *Distrito salvaje* (2019 - 2020); *Hasta el último hombre* (2016); *Medallas de honor; 1917* (2020), *Los programas radiales*,

como aquellas que emergían de los textos, de manera que las categorías de organización de la información se comenzaron a llenar de contenido.

La diferencia fundamental entre el material se relaciona con los elementos que permiten percibir: el audiovisual nos presenta voces, cuerpos, materialidades, expresiones faciales y verbales en una dimensión en que varios sentidos son requeridos, se conjuga nuestra vista y oído. La inclusión de material audiovisual enriqueció los acercamientos que la literatura inicialmente me permitió; el situarme en el rol de lectora y el mismo ejercicio de leer me hicieron entrenar mi propia escritura mientras el material audiovisual proveyó elementos útiles para la narración.

La escucha y percepción de cómo se ve el otro y cómo habla, así como el proceso de retomar el material escrito e imaginar quiénes estaban detrás de los relatos no solo condujo a comprender y aprender sobre excombatientes, sino que fue estimulante para la elaboración misma de la tesis. Interpelar mis consideraciones sobre cómo se ve o escucha un combatiente con la posibilidad de involucrarme en su contexto mientras escuchaba una pieza radial o veía una serie no solo robusteció el desarrollo de las categorías analíticas, sino que hizo posible el ejercicio de creación que se presenta en este texto.

Al proceso de consolidación de las categorías y el desarrollo de la escritura se sumó la visita a diversos videos de YouTube (canciones de las FARC, explicaciones de los espacios que habitan soldados y guerrilleros, referencias a las armas usadas y su funcionamiento, el registro de combates, la narración en primera persona de la experiencia en la carrera militar) y una revisión aleatoria de los comentarios que se hacían al respecto¹⁵, el acercamiento a voces concretas, experiencias narradas por sus protagonistas, palabras idiosincráticas, formas de expresarse, fue fundamental para comenzar a darle cuerpo a la propuesta escrita.

series web y videos de YouTube se encuentran referidos después de la bibliografía en el apartado "Mi campo". En lo concerniente a material multimedia realicé la revisión del Micrositio "Detrás del Uniforme" (2019); Masculinidades, relatos de combatientes. Serie web (2019)

¹⁵Invito a ver el detalle de los videos y audios en el apartado "Mi campo", al finalizar este documento.

A los videos se sumaron las noticias o crónicas que distintos medios nacionales e internacionales produjeron sobre la vida en armas y las estrategias de retorno a la vida civil¹⁶. Cabe indicar que estas piezas suelen estar acompañadas por fotografías, lo que supuso un tiempo de revisión de estas imágenes, notar los rasgos en los rostros, las manos, las posturas que se adoptan.

Reconocer la vida en armas desde estas orillas del material literario y audiovisual funcionó como una ventana a considerar las formas de la confrontación bélica: las imágenes, los sonidos y las descripciones vívidas me dieron más elementos para inmersa en dichos contextos; un efecto similar viví con las referencias a los afectos que surgen estando en armas y los sentimientos que se despiertan, las alusiones a compañeros queridos, las historias cotidianas que dan sentido a esas relaciones y las particularidades de las mismas.

Aun cuando no había logrado consolidar relaciones con hombres excombatientes, el desarrollo de esta revisión y las preguntas que el material me hacía comenzaron a ayudarme a descubrir esas dimensiones de la vida de los excombatientes que se desmarcan de la perpetración de violencia. Comencé a construir mi “diario de campo”: las entradas además de incluir conclusiones y reflexiones en torno al material que estaba revisando, me permitieron volver sobre experiencias pasadas que mediante la escritura comencé a caracterizar.

A lo largo del relacionamiento con el material fue constante la interpelación a mí misma en tres sentidos: qué pensaba sobre los excombatientes y qué me estaba revelando el material; cómo me sentía emocionalmente al acercarme a sus historias y cómo esas sensaciones se iban movilizandome al introducirme en el material; cómo percibía mi cuerpo, las tensiones y malestares que notaba en este, así como las sensaciones de apertura y tranquilidad que en algunos momentos experimenté. Estos aspectos hicieron posible una lectura crítica y analítica para hallar coincidencias en el material y comenzar el ensamblaje de temáticas para la escritura, así como mi puesta en escena.

¹⁶ BBC (2017); Cultura Inquieta (2018); El Colombiano (2019); El País (2020); El Tiempo (2001, 2018); Revista Semana (2017); Télam (2013).

En este contexto, la revisión estuvo acompañada por las preguntas que durante años me había hecho sobre las zonas grises y las renovadas inquietudes que estaba estimulando la Maestría, así como las nuevas preguntas en torno a las implicaciones que tiene reconocer a los hombres como sujetos que también son forjados al ser parte de los grupos armados. Asimismo vinculé como material mi experiencia profesional en temas relacionados con el conflicto armado, específicamente la participación en tres investigaciones desarrolladas por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2013, 2016, 2018), el conocimiento de dos iniciativas de memoria con personas excombatientes de las Farc (2018), el acompañamiento a una conmemoración de hechos perpetrados contra el Ejército Nacional colombiano, así como la facilitación de un taller con miembros de la fuerza pública (2019).

Teniendo en cuenta que la revisión comenzó a desarrollarse en simultánea con el trabajo analítico de identificación de disimilitudes y coincidencias entre las experiencias narradas por combatientes o excombatientes en los distintos materiales. Tras los primeros hallazgos de la revisión, entablé conversaciones con investigadoras que habían trabajado con miembros de distintos grupos armados, quienes habían abordado no sólo la lógica de los grupos, sino que trabajaban en torno a los sujetos inmersos en éstas y sus memorias dando lugar a la reminiscencia de sus experiencias y sensaciones (Silvia Monroy, Camila Medina, Juliana Machado, Angie Céspedes, Helga Bermudez, Alejandra Ortíz).

También tuve la posibilidad de conversar con una persona (Jairo González) quien ha hecho seguimiento a escenarios judiciales con miembros de grupos armados, quien además ha trabajado en la consolidación de bases de datos en que se tenían en cuenta las voces de los armados. Mediante estas generosas conversaciones me compartieron reminiscencias de trabajo en campo, conclusiones de sus procesos de investigación e interpelaciones a mis propuestas.

En mi cotidianidad comencé a entablar conversaciones sobre sus experiencias con quienes manifestaban haber prestado servicio militar (taxistas, celadores, amigos); intencionalmente emprendí un proceso de observación a uniformados activos o personas que hubieran sido

miembros del Ejército Nacional en escenarios como paradas militares, centros comerciales, mi barrio, buses, sus lugares de servicio, espacios compartidos en eventos públicos.

Desarrollé un ejercicio similar en los escenarios en que se encontraban personas que habían dejado las armas en el año 2017 (ferias de emprendimiento, movilizaciones), en el marco del proceso de paz. Establecí conversaciones con algunos de ellos y los militares cuando me fue posible, las preguntas que les formulé eran sobre la intendencia, la referencia a la familia, los lugares que habían conocido y trataba de mantener una conversación con base en lo que me iban contando. Me acerqué denotando ingenuidad sobre los aspectos que me compartían sobre su experiencia. Estas observaciones estuvieron limitadas en el caso de los excombatientes de los grupos paramilitares, no obstante contaba con mi trayectoria de los años estudiando y tratando de comprender dicho fenómeno.

De esta forma constituí el método de trabajo, la forma en que avancé en mi conocimiento sobre las experiencias de quienes han estado en armas. Una apuesta por acercarme a sus narrativas mediante la literatura, el lenguaje sonoro y audiovisual, al tiempo que lleve a cabo observaciones silenciosas y otras vestidas como conversaciones desprevenidas y al azar. Fue de suma relevancia el encuentro con otras mujeres que sí han compartido con personas en armas, dado que su perspectiva alimentó, renovó e interpeló la mía.

Me permito indicar que para el ejercicio analítico que comencé a desarrollar fue definitiva mi formación profesional como trabajadora social, dado que le atribuyo cierta sensibilidad/disposición en relación con la comprensión del sujeto en las dimensiones individual, familiar y grupal. Desde mi perspectiva, contar con elementos para la comprensión y el análisis de dichas dimensiones me permitió hacer observaciones y preguntas que, creo, no hubiera considerado de otra forma. Asimismo considero trascendente el camino profesional que he forjado y su amarre con la comprensión del conflicto armado en el país que, sin duda, me ha provisto un bagaje al respecto.

¿Campo?

“No es necesario ir a ningún sitio para hacer antropología porque, estemos donde estamos, estamos rodeados de mundo” Tim Ingold, 2013

Para los fines relacionados con el trabajo de campo de este proceso no establecí relaciones específicas con excombatientes. No obstante, la revisión de los textos, el material audiovisual, la observación y el desarrollo de las conversaciones que mencioné, arropadas de la experiencia y el conocimiento previo a comenzar la maestría, me permitieron afianzar mi familiaridad con la vida de esas “otras” personas que me interesaban. Así se constituyó mi campo.

El material consultado está mediado por escritores, periodistas, investigadores, narraciones producidas en escenarios judiciales o institucionales, tamizadas por la memoria de las personas con quienes conversé. Esta característica supone que el material construye puentes entre los excombatientes y mi propósito como investigadora: conozco a los excombatientes por el desarrollo de relaciones entre ellos y las víctimas, los investigadores, la narrativa del grupo armado al que pertenecen y las acciones que llevo a cabo para analizar la información, que implican cernir el material en concordancia con las categorías que fui consolidando.

En este sentido no consolidé mis aprendizajes - de acuerdo con la tradición de la profesión- por la convivencia in situ con aquellos que se están estudiando, de modo que se logre “sustantividad factual” (Geertz, 1997 en Suárez, 2011, pág. 12), no obstante puede considerarse que mi campo está constituido por una base empírica.

Al tomar la decisión de hacer de este material mi campo pude sortear el dilema principal sobre cómo este tema de investigación era mi interés particular y no necesariamente resonaba en quienes yo pudiera entrevistar. También me permitió consolidar relatos distantes de las posturas de heroicidad o justificación de la violencia perpetrada, e hizo posible considerar la inseguridad que siento, siendo mujer joven, en escenarios de conversación con quienes tuvieron participación en actos victimizantes.

Esta aproximación me dio espacio, elementos y tiempo para digerir y pensar en mis propios prejuicios y mi disposición física, emocional e intelectual en escenarios compartidos con excombatientes, donde ellos no solo deben tener el lugar de informantes o fuentes, sino que se encuentran implicados en un proceso de reflexión que se formula desde afuera. Asimismo, me dio a mí un lugar en el proceso, no sólo como receptáculo de información, sino dando lugar al planteamiento de Andrea García (2019):

el campo está en nuestros cuerpos, no es un lugar del que se pueda salir y entrar, contrario a la noción masculinista que interpreta el campo como un espacio - tiempo de un "otro" que puede ser "instrumentalmente penetrado y evacuado" (Berry et al. 2017, 540 en pág. 13).

Teniendo en cuenta la importancia que cobró mi propia experiencia y conocimiento, esta constitución del campo me permitió acercarme a la reflexión que hace Catalina Cortés (2017) sobre cómo “la producción de conocimiento no se puede separar entre trabajo de campo y la vida, ya que es un proceso interpelado también por las conversaciones cotidianas, las experiencias singulares, la vida en la universidad, las influencias musicales, cinematográficas, literarias, entre otras tantas experiencias estéticas que determinan nuestras producciones de conocimiento y sentidos” (pág. 25).

Cabe recordar que mi aproximación a los excombatientes -a través de los recursos que he mencionado-, estaba atravesada por mis consideraciones y percepciones sobre quienes hicieron parte de grupos armados en el país. A este proceso le antecede el trabajo con narrativas de dolor y resistencia de diversas víctimas en el país; mi conocimiento sobre la violencia estaba atravesado por la solidaridad hacia las víctimas, y un posicionamiento de acuerdo con el cual sus relatos son contenedores de la verdad y hacen posible que entendamos la dimensión del daño que se les ha infligido.

El trabajo con los relatos de las víctimas implicó, en algunos momentos, el desasosiego y la desesperanza al reconocer el dolor vivido y acercarme al relato de la violencia y sentir

impotencia; sensaciones de malestar, rabia e indignación al tener conocimiento sobre los repertorios de violencia que los armados han ejecutado.

El escenario en que me acerqué a los relatos, se situaba en el desarrollo del proceso de justicia transicional que tuvo lugar en el marco de la ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005). Lo pongo de presente porque aunque los trabajos de memoria en el país se estaban desarrollando, la política pública que surgió incentivó los ejercicios de memoria y los procesos de investigación que generan valiosos aportes al conocimiento de lo sucedido en el país, en estos las voces y perspectivas de las víctimas fueron el centro.

Una de la metodologías de trabajo usadas para estudiar y comprender el conflicto armado fueron los casos emblemáticos. A través de estos conocimos distintos hechos violentos que, por sus características, permitían una lectura más amplia sobre lo sucedido. Hago una referencia al respecto, dado que estos casos nos enseñan los vínculos entre las historias de víctimas particulares y casos concretos con realidades y vivencias de otras escalas; personalmente, rodeada de la información sobre la violencia sociopolítica que vivimos en el país, elaboro cruces e identifico réplicas de los patrones de violencia y los daños sufridos que actualizan mis recuerdos y sensaciones de tristeza, malestar, impotencia, rabia.

En este orden de ideas, mi acercamiento al relato de los excombatientes estaba vinculado a conocer sus maneras de ejercer violencia, las dinámicas de coerción en que se relacionaban con la población civil, la sevicia en la ejecución de la violencia y sus justificaciones para llevarla a cabo. Como indiqué, esta información no es estática, sino que circula día a día al conocer sobre episodios de violencia en el país. De esta forma se configuró mi posición frente a los victimarios, el contexto que explica los dilemas que anteriormente esboqué y la expresión de mis emociones de miedo, malestar y distancia.

Valga anotar, que aunque intelectualmente yo defendía la comprensión de los combatientes/victimarios como seres humanos y no los calificaba como “no humanos”, sí me disponía respecto a ellos como ejecutores de violencia, opacando otras dimensiones de su experiencia e ignorando aspectos como el cuidado y la vulnerabilidad. Razonaba

pensando a los combatientes no solo como victimarios, pero en mi corporalidad y mi emocionalidad circulaban otras percepciones.

El proceso me llevó a reconocer y exponer las confrontaciones éticas personales y los posibles escenarios que se pueden consolidar por mis reacciones ante quienes combatieron: no como acciones que deben silenciarse o contenerse, sino más bien como actitudes y respuestas que al ser tenidas en cuenta pueden acompañarse con la escucha y la apertura a lo que el otro tiene para decir, conduciendo a que se cree cierta disposición para romper nuestros prejuicios y permitirnos estar dispuestos a escuchar antes de juzgar, a hacerle pregunta a nuestras sensaciones y no darlas por hecho.

No obstante mis prejuicios, éstos resultaron una ventana de entrada a una suerte de comprensión genuina sobre el tema en cuestión: a lo largo del proceso éstos fueron confrontados por la sorpresa de descubrir asuntos que no había considerado en la vida de los excombatientes, me llevó a la interpelación y la transformación. Lejos de volverse taras que me impedían ver más allá de mis concepciones, fueron el lugar donde se concretaba “lo familiar”, desde el cual me sentía “extrañada” respecto a los lazos afectivos y de confianza que miembros de grupos armados consolidaron entre ellos, por ejemplo.

Me atrevo a decir que aunque no realicé observación participante in situ, la labor que llevé a cabo y el involucramiento con los materiales conecta con la forma en que Tim Ingold caracteriza la observación participante: “prestar atención a lo que los otros hacen o dicen y a lo que está sucediendo a su alrededor; seguir a los otros a donde vayan (...)” (2017. pág. 151).

Por supuesto no me convertí en una experta sobre los hombres y sus experiencias atravesadas por la vida en armas, pero el desarrollo de este trabajo sí me permitió comenzar a andar un camino que me condujo a pensar en cómo establecer relaciones de investigación con ellos e identificar características de su vida en filas que deben ser tenidas en cuenta al aproximarse a sus experiencias; además me dio elementos para un acercamiento más

responsable, menos prejuicioso, al obligarme a hacerme preguntas a mí misma, imaginar e interpelar mis reacciones y posturas sin tratar de opacarlas o negarlas.

Reconociendo, como indica Leyva (2010) que:

“cuando se interpreta un texto, cuando se enfrenta a un espectador a una obra lo mismo que cuando se escucha a un interlocutor en el seno de una conversación, el intérprete, el espectador, el "yo", no pueden olvidar todo el conjunto de opiniones previas, de presuposiciones básicas que los caracterizan, como condición para realizar una comprensión de esa "otredad" que se abre ante ellos - el texto, la obra, el tú.” (Pág. 170).

Considerando la variedad del material, no fue posible que este funcionara para dar respuestas a preguntas específicas que yo hubiese formulado, relativas a transformaciones en la subjetividad; en este sentido abrió horizontes que no había considerado tales como añoranzas del pasado, episodios en que la belleza de los paisajes se funde con la cotidianidad en armas, formas de cuidado entre combatientes, la constancia de la muerte y las distancias que se forjan con quienes yo suponía los más próximos: la familia.

Este campo me ayudó a comenzar una aproximación personal que yo concibo como un proceso de reconciliación¹⁷ y de apertura al reconocimiento de estos otros que consideraba distantes de mi propia humanidad. De acuerdo con Tim Ingold, esa condición que experimenté conduce a considerar el desarrollo de una práctica antropológica. Haciendo referencia al trabajo de Michael Jackson (2013) en Sierra Leona, indica “con sus mentores kuranko, Jackson estudia las condiciones y posibilidades de ser humano. Eso es precisamente hacer antropología (...) se trata de abrir nuevas posibilidades para pensar sobre la experiencia humana” (2017, pág. 150).

¹⁷ “Reconciliar” en el sentido de matizar la idea del otro como distante y comenzar un proceso de apertura a la escucha.

Precisamente mis percepciones sobre los excombatientes comenzaron a abrirse y ampliarse. Al respecto Ruth Behar (1997) indica la importancia de pensar en nuestras formas de producir conocimiento “como caminos mediante los cuales nos construimos y reconfiguramos como sujetos” (en Cortés, 2017. pág. 51). En este sentido las historias que conocí a través del campo y los sujetos a los que me aproximé “me impresionaron y dejaron una impresión en mí”. (Ahmed, pág. 28), así como provocaron una reorientación hacia los excombatientes a partir del efecto que tuvo en mí el contacto con ellos a través del material y la configuración de sus historias y voces, como se indicará más adelante.

Descubriendo a los combatientes

La revisión de literatura comenzó de forma desprevenida, señalando en los textos hallazgos y anotando en mi diario las preguntas que se me ocurrían al respecto y las reflexiones que emergían tras la lectura. Hice el mismo ejercicio con el resto de piezas que consolidaron mi campo. Comencé a encontrar coincidencias, hilos que conectaban distintas experiencias entre sí a pesar de las diferencias temporales, de personajes y de contextos.

Asimismo identifiqué características que me permitieron notar diferencias entre grupos armados, por ejemplo las posibilidades que tienen o no de mantener una vida fuera de lo que conocen en filas. Además de las coincidencias en el material, acudí al conocimiento que tengo sobre el conflicto armado, los relatos de víctimas sobre los hechos victimizantes que vivieron y las relaciones que tenían con actores armados, para desarrollar el proceso que en este texto se presenta.

Empecé a hilvanar algunas categorías para organizar la información con que me iba encontrando; por el carácter del material, las categorías iniciales fueron descriptivas: combate, ingreso, entrenamiento, retorno a la vida civil, momentos fuera de filas. De acuerdo con la consideración de que la pertenencia al grupo armado generó transformaciones en la subjetividad de los excombatientes, me dispuse a reconocer algunas formas en que esos cambios se concretaban, por ejemplo los aprendizajes en filas que se resaltan como útiles para la vida civil o las añoranzas del pasado en armas.

Biehl (2007) indica que la subjetividad es un concepto abierto, en un campo de investigación configurado desde la incertidumbre. Me aproximé al concepto de acuerdo al planteamiento de Paula Cabrera (2017) como “los modos de pensar, sentir y hacer, los sentimientos, significados, sentidos, conformados socioculturalmente, que el sujeto tiene incorporados constitutivamente (...)” (pág. 25 – 26). A partir de este concepto emergieron otras categorías: transformaciones en el ser, sentidos/sentimientos relacionados con el grupo armado y la experiencia en este. La primera de estas categorías la asimilé a la “curva de aprendizaje” físico, intelectual y emocional a partir de la experiencia en armas; la segunda relacionada con interpelaciones a acciones llevadas a cabo o los sentidos con que se revestían las acciones desarrolladas, relatos sobre las experiencias en los que se atisban vergüenza, soledad, belleza, orgullo, prestigio, tristeza, desolación, alegría.

Planteé las categorías: relación con el mando, convivencia en filas y cotidianidad¹⁸ bajo la comprensión de la configuración de la subjetividad en relación con otros, en el marco de experiencias particulares¹⁹. Se reconoce así la constitución de una trama de sentidos compartidos, legados, aprendidos o construidos que tienen expresiones intelectuales, emocionales y corporales. Cabe indicar que hago referencia a estas expresiones sin distinción conceptual considerando la referencia que Sarah Ahmed (2005) hace a las distintas “impresiones” que producen relación entre “sensación corporal, emoción y pensamiento” (pág. 28) que son experimentados como parte de la experiencia humana²⁰.

¹⁸ Esta no es una descripción de cada momento del día, sino de las condiciones en que la vida se desarrolla: como la escasez de momentos para descansar cuando hay posibilidades de desarrollo de una acción bélica entre grupos armados, la demanda física de las marchas, las posibilidades para el aseo personal, la preparación de alimentos, los cambios que se viven cuando los territorios son controlados por un grupo determinado.

¹⁹ De acuerdo con Biehl y Kleinman, estas experiencias están atravesadas no solo por el tiempo – espacio en que se producen, sino que refiere a las condiciones sociales y políticas en que desarrollan, siendo el cuerpo el escenario en que se viven las experiencias y el sujeto con sus peculiaridades quien las asimila, interpela y transforma. Aluden también a la configuración de la subjetividad como un proceso dinámico, continuo e inacabado, que se produce en la interacción. Véase BIEHL, J., GOOD, B., & KLEINMAN, A. (Eds.). (2007). *Subjectivity: Ethnographic Investigations*. University of California Press. Retrieved April 11, 2020, from www.jstor.org/stable/10.1525/j.ctt1pnpkw

²⁰ Al respecto Sarah Ahmed refiere “(...) el significado de cada uno de estos términos es crucial - sensación, emoción, afecto, cognición y percepción- está en disputa tanto entre las disciplinas como al interior de las mismas”, pongo de presente esta alusión por la importancia conceptual que reviste

Según Biehl y Kleinman (2007), “miramos a través de la subjetividad para teorizar no un sujeto intangible, sino condiciones humanas” (pág. 15) y precisamente al pensar las categorías mencionadas estaba acercándome a las condiciones en que se desarrollan los vínculos entre combatientes, explorando así la relación entre el sujeto y el colectivo, que es también característica de la configuración de la subjetividad. Cabe indicar que en el marco de dicha interacción el sujeto asimila, reproduce, transforma o interpela lo compartido.

El abordaje de la subjetividad me condujo también a considerar las trazas de pasado que se encuentran con el presente, que le dan sentido o que funcionan como evocaciones que al fundirse con las experiencias de la vida en armas, revelan un continuo en la vida civil - combatiente - civil. Más que rupturas en que unas vivencias le dan la espalda a otras: van tallándose entre sí.

De esta forma comprendí la configuración subjetiva vinculada a la relación entre los pasados (previo al ingreso y durante la pertenencia a filas) y el presente que se vive y se dota de sentido en relación con lo que ha sido vivido, pero también mediado por lo deseado, donde los trazos no sólo son temporales, sino que están amarrados por las diversas experiencias por las que el sujeto atravesó, las cuales han estado conformándolo (Biehl & Kleinman, 2007).

En este contexto y por el interés en el abordaje de las experiencias de hombres excombatientes, a lo largo de la reflexión tuve en cuenta que “es común en todas las organizaciones [armadas] un modelo de socialización basado en principios patriarcales y viriles, donde los sentimientos y las emociones son sinónimos de debilidad y por ende se pretende suprimirlos” (Medina, 2009, pág. 7). De acuerdo con estos valores partí de considerar que con la fortaleza, el arrojo, la valentía se consolida una forma de masculinidad, que configura “una pauta que rige el camino (...) imponiendo unas rutas posibles y

pero reconociendo que para los fines de este trabajo retomaré el argumento de Ahmed sobre las dimensiones corporales y cognitivas que tienen las emociones.

desechando, prohibiendo y sancionando otros caminos, en teoría también posibles” (Muñoz, 2015, pág. 109).

En este contexto me propuse identificar vivencias que escaparan a esas pautas y esos valores, entendiendo que la masculinidad no es monolítica. De acuerdo con Muñoz (2015), “se presenta en una multiplicidad de rutas, opciones y manifestaciones dentro de las cuales unas se constituyen como las hegemónicas, dejando en condición de subalternidad a otras” (pág. 124). Así, uno de los derroteros para comenzar a reflexionar sobre hombres que estuvieron en armas fue prestar atención a aquello que escapara de la construcción hegemónica de lo masculino, bajo el entendido de que “la masculinidad hegemónica se constituye más como representación y modelo a alcanzar que como realidad fáctica de la vida cotidiana de la mayoría de hombres” (Muñoz, 2015, pág. 124).

Raúl, Antonio y Armando

“Me hizo recuperar la fe en el poder de las historias para crear vínculos entre desconocidos, para sanar las heridas, para cruzar las fronteras, para transformar el desespero en esperanza, para encantar al desencantado” Behar, 2009. pág. 34

Raúl (soldado), Antonio (guerrillero) y Armando (paramilitar), los protagonistas de este trabajo, son hombres que actuaron como rasos y fungieron varios años como combatientes. Nuestros encuentros se producen en el tiempo presente, cuando ellos han dejado el uniforme y son parte de los “civiles”. Ellos se han constituido como la materialización de los aprendizajes que en este proceso se generaron sobre las vidas de los excombatientes.

Tras un ejercicio de escritura en el Seminario de investigación de la Maestría y el análisis del material que se consolidó como mi campo, comencé la elaboración de una serie de textos en los que ellos tres nos permiten conocerlos mediante algunos relatos sobre sus experiencias. Cada uno de ellos concreta historias que versan sobre intimidades, dolores, alegrías y sensaciones de ellos como sujetos que empuñaron las armas al formar parte de grupos armados.

Sutilmente, sus historias nos permiten acercarnos a sus transformaciones físicas y emocionales relacionadas con el grupo al que pertenecieron; se integran también los trazos que les dejaron su niñez y juventud. Asimismo tiene lugar el momento presente en que el uniforme ya no los cobija y la vida que se ve trastocada por el cambio de dinámica. Veremos cómo el grupo los constituyó y promovió en ellos una suerte de rendimiento físico y moral que les imprimió huellas que persisten en su presente ya sin armas.

Sus relatos invitan a considerar al grupo armado y las experiencias en filas configurando un escenario distinto a la ejecución de violencia, donde no solo se configuran relaciones víctima - victimario, sino que aparecen referencias a vínculos que consolidaron con sus compañeros, con los mandos y el espacio que habitaban.

Ellos tres son la respuesta a las preguntas iniciales sobre las transformaciones en la subjetividad de quienes pertenecieron a grupos armados. Planteo escenarios y vivencias que, desde mi perspectiva, logran dilucidar aspectos de la configuración del combatiente y se relacionan con el contexto en que está inserto, las emociones que experimenta y el desarrollo de su vida cotidiana. Las vivencias de Antonio, Raúl y Armando interpelan la percepción que inicialmente tenía sobre los excombatientes -la cual quizá sea compartida por otras personas que lean sus historias-, sus voces brindan una mirada sobre ellos que comienza a transformar dicha percepción.

Considero además que la construcción de los textos tiene una intención emotiva, lo que supone parafraseando a Ahmed la creación de una relación con quien se encuentra leyendo a partir de la cual se generan juicios- dimensión cognitiva de la emoción- y sensaciones corporales. Además dilucidan escenarios y experiencias en que Raúl, Antonio y Armando expresan sus emociones; adicionalmente ponen de presente que mi acercamiento a los excombatientes se configura mediado por las emociones que me suscitaban los contactos con ellos y las reacciones que me despertaban.

Cabe señalar que entiendo las emociones, de acuerdo a lo planteado por Sara Ahmed (2015), en relación con las sensaciones corporales y las formas de cognición -juicios- en que se expresan (pág. 26), perspectiva de acuerdo con la cual las emociones son contingentes: se producen por el contacto con el otro, no están en el otro; cabe indicar que dicho contacto no necesariamente debe ser material, sino que se puede provocar por efecto de los recuerdos o la imaginación.

En este contexto, siguiendo a Ahmed (2015, pág. 30): las emociones que tomaban lugar en mi relación con los excombatientes - mediante mi campo- estaban configuradas con base en las impresiones que mis experiencias previas habían dejado en mí al respecto de ellos. De esta forma se habría configurado una orientación hacia el objeto del sentimiento que precedía la relación que construimos -expresada en las reacciones que me generaba la interacción-. Estas emociones se reconfiguraron mediante los encuentros ficcionados que constituí, en ese escenario comenzaron a ser interpeladas y considerando que éstas moldean y a su vez son moldeadas por el contacto con el otro (Ahmed, 2015), me atrevo a proponer que la interacción llevó a allanar un camino para su transformación.

Raúl, Armando y Antonio son elaboraciones logradas a partir de los aprendizajes que emergieron de la revisión del material literario y audiovisual, así como de las reflexiones y experiencias que distintas personas generosamente me compartieron. Son personajes contruidos por mi como mecanismo para, parafraseando a Cortés, construir a partir de la fuerza de las reflexiones que promovió mi campo (pág. 27): la escritura responde a éstas.

Los encuentros con Raúl, Antonio y Armando son ficcionados, las reacciones y acciones que registro en el texto están alimentadas por mi campo dado que este estimuló mis análisis y a su vez condujo al ejercicio de creación de estos sujetos que se alimentó también de las sensaciones que he experimentado al tener en frente uniformados o excombatientes, así como por el deseo de interpelar la corrección política y el desarrollo de acciones promovidas para mantener las relaciones con aquellas personas con quienes hacemos trabajo de campo.

Encontrarán en el texto expresiones de malestar que aunque intentan disimularse quiebran momentos de testimonio, asimismo tendrán lugar manifestaciones de malestar y confrontaciones verbales sobre opiniones divergentes entre las partes. Crear esas escenas en papel me ha llevado a un proceso de análisis y reflexión sobre las condiciones de desarrollo de trabajo con excombatientes, pero sobretodo a comenzar a considerar las complejidades de la consolidación de una relación entre nosotros y a reconocer la miopía con que me acercaba a personas que estuvieron en armas, siendo el reconocimiento un principio de la transformación.

En el mismo sentido de Siena'ga, el video ensayo de Catalina Cortés (2017), la elaboración que propongo es “un intento por construir una nueva realidad” (pág. 30), que parte de mi relación de confianza con los excombatientes. En este contexto me es posible acceder a relatos emotivos que no son parte de una experiencia particular, sino que contienen los sentidos, seguramente aún incipientes, que he identificado en el proceso de análisis.

Es también una nueva realidad en que expongo las formas en que mis reacciones -provenientes de las percepciones previas a la configuración de una relación entre nosotros-, intervienen en nuestras conversaciones, en la disposición física, en mis posibilidades de escucha y en el abordaje de temas o la profundización en estos. Dentro de estas reacciones están incluidos los comentarios y reflexiones con que enfrento posiciones o afirmaciones de estos tres hombres.

La expresión de la emotividad partió del interés de experimentar y promover en quien se acerque al texto el despertar de sus emociones mientras lee sobre las vivencias de Armando, Antonio y Raúl²¹. Resulta además una apuesta para reconocer a los hombres desde relaciones diversas en un contexto en que las emociones son vinculadas con las mujeres

²¹ No obstante mi intencionalidad de generar emociones que comenzaran a abrir un camino para la construcción o consideración de relatos alternativos a la violencia, promoviendo la transformación de la configuración de relaciones con excombatientes, vale recordar a Susan Sontag (2010) refiriendo que creer en cierto efecto de los relatos -para este caso- como piezas que promueven la transformación y convocan al pacifismo per se, es descartar la política: “para los que están seguros de que lo correcto está de un lado, la opresión y la injusticia del otro, y de que la guerra debe seguir, lo que importa precisamente es quién muere y a manos de quién” (Pág. 16)

como un atributo de la feminidad (Ahmed, 2015. Pág. 22; Jimeno, 2019. Pág. 122). Este resultó un eje de escritura importante para acompasarse con la idea que tenía previamente sobre el combatiente hombre y la pertenencia al grupo armado como escenario de exacerbación de la masculinidad hegemónica.

Este vínculo entre las emociones y lo femenino resulta un prisma que nos permite considerar la dimensión social y cultural de las emociones, atravesadas por el género. Así reconocemos a los grupos armados y la construcción de los combatientes como un escenario en que ciertas emociones son deseables, mientras otras deben ser suprimidas. En este contexto esta tesis controvierte la ausencia de ciertas emociones y la vivencia de experiencias que se expresan de forma emotiva en hombres excombatientes, poniendo de presente dimensiones de su experiencia que vinculan emociones que no solemos reconocer o atribuir a un hombre excombatiente.

Reconociendo precisamente cómo los grupos armados afectan la expresión de ciertas emociones y las formas en que esta socialización deja resquicios en la vida de los excombatientes, acudo a la ficción (como se profundizará en el siguiente apartado) para acceder a esas experiencias que podrían ser indeseables para un combatiente y por ende mantenerse en silencio. De esta manera las historias que se presentan en la tesis, aunque ficticias, se plantean como el “producto” de la construcción de relaciones cercanas con los excombatientes, en las cuales se había consolidado confianza e intimidad entre nosotros.

Dichas características de la relación se afianzaron mediante los encuentros cercanos, privados y que por largo tiempo compartíamos en que los relatos fueron emergiendo. Son producto de una relación de largo aliento, suponen la configuración de un lazo de cercanía e incluso de confianza. Entendiendo que la expresión de las emociones se modela en el contacto, se propone que estas características de la interacción fueron favorables para el acceso a los relatos; asimismo se considera favorable que la relación se supone desmarcada de los escenarios institucionales. En este contexto se conocieron historias que trascendieron los aspectos más “públicos” de la experiencia -los monumentos - hasta permitirme acceder a narraciones con otras características.

Entre las experiencias de Armando, Antonio y Raúl, elaboro puntos de encuentro y diferencia, esta condición y la configuración de una relación entre nosotros, me llevaron a escribir el texto en la forma en que lo propongo: en algunos casos yo soy la narradora, en otros momentos cada uno cuenta en primera persona anécdotas sobre lo vivido. Una de las reflexiones que hilan el texto atañe a comprensiones distintas del mundo entre mi experiencia como civil²² y la de ellos como excombatientes.

Vale indicar que no hay un espacio- tiempo concreto en que se desarrolle la trama de la que hablan aunque se invita a considerar que el escenario en que sus historias tienen lugar se consolida entre 1997 y 2002, el momento más álgido del conflicto armado en el país. El alcance de las historias de Antonio, Raúl y Armando es limitado, sus experiencias son particulares, aunque nos acercan a vivencias propias de combatientes no tienen la finalidad de representar lo que han vivido los excombatientes de una guerra de más de 5 décadas en un país de regiones como Colombia, donde la dinámica del conflicto armado y de los actores que lo promueven comporta diferencias en términos de los intereses, las magnitudes, las relaciones con la población civil y las formas de perpetración de la violencia (CNMH, 2013. Capítulo 2).

Dicho alcance además está relacionado con que no elaboré referencias a la pertenencia étnica, rasgos etéreos, procedencia ni motivaciones de ingreso o permanencia de los armados; estas características revisten importancia para brindar una lectura situada socioculturalmente y en una temporalidad específica, pero toda vez que los aspectos que son

²² La referencia a mí misma como civil está determinada por mi condición como ajena a la dinámica de los combatientes, la militancia, la perpetración de violencia y el porte y uso de armas. Básicamente a mi condición como no combatiente, desconocedora de los acontecimientos que tienen lugar en la confrontación armada. En particular mi experiencia como civil está además atravesada por cómo se han hilvanado mis reflexiones sobre mi relación con el conflicto armado, mi condición como estudiante de universidad pública, mi formación profesional como trabajadora social, ejercicio profesional que implica el abordaje del sufrimiento humano y la continuidad de la pregunta sobre el bienestar humano, la experiencia de trabajo con víctimas y del conocimiento sobre el conflicto a partir de sus voces, mi fe en el proceso de paz y la certeza del imperativo de que la guerra se termine en el país. Cabe resaltar que inscribirme en la relación con los combatientes como civil no supone desconocer el continuo de violencia sociopolítica en que la vida en Colombia está inscrita, sino usar una categoría que incluso ellos usan para hablar de aquello hacia lo que transitan cuando dejan las armas.

referidos sobre la experiencia de los excombatientes no necesariamente se explican de acuerdo a estas condiciones y considerando las limitaciones en su construcción por la diversidad del material con que trabajé, Armando, Antonio y Raúl guardan silencio respecto a estas características.

Esta propuesta es más bien una invitación a hacernos preguntas sobre lo que desconocemos de las vivencias de los excombatientes, es una invitación no solo intelectual sino relacional y emotiva, una interpelación a las formas en que los hemos visto y a las historias que hemos silenciado, a la relación que como sociedad construimos con ellos en términos de héroes o villanos (para el caso de los soldados) y de contribuyentes a la verdad sobre la violencia perpetrada y victimarios -por supuesto- (en el caso de guerrilleros y paramilitares).

No es un texto acabado, al contrario, es apenas una mirada aún incipiente a un mundo que propongo debe ser explorado en el horizonte de retos a los que la paz nos convoca, en escenarios en que quien camina a nuestro lado o alguien de nuestra familia puede o pudo haber sido de las filas de grupos armados. Un escenario en que nuestras percepciones también requieren ponerse en cuestión.

Escritura: apostando por la ficción y mi lugar

“Sin relatos, el mundo permanecería allí, indiferenciado, no nos sería de ninguna ayuda para habitar los lugares en los que vivimos y construir nuestra morada interior. (...) Acercar narraciones, rimas y canciones permite organizar la experiencia humana, originalmente caótica. De allí, la perpetua necesidad de relatos y ficciones que contrarresten la fragmentación de la lengua cotidiana y construyan un todo ordenado e inspirador” (Petit, 2015)

De acuerdo a Theidon (2009) y Caraballo (2010) el grupo armado no solo tiene una dimensión ideológica y política mediante la cual produce al combatiente, sino que al decir de Theidon también hay una dimensión corporal, cuyo adiestramiento produce un “cuerpo mecanizado”: “han aprendido a ser duros e impenetrables tanto física como emocionalmente

(...), al militarizarse han intentado limitar la gama de emociones a aquellas que son las más adecuadas a las zonas de combate (...)" (2009, pág. 20).

En este contexto, la ficción resultó un camino para hacer frente al disciplinamiento que Theidon indica: un método para plantear relatos como "contra monumentos"²³ de la seguridad, el honor y la hombría que podrían caracterizar a los combatientes, en consonancia con la apuesta de trascender esas referencias sobre ellos. Opté por la ficción como posibilidad de explicitar los aprendizajes que devinieron de mi abordaje y análisis del campo, así como mecanismo para construir relatos alternativos sobre hombres excombatientes como Raúl, Antonio y Armando.

De acuerdo con Carper Bruun la ficción se configura por la acción de la realidad, dado que se crea por la extrapolación de "fragmentos de mundos reales", los cuales, vale indicar, están también influenciados por ficciones. (Casper Bruun, 2019). En este sentido, la ficción es un medio para "ver lo real", en este caso haciendo frente al disciplinamiento del grupo armado y a los dilemas antes planteados. Para mí resultó también el mecanismo para persistir en la indagación y acercamiento a las experiencias de algunos excombatientes.

Acudir a la ficción hace posible que este texto no configure una representación sobre hombres excombatientes: no proviene de la recopilación de datos sobre ellos. Tampoco opaca mi interacción, percepciones y reacciones respecto a ellos (McLean, 2017. pág. 11); más bien resulta una expresión de aprendizajes a partir de los cuales construyo una nueva realidad forjada mediante la palabra (Simon & Bibeau, 2016) y manifiesta a través de mi transformación (Ingold, 2013; Cortés, 2017).

²³ En relación con la referencia que hace Alexievich a los algunos relatos como forjadores de monumentos y resonando con la propuesta de la artista Doris Salcedo, cuando se refiere a fragmentos como "contramonumento" dado su carácter "antagónico a una narración única y definitiva, para dar cabida a voces discordantes y diálogos difíciles" en *Especiales Arcadia*. María Belén Sáenz de Ibarra, "Fragmentos: un lugar fuera de lo común". Disponible en: <http://especiales.revistaarcadia.com/contramonumento-fragmentos/el-punto-de-vista-conceptual.html>

Distante de la literalidad y de la comprensión del mundo como dado, se trata de un proceso en que me estoy humanando en búsqueda de la comprensión de los otros mediante el cuestionamiento al lente de mi experiencia (Ingold, 2013, 2015). Al respecto resulta esclarecedor Ingold (2015):

“(…) en nuestra experiencia como habitantes, al movernos a través del mundo en vez de deambular sobre su superficie, nuestro conocimiento no se construye como una acumulación externa, sino que crece y se desarrolla desde el interior mismo de nuestro ser terreno. Crecemos en el mundo a medida que el mundo crece en nosotros” (pág. 25).

De acuerdo con Stuart McLean (2017) la antropología podría entenderse como “la exploración abierta y performativa de las posibilidades alternativas de la existencia colectiva, de nuevas formas de ser humano y de otro tipo de humano” (página X), así el texto constituye una creación performativa de la relación que construí con Armando, Antonio y Raúl. Los materiales sobre los que versa: las palabras, los gestos, las expresiones, las experiencias, no solo le dan sentido a sus mundos, sino que me llevan a mí a evocar mi propio mundo, notar las diferencias con los suyos y comenzar así el proceso de familiarizarme con ellos.

Al respecto cabe citar a Tim Ingold (2013) sobre la antropología como lugar desde el cual podemos pensar sobre el futuro, tejiendo posibilidades sobre “¿qué podríamos ser como humanos en el mundo, y cómo podría ser el mundo para nosotros?” (pág. 288), bajo la comprensión de la imaginación como “impulso de la vida real, no sólo como escape de esta” (2015, pág. 15).

En este contexto se tranza el sentido de este trabajo. Un texto consolidado mediante mi exploración en las experiencias de excombatientes a través de los vehículos de la literatura, el material audiovisual y la escucha, bajo la intencionalidad de comprender sus vivencias; el conocimiento se construyó no solo como dato, sino como proceso personal que la ficción me permitió ensamblar “para que permita un cuestionamiento de la realidad más allá de ‘las

presencias' en interacción con el pasado y el devenir (Ingold, 2015, pág. 29 en Cortes, 2017, pág. 51).

De esta forma, la ficción es un recurso para hilvanar las narrativas de Raúl, Antonio y Armando, para construir de modo alternativo al que era mi punto de vista, a esos otros excombatientes, exponiendo lo que logré conocer y aprender sobre sus experiencias. Al decir de Michele Petit (2015) compartir lecturas es descubrir el mundo, para ella “lo que está en juego es una cierta relación con el mundo, con los otros y con uno mismo. Proveer y compartir experiencias culturales contribuye a un arte de habitar, de vivir, a una estética de la vida. También, en ciertas condiciones, a una ética, una formación de la sensibilidad, una escucha del otro”; en ese sentido me apoyo en la ficción para digerir y compartir lo aprendido para “intentar pensar cómo podemos llevar cosas con nosotros hacia el futuro y que podrían producir cambio (...)” (Pink, 2017), considerando que estamos siendo convocados a la construcción de paz y el relacionamiento con quienes han empuñado armas.

Sara Ahmed (2015) plantea que en el encuentro con otros, no solo percibimos el escenario en que se produce, sino a la otra persona en relación con las características que le atribuimos, mediante las cuales aprehendemos al otro y a partir de las cuales establecemos relaciones que son susceptibles de transformarse, precisamente mediante el contacto (pág. 26, pág.60). En este sentido, se trata de una elaboración en que se articulan mis percepciones y las formas en que considero al otro, para aproximarme a relatos suyos que fueron posibles precisamente mediante la ficción. Éstos no versan sobre la violencia perpetrada, sino que hacen referencia a experiencias y perspectivas que podrían haber sido descalificadas de acuerdo a la lógica del grupo armado y que resultan transformadoras para mí.

La ficción como fuente alternativa de creencia (Casper Brunn, 2019), formula tránsitos desde lo íntimo y privado hacia lo público. En tal sentido convoco inicialmente mis percepciones hechas relatos -dado mi acercamiento como ciudadana provista de prejuicios, con una experiencia particular sobre el conflicto armado y la referencia a los hombres en

armas como victimarios-, con la expectativa de que trascienda mi privacidad e invite a otros a la posibilidad de acercarse y acceder a alternativas para ver a quienes han sido parte de grupos armados.

La escritura ha sido un proceso intuitivo, orientado hacia el cumplimiento de los propósitos y apuestas a los que me he referido. La forma literaria del texto responde justamente a la intención de compartir las historias de Armando, Raúl, Antonio y la mía: componer así sus relatos busca convocar a diversos lectores y lectoras.

De acuerdo a Clifford Geertz (1989),

“la habilidad de los antropólogos para hacer tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad de convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrado por) otra forma de vida, de haber, de uno y otro modo, realmente “estado allí”. Y en la persuasión de que ese milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura” (pág. 14).

En consonancia con lo planteado por Geertz (1989), a pesar de que mi propuesta no se podría considerar una etnografía, la forma del texto plantea que yo “estuve allí” (pág. 33). Busco promover dicha impresión a partir de cierta riqueza descriptiva en la escritura, al situarme a mí en escena con ellos y hacer presente la conmoción vivida, los intercambios verbales y de lenguaje corporal que construimos y algunas consideraciones intelectuales y reacciones físicas que emergen mientras conversamos, así como algunas puntadas sobre lo que se va develando sobre su mundo: “transmitir con palabras ‘cómo es’ estar en algún lado concreto de la cadena vital del mundo” (ibíd. pág. 153).

Además de atribuir potencialidad a la escritura para transmitir aprendizajes devenidos del abordaje del campo, la apuesta en el texto es hacer visibles prácticas gestionadas por el malestar y la diferencia en la interrelación: “los errores integran el proceso, aparecen y suponen estar atentos a ellos y a sus posibilidades, a lo que nos impiden o permiten” (Pérez,

2019, pág. 6). En este sentido, el texto se configura en la perspectiva de no ofrecer al lector una edición y corrección del campo, entregando un relato “limpio”, sino que busca hacer visibles algunas condiciones en que los encuentros se desarrollan.

Adicionalmente, en el texto se manifiesta la dinámica de la memoria. Las narrativas están llenas de sus movimientos: no son la linealidad cronológica de eventos sucesivos sino la aparición de olvidos, selecciones y evocaciones que cruzan frecuentemente su pasado con su presente; está habitada también de silencios, de cambios de tema y de la manifestación del deseo de callar o de contar; pone de presente la vivencia del impacto que genera el proceso de recordar: incluye también relatos que nos hacen preguntarnos si todo lo que dicen es verídico o se trata de invenciones para sobrellevar la vida en armas y su puesta en público mediante la palabra, dado que ésta es también una condición de la práctica de recordar y contar. A través de esta forma de escritura formulo que la vida es continuidad, su fragmentación es un proceso analítico; asimismo, busco expresar que no todo recuerdo se verbaliza.

En el proceso los textos comenzaron a consolidarse a partir de estrategias diversas: relatos en primera persona, narrados por Antonio, Raúl y Armando, donde se ve mi edición pues no hay palabras sueltas, ni muletillas; intercambios en nuestras conversaciones en que yo me sitúo como escucha mientras ellos van elaborando y yo intento hacer devoluciones efectivas a sus narraciones, así como momentos de interpelación de parte suya o mía; composiciones en que hago referencia a mis consideraciones sobre lo que voy escuchando -atisbos de reflexividad-, alusiones a mi vida y mi experiencia como lugar desde el cual comienzo a notar diferencias y a extrañarme sobre lo que escucho, pero también aquellos momentos en que no sé cómo reaccionar ni qué preguntar o en que me siento invasora de recuerdos íntimos.

Asimismo en el texto aparecen fragmentos de testimonios, de dichos o reflexiones que me comparten, las cuales toman lugar en medio de mis narraciones en primera persona; la

referencia a la cadencia y los tonos diferentes con que ellos narran, algunas expresiones faciales y de lenguaje verbal, como una forma de expresar aquello que no se pone en palabras audibles, la performatividad del encuentro no solo en mi cuerpo sino en los suyos.

Otra característica de la escritura es que plantea una relación de correspondencia, entendida como el proceso en que los seres humanos continuamente están deviniendo como tales, mediante la interacción que establecemos, que supone el intercambio de preguntas, intervenciones, respuestas, en suma el interés en la persona con la que se está entablando la relación y que conduce a prestar atención en el otro (Ingold, 2017).

Estos tres hombres aparecen en el texto en relación conmigo, no solo porque se formula que compartimos espacios físicamente, sino porque en nuestra conversación intervienen mis consideraciones previas y sus formas de contar, tomar distancia, retroceder y callar. Esta apuesta en la escritura parte de dejar ver mi vulnerabilidad, intento hacer manifiestas “mis propias interpretaciones y respuestas a sus historias” (Behar, 2009, pág. 38) y no sólo situar en un lugar de vulnerabilidad a quien está brindando su relato, así tiene lugar la exposición de “las conexiones entre la experiencia personal y el sujeto de estudio” (Behar, 1997, pág. 13).

La emotividad de los relatos y la puesta en escena de las sensaciones que se iban despertando con manifestaciones verbales y corporales es también una característica que intenté hacer manifiesta en la escritura y que se teje con la intención de no entregar un relato acabado. Siendo la emotividad un registro de las vivencias que ha sido usado para promover relaciones de subordinación y jerarquía social, en relación con el requerimiento social de controlarlas y solo permitirse aquellas que son apropiadas de acuerdo con los distintos escenarios en que los sujetos se inscriben (Ahmed, 2015, pág. 23), es mi intención que las voces de Armando, Raúl y Antonio resuenen y convoquen a quien lee, toda vez que se trata de relatos a los que difícilmente nos hemos acercado como sociedad.

Le aposté a intentar que Antonio, Raúl, Armando, y sobretodo yo, pudiéramos narrarnos teniendo en cuenta el registro de nuestras reacciones en el contacto y de las impresiones que

a ellos les habían dejado sus vivencias y las que iban quedando en mi a partir del encuentro entre nosotros. Así aludí a la expresión de emociones que se despertaban de nuestra interacción y la creación de relatos emotivos sobre sus experiencias²⁴, buscando con ello reivindicar este registro de nuestras vivencias, en procura de interpelar las imposiciones del actor armado, de la academia y de las ideas sobre masculinidad y feminidad, proponiendo que desde la emotividad nos estamos haciendo, humanando (Ingold, 2017). De esta forma además de describir las escenas de encuentro y sus reminiscencias, la escritura compone las dimensiones otras de la vida de los excombatientes “se mueve con ellas, sigue su vitalidad” (Stewart y otros, 2020. Pág. 15)

Behar (1997) atribuye a esta forma de escribir - la escritura vulnerable- efectos en quienes leen, el despertar de conexiones, emociones y sensibilidades promovidas por los textos. Una escritura que tiene la vocación de conmover y en la que lejos de avergonzarse, escribir desde sí funciona para establecer relaciones que no iban a ser develadas de otra forma. Se trata de un propósito en la “entrega de la información” que reviste una importancia especial pues es el paso definitivo que promueve la lectura del texto, trascendiendo el público académico (Suárez, 2011. pág. 22).

Aportando narrativas alternativas

“Para casi todas las personas, la mayor parte del tiempo, la conversación consiste en entender lo que otros nos cuentan, en “entender bien la historia”, no en verificar su autenticidad” (Klenk, 2008 en Ingold, 25)

¿Tienen los victimarios el derecho a hablar? ¿debemos conocer sus vivencias, más allá de las declaraciones que hacen como “aportes a la verdad”? En caso de que resolvamos que pueden ser escuchados, ¿quiénes deben escucharlos? ¿qué historias están autorizados a contar?

²⁴ Considerando que el texto, aunque sea de forma ficticia, está refiriéndose a hechos que se produjeron en el pasado de estos tres hombres y que los encuentros entre nosotros despertaban reacciones situadas verbalmente también en el pasado, respecto a los cuales se hacen o manifiestan expresiones desde la emotividad.

Estas no son preguntas que formulo para enfrentar entre sí las versiones de víctimas y victimarios sobre lo sucedido sino, de acuerdo a las intenciones que dieron lugar a este trabajo, pensar en aquellas historias silenciadas que pueden acercarnos a conocer las experiencias de esos otros a los que situamos en el lugar de la perpetración de la violencia - por su lugar como actores armados en el conflicto colombiano o en el rol del enemigo acérrimo que se sigue combatiendo y señalando- y comenzar a descentrar esas comprensiones no para desconocerlas, sino para considerar que la experiencia de la pertenencia a filas no está encapsulada como un absoluto en la perpetración de la violencia y que como sociedad debemos cumplir roles distintos al que ahora asumimos como jueces.

Acercarnos a los excombatientes no sólo en relación con los hechos violentos que perpetraron, puede llevarnos a considerar narrativas alternativas sobre sus experiencias en armas, las cuales discutan, interpelen y, porque no, contradigan las ideas en torno a ellos únicamente como agentes de violencia. La comprensión de cómo su vida discurrió en el marco del grupo armado y cómo les han transformado el paso del tiempo, los cambios de contexto, de experiencias y de relaciones, puede fungir como una invitación a desenfocar la violencia como característica de la experiencia del combatiente, en la perspectiva de no darle continuidad a estigmatizaciones y señalamientos que consolidan discursos mediante los cuales combatientes y civiles no tenemos puntos de encuentro o que ellos no tienen permitido hacerle preguntas e incomodarse en la vida civil.

Las narrativas orales son uno de los insumos más importantes para el desarrollo de ejercicios que acuden al pasado para significarlo desde el presente y configurar ideas para la construcción del futuro. Ese movimiento ha sido relacionado con la construcción de memoria, donde las narrativas son el medio que usamos para organizar nuestros recuerdos y experiencias (Visacovsky: 2007, Andrews: 2007, colectivo de Comunicaciones de Montes de María: 2011, Jelin: 2002).

Los relatos orales dependen de sus condiciones sociales de producción y uso, inscritas en marcos de plausibilidad pública, que se han construido socialmente. Las narrativas son

productos culturales, sociales e históricos específicos: las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente (Jelin: 2002,20). Así, los relatos se producen a partir de condicionantes promovidos por la preexistencia y actualización de los marcos sociales que permiten a los individuos contar y a quienes escuchan asimilar o rechazar lo que se pone en palabras y que pueden llevar a los narradores a autocensurarse; también están condicionados por el carácter inenarrable, incomunicable que tienen algunos acontecimientos que son inaprehensibles por el horror que contienen (Aranguren, 2008, pág. 30).

En este sentido la configuración de relatos responde a contextos y particularidades que definen lo que se puede decir y que no, así como a las formas en que es plausible decirlo: estos relatos solo son validados socialmente si el sistema de valores en que se inscribe el relato lo permite. (Aranguren, 2008). En este contexto considero que hemos estado dispuestos, abiertos como sociedad, a escuchar las historias de sufrimiento y de dolor que han tenido lugar en medio del conflicto vivido, pero otras vivencias quedan relegadas y nuestros oídos muchas veces cerrados ante quienes podrían ser los narradores: miembros de grupos armados. Asimismo hay experiencias de la vida de los excombatientes que al dejar traslucir eventos que se desmarcan de los valores de valentía, arrojo, fortaleza y serenidad que constituyen al combatiente ideal, han quedado guardados para sí.

Desde mi perspectiva, como sociedad no hemos escuchado atentamente las voces de quienes hacen parte de las guerrillas, salvo para atender a sus advertencias sobre próximos hechos de violencia o explicaciones relativas a las acciones ya perpetradas. Las voces de soldados también permanecen opacadas por la referencia a ellos como héroes o víctimas y tras la fuerte voz de la institución que habla mediante oficiales. Y a quienes integraron grupos paramilitares, en particular, se les ha escuchado por la voz de quienes fungían como comandantes, con discursos elitistas de justificación de la violencia perpetrada (Bolívar, 2005), por demás las experiencias de sus tropas han permanecido vinculadas a algunas de las prácticas de violencia más oprobiosas y seviciosas en el país. Para conocer relatos más allá de la ejecución de violencia escucharlos es central, crearlos mediante este texto fue definitivo.

En los procesos en que hacemos preguntas al pasado, acudir a las fuentes orales es fundamental. Sin embargo, éstas no sólo deben ser entendidas como fuentes de las que se extrae información, sino que en la apuesta ética y política de reconocerr a quienes narran lo que vivieron, resultan la columna vertebral de los ejercicios de atribución de sentido al pasado. Cabe resaltar lo que Alessandro Portelli (2004) indica al respecto: “no son nunca anónimas ni impersonales (...) los que recuerdan y cuentan son siempre individuos singulares” (pág. 27), por lo que en la construcción de conocimiento a partir de sus voces, hay una interpelación constante sobre a la relación que se debe consolidar con quienes están en el lugar de narradores.

No obstante la importancia de las fuentes orales, persisten diversos dilemas sobre cómo acudir a los recuerdos: cuánta memoria y cuánto olvido se requieren, qué recuerdos evocar para que se siga consolidando la paz y se repudie la violencia; cómo desarrollar procesos cuidadosos con las personas que lejos de sumirlas en escenas de dolor y devastación o anhelos de venganza, puedan actualizarse en el presente para dotar de sentido el pasado y configurar ideas sobre el futuro; qué pericias debe desarrollar quien investiga para respetar los límites que las personas mantienen en relación con lo que quieren dar a conocer y lo que guardan para sí.

Al volver al pasado como origen de los relatos que se ponen en palabras en el presente, emerge el condicionante del olvido como constituyente de la memoria, lo cual nos indica que no todo se puede conocer; se presenta también la pregunta sobre las autocensuras en que cada sujeto esté inmerso y qué relaciones tendrán estas con los marcos sociales que hemos consolidado quienes les escuchamos y aquellos que se forjaron a partir de experiencias pasadas.

En lo que concierne a los acercamientos con los excombatientes, surge un condicionante más relativo al “pánico moral (...) por el acercamiento a esos otros que para nosotros encarnan el mal” (Martínez, inédito. Pág. 24). Esta postura que puede situarnos en el lugar de faros morales o enjuiciadores de las experiencias que ellos en su condición de sujetos que

empuñaron las armas narren, donde nuestra disposición afecta la relación y la producción de relatos al respecto.

En este contexto, la ficción es el recurso que usé en la escritura para hilvanar narrativas sobre excombatientes: una forma de dar una mirada al pasado, de construirlo a partir del análisis de diversos materiales, distintos a las fuentes orales conocidas de forma directa. Estos materiales no son usados para triangular, sino para reflexionar sobre sí y los otros, para identificar diferencias, para extrañarme e imaginar la consolidación de relaciones con excombatientes.

Resultó también una estrategia para afrontar el pánico moral del que nos habla Marco Martínez y la inseguridad y vulnerabilidad que me suscitaba la posibilidad de encuentro con hombres que hubieran estado en armas. Asimismo se configuró como un mecanismo mediante el cual comencé un proceso de acercamiento y relación con sus experiencias y con ellos, donde no los expongo a escenarios en que no tenía como ofrecerles una estrategia cuidadosa de sus emociones y en que pude confrontar la constante sensación de vulnerabilidad e inseguridad que me acompañaba²⁵.

El ejercicio de creación mediante la escritura es interesante puesto que no me sitúa únicamente como la parte que recibe las narrativas, sino que de forma clara el rol que tengo es el de producción de relatos y creación²⁶ de esos otros con quienes me relaciono, vinculando la realidad conocida con el estímulo de la ficción me convierto en narradora.

²⁵ Quiero además poner a consideración un aprendizaje que he consolidado a partir del trabajo con víctimas: la importancia que tiene, antes de construir relaciones de interacción directa, el conocimiento previo sobre algunas de sus características, el acercamiento a las transformaciones que han vivido y los impactos que han provocado sus vivencias. Ese conocimiento previo, conduce a la configuración de relaciones coherentes con la intención de brindar una escucha activa, tener presentes algunas características del contexto emocional, intelectual y social en que pueden situarse y tener apertura intelectual y emocional en relación con los escenarios de encuentro. A partir de mi experiencia he concluido que previo a la intervención en la vida de los otros, es imperativo “empaparse” de su dinámica de vida y las características de sus experiencias.

²⁶ Es importante indicar que esta acción de creación también se produce en el ejercicio de gestión de entrevistas y encuentros directos, dado que es quien investiga la persona que produce las preguntas, que transcribe y selecciona lo que es de su interés y crea también al otro a partir de lo que éste le compartió, ese otro sobre quien investiga es también una producción: conversaciones se ciernen a través de quien ejerce la escucha (Ahmed, 2015. Pág. 39).

Más precisamente, podría referirme a esta creación como un ejercicio de traducción, que es tal en tanto no expresa la narración proveniente de una fuente original, sino que es posterior a esa configuración de la narración original: le sigue a las manifestaciones de experiencias de excombatientes con las cuales me pude familiarizar.

Esta traducción está motivada por el deseo de conservar los sentidos e intenciones provenientes del original, en este sentido propongo que esta traducción trasciende la intención de comunicar información. Esta traducción resuena con la propuesta de Walter Benjamin sobre la traducción ante todo como una forma, en que la literalidad carece de importancia y la escritura no se conjura únicamente en el acto de comunicar, sino que busca dar cuenta de las formas de pensamiento que aparecen en la obra original (pág. 139).

En la misma línea, Ruth Behar (2009b) indica que la traducción lleva a que las historias renazcan. El renacimiento al que se refiere no solo alude al proceso que las lleva de un idioma a otro, sino al proceso mediante el cual la edición hace que las historias tengan una vida diferente que no escapa a la convivencia entre la ficción y la realidad en la escritura. Al respecto Tim Ingold (2015) -citando a Klenk, 2008- indica, aludiendo también el concepto de traducción: “la mayor parte del tiempo, la conversación consiste en entender lo que otros nos cuentan, en ‘entender bien la historia’, no en verificar su autenticidad” (pág. 25), proponiendo así no solo la interacción entre ficción y realidad, sino entre interpretación y comprensión.

Para Behar (2009) su proceso de traducción no solo implicó el paso del español al inglés de las historias de Esperanza, le significó también la materialización del propósito de conservar la intención y la poética de lo dicho en español, sino que también implicó tratar de mostrar, de acuerdo con sus palabras “mis esfuerzos por escucharla y entenderla, esfuerzos que me condujeron en última instancia a mi propia voz” (pág. 64). Yo planteo un proceso de tránsito entre mi vida civil y la comprensión de algunos aspectos de la vida de los combatientes, donde dejo ver - parafraseando a Behar- mis esfuerzos e interpelaciones en el procesos de escucharlos y comenzar a tejer vías para entenderlos.

Ahora bien, los relatos que formulo no solo se centran en el momento de la pertenencia a filas: sus narraciones no sólo traen al presente su pasado, haciendo circular a sus familias, su niñez y su juventud, sino que nos invita a considerar que la constitución del sujeto es compleja y habitada precisamente por el pasado actualizándose y llenándose de sentido en el momento en que se recuerda, acompañando al sujeto en su presente. Estas narraciones proponen miradas alternativas a las experiencias de quienes han combatido, teniendo en cuenta la intencionalidad y expresión de la emotividad y los temas que abordan. Esta propuesta parte de la importancia de seguir construyendo narrativas alternativas, en la búsqueda de producir un aporte al camino que se ha venido allanando en la intención de aproximarse a esas historias y por su intermedio a los sujetos que las constituyen.

Propongo este texto como una forma de creación/imaginación/traducción de la memoria de lo vivido, una memoria que ha sido esquiva, una memoria silenciada dado que toma distancia de los marcos sociales que hemos configurado y las huellas que la socialización en los grupos armados pudo haber dejado en los sujetos. La creación es una propuesta para considerar otros sentidos y características que podemos como civiles atribuir a las vivencias de aquellos que hicieron parte de las filas de grupos armados.

Pensé en Armando, Raúl y Antonio como hombres que están dispuestos a contar y compartir por ello, aunque se censuran y yo también los censuro por mis reacciones, se dejan ver más allá del que fuera su uniforme. Las experiencias de estos tres hombres se nos presentan, quizá extrañamente, lejanas de los relatos del honor, la fuerza, la valentía y nos invitan a considerar la vulnerabilidad, el dolor, y algunos apartes de la intimidad de quienes estuvieron en armas.

Si bien no los define haber portado armas, su pertenencia a filas sí media comprensiones distintas del mundo a aquellas que como civiles configuramos: sus experiencias, sus sensibilidades y una fuerza física y emocional -que a mí me trasciende y quizá por eso le llamo “sobrehumana”- se conjugan en este texto para acercarnos a la consolidación de la

relación con otros combatientes, su desenvolvimiento en el combate y la memoria de algunas sensaciones vividas.



Ilustración 2 Reconociendo una trama

Reconociendo una trama

Ilustración: Jimena Márquez Ramírez

Intervención con hilo: Mónica Márquez

Reconocer el entramado que se consolida entre el pasado, el momento de la vida en armas y el presente me condujo a complejizar mi mirada sobre los excombatientes a quienes desde la emoción reconocía enfáticamente como sujetos en armas.

Aprender creando en la escritura. Preámbulo a la elaboración de nuestras voces

“El lector [la lectora] no es, por lo tanto, pasivo: lleva a cabo un trabajo productivo, reescribe. Hace desplazarse al sentido, hace lo que se le ocurre, desvía, reutiliza, introduce variantes (...) a su vez es alterado: encuentra algo que no esperaba, y nunca sabe hasta dónde puede ser llevado”
Petit, 1999, pág. 28.

Si bien este proceso comenzó con la pregunta sobre los grises en el conflicto armado, el abordaje en este texto no se detiene en las zonas grises como los contextos o situaciones en que víctimas y victimarios se superponen, sino que se refiere a los matices de las experiencias que relacionan el escenario del conflicto armado y quienes lo ejecutaron. Este primer acercamiento y propósito se complejizó, por un lado, por la comprensión del trabajo de campo y la configuración del material para proceder analíticamente de forma distinta a la construcción de relaciones cara a cara y la observación in situ. Desde esta configuración del campo planteo la creación de narrativas y una forma de darle continuidad a las reflexiones y preguntas sobre aquellos que consideramos otros, quienes estuvieron en armas.

Por otro lado, porque partí precisamente de extrañarme sobre la vida de los excombatientes, reflexionando sobre aspectos que me generaron sorpresa e interpelaron mis percepciones previas respecto a ellos. Así, el análisis se consolidó en dos sentidos: en primer lugar, la pregunta sobre los excombatientes como sujetos atravesados por experiencias diferentes a las que he vivido en la vida civil²⁷, las cuales les producen; en segundo lugar, el reconocimiento de mis percepciones y reacciones y la puesta en escena de estos, mediante la escritura, para exponer que las emociones y las reacciones que me despertaban nuestros

²⁷ Al respecto considero importante agradecer a Camila Medina, quien me ayudó a comenzar a pensar cuáles son esas diferencias y si mi idea sobre la vida civil estaba también partiendo de una idealización en que negaba la arbitrariedad y la violencia, así como la existencia de masculinidades violentas. Gracias a las reflexiones que Camila generosamente me compartió y a las preguntas que de manera acertada me formuló, no hago la aseveración de la diferencia entre vida civil y vida en filas como un absoluto, sino que, como se verá en los apartados que constituyen la tesis, se relacionan con aspectos particulares de la experiencia para los fines de este trabajo.

encuentros constituyen una condición del ejercicio de conocer las vivencias de quienes estuvieron en armas.

En este sentido, aunque elaboro escenas, recuerdos e intervenciones de los excombatientes, las cuales nos invitan a considerar aspectos sobre sus experiencias, respecto a los cuales describo algunos hallazgos al respecto; yo también me sitúo en el texto y a través mío diversos aspectos de la construcción de una relación con Armando, Antonio y Raúl, en que mi punto de vista se va transformando.

Cabe resaltar que estos relatos mantienen visos de la masculinidad: Raúl, Armando y Antonio silencian las palabras que los pueden situar en lugares de vulnerabilidad o poner en entredicho su valentía y fortaleza; el cambio de tema cuando tienen la sensación de la pérdida del control sobre las emociones por expresiones físicas como el llanto, el cambio en la voz; la formulación de afirmaciones que insisten en la fortaleza y su carácter inquebrantable; el desprecio por aquello que leen como débil, la vergüenza que provoca hablar de sí como alguien que flaquea.

El texto configura una propuesta para familiarizarse con lo extraño. Como lo he indicado parte de la identificación de aquellos sentidos y vivencias que me eran extrañas, un acercamiento a ese otro que, aunque colombiano en la vida civil, está atravesado por experiencias que por demás me generaban repulsión. Es también una construcción en que propongo que la vida es continuidad, así el relato del pasado en armas convive con la vida previa a la pertenencia al grupo armado, se articula a las añoranzas del pasado y las fugas de ese pasado que permean el presente.

Aunque de forma ficticia, los relatos se producen por efecto de las relaciones que entablaron Antonio, Raúl y Armando mientras desarrollaron su vida en filas, las referencias a esta están atravesadas por las vivencias compartidas y su relato está también inmerso en detalles que no se hacen palabras pues pertenecen a sí y a aquellos con quienes se convivió.

Hay marcos de comprensión que como civil no he consolidado y que me condicionan para escuchar y conocer lo vivido, marcos que también condicionan lo que estos tres hombres me comparten.

Quiero señalar que en el texto intenté exponer mis reacciones con menos corrección política de la que creo podría haber llevado a cabo en una relación cara a cara. Esta característica tiene el propósito de exponer algunas vicisitudes a las que nos podemos enfrentar en conversaciones con excombatientes, en que nuestras opiniones no solo son diferentes, sino que nos confrontan con el señalamiento de civiles como enemigos, con el cuidado a la imagen del grupo armado, con el silencio y lo inenarrable del horror perpetrado, siendo ellos sujetos que llevan una suerte de tacha por la violencia perpetrada y a quienes nos acercamos atravesados por el pánico moral (Martínez, inédito) y una pregunta sobre las implicaciones de prestarnos como escuchas (Shoshan, 2015; Martínez, inédito).

Nitzan Shoshan (2015) indica, refiriéndose a los estudios sobre los violentos bajo la categoría desagradable, así explica que “lo desagradable reside en los ojos del espectador” (pág. 151), “es una forma de mirada que señala una serie de aspectos (...) que resultan ofensivos a los que investigan y escriben sobre los mismos” (pág. 152). Yo precisamente comencé este ejercicio atravesada por la distancia que sentía respecto a ellos, el despertar de malestares y sensaciones relacionadas con el asocio entre ellos y la violencia que perpetraron, la experiencia de mi propia vulnerabilidad y la inquietud sobre las implicaciones de construir relaciones con excombatientes.

En este camino le hice preguntas a esas sensaciones, sigo haciéndolas como un necesario ejercicio de reflexividad, desde el cual he concluido que es importante tener en cuenta nuestras consideraciones no sólo intelectuales, sino emocionales y sus expresiones corporales, así como el efecto de la interacción sobre estas, que en el marco de esta experiencia devino transformativa para mí.

Precisamente, atendiendo a esas transformaciones y a los aspectos que extrañé en relación con los excombatientes, propongo los títulos de los apartados: suponía el imperio de la violencia, pensaba distantes los afectos, creía que el pasado quedaba atrás. Organizar los capítulos sobre la base de mis prejuicios funge como una invitación a volver sobre nosotros mismos para reconocer nuestras ideas previas al encuentro con quienes desconocemos, aquellas que atraviesan las relaciones y nos han conducido a contribuir a la polarización y la estigmatización. En ese sentido este es un proceso inacabado y al cual la persona que realice la lectura está invita a continuar, a hacer sus inferencias sobre el texto. De acuerdo con esta intención, la descripción de estos capítulos desde mi perspectiva se encuentra en el “Epílogo a la elaboración de nuestras voces”, al cual quien se encuentra leyendo puede acudir cuando lo desee.

II. Suponía el imperio de la violencia

*"(...) A los hombres desde que son niños se les dice que tal vez de mayores, tendrán que disparar."
(p. 21. Svetlana A).*

Perspectivas de muerte y relatos de combate

Yo no tengo miedo a la muerte. A quienes he visto muertos los he encontrado en las funerarias y su vida finalizó por la edad que tenían y las enfermedades, es decir, por muerte natural. Así dejaron este mundo mi abuela materna y dos de mis tíos paternos. Esa es la cara de la muerte a la que me he acercado, que aunque no está desprovista de dolor, no sucedió ante mis ojos y tampoco me tomó por sorpresa. Pero la vida sin duda se trastoca, queda pendiente la presencia del otro con quien se esperaba seguir compartiendo.

En cambio, Antonio se expuso a la guerra sabiendo que la muerte era una posibilidad, la más certera y a la que rehuía cuando disparaba su arma o lanzaba explosivos, cuando guardaba silencio mientras caminaba tras sus compañeros. Antonio vistió su uniforme sabiendo que este podía teñirse de sangre.

Raúl no desconocía la posibilidad de la muerte, pero esta se hizo una realidad para él una vez escuchó los gritos agudos de uno de sus compañeros tras recibir un disparo y supo que su voz se había apagado para siempre cuando los sollozos se detuvieron. No obstante, la agudeza de la voz de aquella primera muerte que presencié no le hizo desistir de su empeño por portar un uniforme y un arma: estos elementos le hacían sentir protegido y le otorgaban la posibilidad de defenderse de quienes lo sacaron a él y a su familia de sus tierras, o así lo pensó cuando decidió ingresar.

Armando, por su parte, aunque sabía de la muerte, jamás imaginó el temblor que su cuerpo iba a experimentar en medio del ataque del enemigo; no sabía tampoco del aguante de su cuerpo y hoy concluye que fue ese miedo el que le permitió disparar y calmar la mente para que el cuerpo, sus manos, sus dedos, sus piernas y sus ojos cansados respondieran al

enemigo y así poner a salvo su vida, pues en la confrontación es la propia vida o la del otro, nada que negociar.

Antes de escuchar a estos tres hombres no había considerado la muerte pasada por sangre, la muerte violenta. ¿Podría yo morir violentamente? Imagino la escena: quizá atravesando un intenso dolor y una larga agonía, gritando el nombre de mi madre, recordando a mi familia, sintiendo el cuerpo cansado, sabiéndome sola... Supongo que si estuviera en medio de una acción bélica yo yacería en el suelo, mientras a mi alrededor dos bandos enemigos bailan la danza de la defensa y el ataque, esperando que se materialice la victoria o simplemente que ambos se den por vencidos y terminen de disparar.

Una escena parecida acompañó a Antonio en su trasegar en filas. El miedo ha sido su compañero, imagina una escena en que siente un quemonazo intenso en la piel, la sangre sale a borbotones y es espesa, intensa... Se detiene, respira, siento humedad en mis ojos y me contengo, yo siento un intenso dolor: veo su rostro, su color de piel es parecido al mío, sus manos son pequeñas, le veo tan joven para cargar semejantes escenas en su mente. Aprieto mis labios, está por salir una lágrima, pero tengo el deber de mantenerme entera, no quiero que mi dolor le impida su relato. Respiro. Vuelvo a su rostro, sus ojos ahora están en el suelo, mientras él también recobra el aire y la posibilidad de contar.

Tras el quemonazo y la sangre, Antonio dice imaginar a sus camaradas viéndolo desde lejos y queriendo ayudar, pero el enemigo no da tregua, le gritan que aguante. Todo pasa a su alrededor y aunque anhela retomar su fusil para apoyar a sus compañeros, el intenso dolor se lo impide. ¿Dónde podría ser la herida, Antonio? Me mira unos segundos, aunque sus ojos no se cruzan con los míos y mi deseo de huir a su mirada -creyendo encontrar allí dolor- me impide a mi misma verlos, detengo mi vista en su frente.

Me dice: “hasta allá no me llegó la imaginación Mónica... aunque para que uno se muera pronto le tiene que dar en una arteria o en un órgano vital”. Me abstuve un tiempo de volver a preguntar sobre esto, pero cuando sentí confianza al respecto, volví sobre la cuestión: ¿y si no es en un órgano vital? “La muerte, si llega, es lenta y dolorosa”. Ambos guardamos

silencio y me arrepentí al preguntar porque me costó no conmoverme pensando en cuántas personas han muerto en medio de este conflicto.

El quemonazo resulta ser el primer paso, el comienzo del dolor físico que conduce a la muerte que imaginaba Antonio. Aunque él era consciente de la posibilidad de fallecer y de que la muerte era un gaje de su oficio, el pensamiento sobre el dolor y la agonía que conducían a abandonar este mundo fueron los referentes para expresarse en relación con las condiciones en que se podía morir. Fueron varios años y la experiencia de ver a algunos de sus compañeros heridos, sus cuerpos transformados entre la sangre mezclada con la tierra y el verde del monte, lo que hoy le brinda una imagen relativamente clara de cómo podría haber muerto.

Aunque Raúl imaginó la escena de su muerte, no la quiso compartir conmigo. Sin embargo volvió sobre la palabra miedo al indicar que lo que temía era correr el mismo destino de alguno de los compañeros que perdió en combate por acción de artefactos explosivos. Las pérdidas a las que se refiere no sólo aluden a la muerte, sino a la ausencia de sus compañeros en el área, a quienes sus cuerpos les cambiaron por efecto de estallidos, cuyos oídos quedaron retumbando, escenas que hicieron resonar en Raúl el miedo de verse a sí mismo mutilado, ensangrentado y desorientado y que ésa fuera su última escena de la vida.

Había visto así a algunos de sus compañeros, quienes, aunque no habían perdido sus vidas, sufrieron lesiones irreversibles por causa del quemonazo del explosivo, el ardor intenso, seguido de un escalofrío, los sollozos, el dolor, la pérdida de la conciencia, el llanto, el temblor, el traslado de la persona hacia algún centro médico, que no era inmediato y por eso había que soportar el dolor... Los pensamientos, uno tras otro, sobre cómo será la vida si continúa, sobre la posibilidad de perder alguna parte del cuerpo... en ocasiones el deseo de la muerte en lugar de la mutilación.

Raúl se recuerda a sí mismo, en distintos momentos, deseando con todo su ser que sus compañeros que se habían enfrentado con los explosivos no perdieran su vida. Se escuchó dándoles palabras de ánimo, relajando el rostro para no poner en evidencia la condición de

quienes estaban en el suelo o en la cama del hospital. Pero ese deseo era ambiguo. Ante la incertidumbre del porvenir, de cómo sería la vida después de sobrevivir, deseaba, a veces, la muerte. Su mirada se perdió en el espacio, tomó una de sus manos entre la otra y respiró profundo.

Necesita un momento para seguir hablando, lo noto porque el silencio se apoderó del espacio por un breve lapso. Su postura cambia, endereza la espalda, afirma sus piernas, sus hombros se echan para atrás, parece una mueca de entereza. Su mirada se pierde, está lejos de este espacio, me cuenta que también anhelaba verlos vivos, quería no solo que volvieran a su lado, sino que pudieran reintegrarse a sus familias, retomar los deseos que se habían mezclado o detenido una vez empuñaron las armas.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escucharlo, me sorprendió su franqueza, lejos de los relatos sobre héroes que todo lo pueden, él y yo coincidimos en la vulnerabilidad y el dolor de los hombres sobre los que me estaba contando. Retoma diciendo que lo que no quería era enfrentar el sufrimiento de ver a sus compañeros limitados en su movilidad o desterrados de la vida que en uniforme les había unido.

Raúl me aseguró que estos pensamientos venían a su cabeza solo de forma momentánea. Mientras estaba andando por tierras que desconocía y que fue descubriendo al lado de sus compañeros, debía estar alerta. Intentaba que su mente se concentrara en el paso a paso, estar pendiente de sus provisiones, de su equipo y aunque intentaba rehuirle a la idea de la muerte, lo rondaba vez tras vez en forma de balas, de sed, de cansancio, en la forma que tomaba en sus compañeros y cómo los rostros se apagaban o simplemente el cuerpo desgonzado dejaba de ser las personas a quienes él conoció. Era consciente de que podía morir, pero el miedo se cernía en torno a las formas en que podía llegar el fin de su vida.

Antonio me confesó que dejó de pensar en su porvenir; para él la incertidumbre sobre su futuro le produjo la necesidad de evitar proyectarse: vivía el día a día. Mientras lo decía, la voz se volvió más firme, denotaba entereza y eso me conmovió: me cuestioné sobre aquello a lo que él había renunciado.

La voz de Antonio denotaba convicción, aseguró que esta es la mejor decisión que podía tomar. Sin embargo, su rostro se opaca y sus ojos también están lejos de mí, quizá su mente lejos de este espacio en que nos encontramos. Una vez dejó de vestir el uniforme de manera definitiva, esta decisión de abandonar los pensamientos sobre el futuro le significó la desorientación, la incertidumbre y una angustia opacada por todas las novedades de la vida civil.

Antonio me dijo sobre cuánto temía que su última mirada en vida estuviera enclavada entre el monte y que su cuerpo no volviera al seno de su familia, a ser rezado y despedido; tenía miedo de ser consumido por el verde de la vegetación y que su alma quedara vagando. A pesar de saber que en caso de que cayera sus compañeros lo iban a enterrar, le dolía pensar que nunca volvería a su hogar.

Me contó que cuando pensaba en eso se le metía una “vaina” en el pecho, como en la boca del estómago, una molestia que no le dejaba la mente en calma, con el tiempo aprendió a callar los pensamientos y con eso el dolor se detuvo también. Aquel día en que Antonio decidió ingresar no se despidió de su familia, pero se prometió a sí mismo volver. Él quería cumplir.

Tener la mente en calma era importante para Antonio, para él ocuparse en pensamientos lejanos a los lugares por los que caminaba implicaba bajar la guardia y ponerse a sí mismo y a sus compañeros en peligro. Me sorprendí con lo que me dijo, para mí los pensamientos a veces se desordenan y regularmente estoy lejos del lugar en que mi cuerpo está presente, se lo expresé a Antonio y sonrió ampliamente, me explicó que los pensamientos sobre su familia eran intensos, a veces perturbadores, por eso se dispuso para concentrarse para evitar la posible culpa de haberse descuidado y perdido de vista lo que estaba haciendo, que podía costarle su propia vida o la de alguno de sus compañeros, aunque se encargó de aclarar que “a cada quien le toca a su hora, no importa qué tan buen guerrero sea”.

En su primera confrontación con el enemigo, sin darse cuenta cómo, apretó fuerte los ojos y a pesar de que ya le habían enseñado a disparar, en la mitad del ruido ensordecedor de los disparos y estallidos, donde ya no se escuchaba el “tatatatá” de los gritos de sus compañeros en medio del entrenamiento, abrió los ojos para encontrarse con una escena épica: atrincherados, boca abajo contra el suelo todos disparaban, se desorientó brevemente y luego escuchó “espabile hermano... ¿o quiere que lo maten?”, sintió que se encendió en él algo, me dijo que había pensado que era el deseo de no morir: comenzó a disparar mientras su hombro derecho recibía el impacto de cada bala que salía de su fusil.

El día en que Antonio me relató esta primera experiencia entre las balas me pidió no preocuparme, le pregunté por qué creía que estaba preocupada. “Es que está abriendo mucho esos ojos Mónica”. Debo confesar que me quedé sin palabras y pedí disculpas, tenía miedo de que mi expresión coartara su relato.

Ahora que rememoro su rostro y su postura al contar recuerdo mis sensaciones: lejos de parecer un combatiente -de acuerdo con mi idea previa sobre ellos: hombres altos, acuerpados, con garbo, manos gruesas, con músculo-, Antonio era delgado, su estatura no pasaba los 165 centímetros, sus manos eran delgadas, sus uñas un poco largas y, conforme una foto que me mostró que data de unos meses antes de ingresar a las filas, era un muchacho de ojos grandes como pepas en el rostro, donde se marcaban los huesos de los pómulos. Eso... y su tono dulce de voz me hicieron sospechar de sus posibilidades en el combate. No obstante lo tuve al frente, lo ví, lo recuerdo y no puedo evitar pensar en él como sobreviviente.

Ahora bien, si Raúl hubiera escuchado a Antonio estoy convencida de que se hubiera sentido identificado. De acuerdo a su descripción en su primer combate en el área él también se desorientó, cerró los ojos, le dio la espalda a sus compañeros por un momento muy breve y dentro de sí sintió que emergía la fuerza para comenzar a disparar: ululaban en su cabeza la imagen de su hermana Patricia, su mamá Carmen, su papá Roberto. “Mi esperanza era volver a verlos”.

“Yo no quería morir, no quería que me mataran”, añadió en voz baja. El silencio se prolongó tras esta frase. Su mirada estaba en el suelo y su pie golpeaba el piso sin parar. Yo sentí que él se tensionó, un malestar que no sé descifrar se instaló en él. No pudimos volver a conversar en ese mismo instante. Me quedé sin palabras, no sé si eso estuvo bien, pero yo solo lo dejé, traté de reducirme, de silenciarme, de respetar ese momento para él, desvié la vista y la puse entre mis manos. Yo sé sobre contención emocional, pero ese instante me resultó tan privado que no fui capaz de hacer nada y mientras escribo esto me hace pregunta si hice lo debido.

Un mes después el movimiento del pie volvió, ese día llevaba una bufanda y con la mirada concentrada en ésta, enredando las mechas entre una mano y apretandola ocasionalmente me contó que, en otro combate, algunos de sus compañeros perdieron la vida, “tuve que ayudar a meterlos entre bolsas negras”, dijo, “sus caras eran diferentes; cuando las personas se mueren no se ven iguales”. Yo asentí, recordé a mi abuela al fallecer, decidí verla en el ataúd y supe que ella ya no estaba ahí, tal como me confirmó Raúl.

No obstante nuestra coincidencia, la muerte natural y la muerte violenta distan enormemente, la expresión de esos hombres cambió no solo por su última exhalación sino por las circunstancias en que murieron, precisamente luchando por no caer en manos del enemigo, por ganarle la puja, quizá en sus mentes también ululaban sus familiares, no querían que su mirada se enclavara en el monte y tampoco querían morir aunque la muerte se entendiera como parte de la vida del combatiente.

Este relato me ha acompañado desde que lo escuché, a veces viene a mi cabeza y recuerdo también la foto que Raúl me compartió del día en que juró bandera, recuerdo cuánto me impactó lo joven que se veía -su rostro lozano, sus ojos claros y su cabello castaño, su cuerpo delgado; sus orejas sobresalían no solo por lo corto de su cabello, sino la delgadez de su cara-. ¿Cómo ese muchacho pudo soportar la muerte a su alrededor? ¿Cómo después de esas muertes el continuó con sus labores como combatiente? ¿de dónde logró la fortaleza para abrir las bolsas negras? ¿Cómo logró contarme lo que sus ojos evidenciaron?

Cada vez que considero su juventud y las devastadoras escenas que tuvo que ver, vez tras vez en combate, me siento sobrecogida y aún no encuentro las palabras siquiera para contenerme a mí misma. Raúl apenas tenía 19 años; a esa edad yo estaba en tercer semestre del pregrado, indignada con la guerra, molesta con el mundo injusto, pero completamente desconectada de la realidad de quienes como él empuñaron las armas y saben hacerlas funcionar. Él veía la muerte de frente.

Tras nombrar las bolsas negras, el rostro se descompuso brevemente, se encorvó. Perdí su rostro de vista. Me desconcertó, quise ayudarlo. Esta vez puse mi mano sobre su hombro, pero fui incapaz de decir cualquier cosa ¿habría, acaso, alguna frase que yo pudiera decir para “ayudarlo”? ¿necesitaba ayuda? ¿quién supongo que soy yo para ayudar? Raúl me sorprendió: yo pensaba que estaba en mis manos hacer algo frente a su relato, a su evidente dolor, pero él se encargó cuando dijo “yo por eso prefiero olvidar, finalmente la muerte nos alcanza a todos”. La solemnidad del momento se ahogó en sus palabras, “después de ellos hubo más [muertos], pero la vida sigue” y se incorporó.

Me quedé atónita. No sabía cómo seguir nuestra conversación ¿qué pregunta sería apropiada? ¿estaba bien si volvía a referirme a lo que me contó para poder solidarizarme con él? ¿era para él un tema sobre el que no quería volver? Él lo resolvió: se retiró hacia el baño y al volver comenzó a hablar, me contó sobre el día en que dejó quemar un arroz, las risas volvieron, sin desconocer el dolor pero acompañándose con él, fue hermoso ver cómo su dolor no lo definía.

En ese instante sentí cercanía, la forma en que sus recuerdos se enlazaban entre el dolor y el deseo de vivir, la risa, la capacidad de afrontar los momentos difíciles. Me conmovió. Esa forma de relatar me resultaba similar a la de las víctimas a quienes he tenido la oportunidad de escuchar o leer, me resultó tan humana que me confrontó con mis ideas sobre su persona.

Aquel día se despidió pronto, nuestras miradas no se cruzaron, quizá fui yo la que no quiso verlo... me sentía tan conmovida, tan diferente respecto a él después de eso que me contó. Apretó fuerte mi mano al irse, yo deseaba abrazarlo, mostrarle solidaridad, afecto, expresarle

que eso no debió sucederle. Cargué con una angustia y un malestar pensando no solo en las bolsas negras, sino en que mi actitud lo había influenciado y que había cambiado de tema radicalmente al notar que yo no pude recobrar el hilo de la conversación, me puse torpe y le demostré que me había afectado ¿cómo no afectarme? ¿estaba mal que me dejara ver afectada? ¿mal que me quedara sin palabras?

Volviendo sobre el relato del primer combate de Raúl me pregunto todavía ¿cómo se puede tener tiempo para pensar en medio de la confrontación? Su recuerdo me dejó aterrada: había tiempo para pensar mientras se disparaba, mientras se atacaba al enemigo buscando conservar la propia vida. Hasta que lo escuché, jamás había considerado el surgir del pensamiento en medio de las balas, no obstante no se trataba de un pensamiento en sí mismo, sino del recuerdo que emerge desde la emotividad sobre aquellos que esperan en casa y a quienes se desea volver a ver.

Además del pensamiento emotivo que trae consigo la carga afectiva de quienes esperan en casa y desconocen las escenas que los combatientes perciben al entrar en confrontación, están los pensamientos relativos a aquello que se puede perder en medio de tales acciones: la vida, la libertad, a los otros; pensamientos que a pesar de ser fugaces, son profundos y conectan con aquel deseo del que hablaba Antonio, sensaciones de las que yo estaba distante y solo puedo conocer en este ejercicio intelectual y que, según me dijo Armando, solo se perciben cuando ya se está fuera del combate y el cuerpo y la mente logran tener un momento para reconocer lo que estaba pasando.

De acuerdo a Armando en los momentos más ensordecedores y confusos de las confrontaciones, cuando la lógica es la defensa o el mantenimiento del ataque que se comenzó “uno no piensa, algo se apodera de uno, uno arriesga la vida y no se da ni cuenta” - me dijo entre titubeos, como si no encontrara las palabras referirse a esos momentos- “después es que uno se da cuenta de lo que hizo y se sorprende (...) una vez yo hasta me revisé, me toqué todito para estar seguro de que no me había pasado nada, sentía el cuerpo caliente y como que me palpitaba todo (...) después de que pasa todo es que uno comienza

a ser consciente del peligro en que estuvo y de que salió vivo, es una sensación muy, muy ... como muy berraca”.

Las palabras de Armando fueron pausadas, mientras hablamos de esas sensaciones se mostró dudativo, movía sus manos intentando expresarse o encontrar la forma más satisfactoria para hacerlo. Agregó, con mayor certeza, que después de participar en esas operaciones reinaba el silencio entre él y sus compañeros, “nadie hablaba con nadie, ni nos veíamos... escuchaba al comandante preguntar cosas, pero como no era conmigo yo no ponía cuidado, buscaba dónde sentarme y como le dije, me revisaba. Después de un tiempo todo volvía como... a la normalidad, el comandante nos daba órdenes, buscábamos qué comer, si se podía dormíamos y la gente que le tocaba para enfermería arrancaba para allá”.

El silencio momentáneo que nos acompañó fue cortado por Armando al decirme “a mí no me gusta acordarme de eso”. A pesar de que me hablaba de un pasado ya lejano, que ya le había pasado por el cuerpo y quién sabe cuántas veces había recreado en su mente, incluso sin buscarlo, lo noté conmovido y molesto: esquivó la mirada e hizo un gesto de desagrado evidente. Me sentí frustrada porque quería continuar, pero ante su afirmación no encontré motivos para continuar mis preguntas. Noté que estaba de su lado y eso me sacudió: antes de esta conversación sentía que era completamente imposible que tal escenario llegara a configurarse.

Otra dimensión del combate que emergió en nuestras conversaciones fue su duración, yo no había considerado que, en ocasiones, tuvieran una duración larga hasta que escuché a Raúl hablándome de “horas”. Horas en que no comen, no van al baño, “casi no parpadean” porque se mantienen en estado de alerta. Horas en que buscan blancos, afinan la mirada, arden por ser asertivos al atacar y defenderse, tiempo en que se dan ánimo unos a otros. Horas en que los descansos son sutiles y tienen forma de recarga del arma, escucha de órdenes o tiempo para respirar, guardar silencio y finalmente decidir hacia dónde o con qué atacar.

En particular Raúl me dijo que en una de esas confrontaciones largas, por un descuido, se enfrentó a una de las peores sensaciones que ha tenido: la sed. Sus ojos se secaron, su cuerpo

estaba caliente, la lengua se pegaba al paladar y cuando no tuvo suficiente líquido para hidratarse, comenzó a sentir mareo y a desesperarse mientras la lengua hacía un movimiento que llegó a irritarlo, pues golpeaba su paladar. Gritó por agua y le llegó. Ese no fue el único momento en que sintió sed, pero al suceder en medio del combate no pudo resolverlo como a veces lo hacían: caminando, buscando quebradas o buches de agua, haciendo referencia a una especie de planta que conserva agua en su interior y que él y sus compañeros aprendieron a identificar y aprovechar.

En la escena que me relató los disparos del otro lado eran constantes, la posibilidad de mirar era esquiva porque “medio asomaban” y venía como respuesta un destello de pólvora. No obstante la tregua no era una opción; el rechazo a la muerte se entrelazaba con un miedo mayor que comprometía su libertad: ser alcanzado por el enemigo, convertirse en su prisionero.

A pesar de lo convulsa que me resultó la escena, Raúl insistió en que la coordinación es fundamental: recibir las órdenes, saber hacia dónde disparar, no dejarse vencer por la mente y tratar de mantener la calma, “a veces hay que quedarse en silencio y tomarse tiempo para saber de dónde viene el ataque, escuchar las órdenes y organizarse... hay que encontrar cómo”.

La diligencia del enemigo debía ser superada, conservando siempre con qué atacar, pues no era posible saber cuánto se prolongaría el combate y no podían quedarse con las armas vacías. No era deseable recular si tocaba halar el gatillo, pero era necesario tener algo en la mira: la munición no podían perderse. Su enemigo, tal como ellos, no estaba dispuesto a parar, no quería dejarse vencer ni alcanzar. Al parecer de un lado y otro el pensamiento es el mismo: la derrota no es una opción.

De acuerdo a su experiencia, algo como “salvaje” emergía de su interior, se trataba de una fuerza inédita que sólo asocia con el combate mismo y que le dió la energía para resistir al enemigo y atacar sin contemplaciones: se trataba de su propia vida y la de sus compañeros. Sus ojos, sus manos, el cuerpo entero, incesante y dispuesto a buscar a los

enemigos y eliminarlos: si bajan la guardia, los muertos pueden ser ellos. Esa fuerza se robustece cuando, en medio de la acción bélica, ven a sus compañeros heridos.

Antonio me habló también de esa fuerza que iba más allá de sí y que se acentuaba cuando el ataque se atizaba con las escenas de sus camaradas heridos, con sus gemidos de dolor y el objetivo de recuperar sus cuerpos o lograr que fueran atendidos por la enfermera. Quienes caían en medio del combate eran las personas con quienes compartía las caminatas, las comidas, las horas de guardia en la madrugada, las historias, los chistes y las risas. Día a día sus compañeros eran la constante, su familia.

Antonio no ahondó mucho en ellos en nuestras primeras conversaciones; me encontré a mí misma obviando preguntas para evitarle dolores: el recuerdo trae consigo las emociones del momento que se evoca y es necesario poder darles trámite. Se trataba de sus muertos y aunque lo acompañaran haciendo presencia en su memoria, traerlos al presente en la palabra es un proceso que requiere cuidado, que como investigadora debo asumir: reconociendo que es mi intervención en su vida la que los invitó a acudir a sus memorias y representarlas en palabras y ese movimiento tiene implicaciones.

En medio del combate la toma de decisiones es fundamental. El superior en la tropa es quien define la estrategia del ataque, quien coordina y da órdenes. Quien desempeña ese rol hace posible la sinergia que la tropa requiere, para no dejarse vencer. El combatiente también toma sus decisiones: responde, cubre, enfoca, conserva munición y se espera que obedezca sin reparo.

Antonio, tal como Armando, sabía que la muerte en la cotidianidad que vivían era, sin duda, una firme posibilidad. Ni siquiera al dormir podían hacerlo con tranquilidad, aunque un compañero suyo estuviera haciendo la guardia de la noche, todo se mantuviera en absoluta oscuridad y en un silencio penetrante, era posible que el enemigo atacara. Fue precisamente una noche en que Antonio se entregó al sueño, tras tres días de marcha, con el enemigo siguiéndoles los pasos, que el reconocimiento del terreno y las órdenes de su comandante les salvaron la vida.

Él estaba dormido, pero siguiendo la orden de no dejar el fusil y mantenerse con las botas puestas (a pesar de lo incómodas que eran para descansar) pudo reaccionar rápido, levantarse, ponerse en posición y responder al fuego. ¿Qué hubiera pasado si estuviera sin botas?

Aunque aquel día perdieron bastantes provisiones por el repliegue que hicieron, el conocimiento del mando sobre el terreno los puso a salvo, atrincherados fuera de la vista del enemigo; la estrategia desplegada les dio ventaja y el orden y disciplina que él imponía en sus tropas les garantizaron la comida por los días en que fueron hostigados por el enemigo, viviendo serias dificultades para hacerse a provisiones. “Todo se mantenía ordenadito cuando ese mando estaba, eso nos garantizó muchas cosas en medio de tanto ataque”.

Antes de escuchar a Armando, Raúl y Antonio escapaban de mí las referencias que ellos hicieron, en relación con su participación en el conflicto: la pérdida de la vida, cómo se compromete la libertad, cuánto dependen unos de otros, algunas sensaciones físicas, los pensamientos que cruzan la mente, esa fuerza inédita que los inviste en esos momentos límite.

La escucha llevó a interpelar el perfil que había construido sobre los combatientes, considerar las sensaciones de vulnerabilidad ante la muerte, la emotividad en los recuerdos, sus silencios, las conexiones entre la vida previa a las filas y los lazos que se mantienen con el pasado y se construyen mientras se está uniformado.

Una aproximación aún sutil a sus experiencias, que además de llevar a considerarlos a ellos me invitó a abordar sus espacios también de manera distante a mis consideraciones sobre estos como lugares donde solo habita la muerte, la desolación y la violencia. En este sentido los textos a continuación son una invitación.

Lo hermoso

Antonio

“Fue una experiencia hermosa” me dijo Antonio y yo me quedé de una pieza. Hubo un momento de silencio y yo no lograba asimilar cómo la guerra puede ser una experiencia hermosa; me aterró un momento pensando en que se refería precisamente a la violencia y cierto dolor recorrió mi cuerpo. Le dije a Antonio que me regalara un momento para ir al baño porque no supe cómo continuar la conversación.

Ya sola y pudiendo hacer más evidente mi malestar y desasosiego me enfrenté con la decisión que había tomado: al comenzar este trabajo afirmé que no quería oír nada sobre el horror, me interesaba la vida, la cotidianidad, las relaciones; este tipo de conversaciones y otras con Armando y Raúl me dejaron ver que ese deseo mío por apartar la vista de la violencia eran una utopía. La vida de los combatientes están atravesadas por la violencia, es inevitable, su oficio era precisamente la defensa - el ataque, la eliminación del enemigo, la anulación de ese otro contra el que combaten.

Volví con Antonio con la convicción de la necesidad de escuchar lo que quería decir cuando hablaba de lo hermoso, así tuviera que enfrentar uno de los miedos que me acompañó al comenzar este proceso. Volví y le sonreí, pero intenté obviar sus ojos, nuevamente sentía que al verlos me iba a ser revelada una memoria que no quería conocer; respiré profundo y le pedí que me contara un poco más sobre lo hermoso. Antes de hablar sobre eso me preguntó “¿está todo bien, Mónica? la veo como rara”. Su pregunta me conmovió, y ya en el momento de procesar la información me enseñó que aunque yo como “investigadora” facilitaba/orientaba nuestras conversaciones, no las controlaba: yo también estaba implicada y dejándome ver por Antonio, Armando y Raúl.

Con un “todo bien” que le dije a Raúl, temiendo que él se cerrara y poniendo mi mano en su hombro, le pedí que procediera. En efecto el relato de Antonio fue bellissimo:

Pues vea, una de las cosas que a mí me parecían hermosas era levantarme en la mitad del verde del monte, eso era una maravilla porque uno sin alarmas ni nada se levanta, no es el ruido de los carros o de las ambulancias como pasa acá en Bogotá, no. Allá, si le toca buen clima se levanta entre los pájaros y otros aliprujos; además, uno tiene su reloj interno y ya sin problema se para a las 4, a las 3. A mí me sirvió que yo ya estaba acostumbrado a madrugar.

En la guerrilla yo recorrí mucho, será por eso que ahora no me amaño sentado. Sí, había necesidades y tocaba duro: yo por eso no quiero volver a ese oficio. Pero en medio de eso ¡ah qué delicia! uno sentarse a ver las nubes, yo me entretenía en eso: yo sí fui muy amante de la naturaleza.

Le puedo decir, con conocimiento de causa, que el cielo no es solo azul: yo lo he visto rojo, lo he visto violeta, lo he visto hasta con visos verdes y por las noches me esforzaba en no dormirme tan rápido cuando sabía que era luna llena, ¡eso es un espectáculo! aunque el cansancio a veces me ganaba o me tocaba acostarme contra el suelo porque la espalda no me daba más. Yo de campesino cargué mucho y eso me ayudó con la fuerza para andar con el equipo, pero es que la marcha lo chupa a uno.

Es que fíjese Mónica que yo hasta evitaba hacer guardia en las noches de luna llena, porque me embobaba mucho. Es que es un espectáculo ver esa luna como llenando el cielo, esa luz no tiene comparación y la verdad es que había noches que no pasaba nada y uno ahí sentado... En lugar de ponerme a pensar en lo que no conviene yo me dedicaba a observar con la luz de la luna.

Cuando las noches estaban muy oscuras eso sí era un aburrimiento y dependiendo de la zona, una zozobra muy brava. A mí por eso no me gustaba hacer guardia solo, a veces algún camarada me llegaba, yo agradecía esa compañía... en ese silencio tan bravo, hablar es un riesgo y por la oscurana toca es tener el oído bien despierto, pero estar acompañado en ese aburrimiento es importante, para uno no dormirse.

A mí me tocaron épocas muy bonitas. También los animales que uno conoce, uno allá aprende cómo relacionarse con ellos, a dejar quietos a los osos y las fieras porque yo solo sabía de vacas y bestias. Me acuerdo la primera vez que vi un gato de monte (su sonrisa se amplía, sus ojos se enternecen, yo no pude evitar sonreír también) - después de un breve silencio continúa- me quedé con la jeta abierta, yo parecía un pelao con regalo nuevo: era un cachorro, se veía mancítico, estaba jugando, no eso era una belleza de animal... Nos prohibieron cargarlo y me llamaron la atención por distraerme, junte otras dos llamadas de atención, ya ni me acuerdo porque, y me pusieron a cargar leña.

Yo todavía me acuerdo y me da risa: cómo uno todo grandote (amplió los hombros y enderezó la espalda) con su equipo y su arma (abrió las manos, haciendo un gesto relativo a la magnitud) se aboba tanto por ver un animalito de esos (estiró la mano al suelo). Uno si es muy pendejo, ¿no? (nos reímos un rato). Yo me dí cuenta que no era el único que se embobaba, no faltaba el que trataba de remedar a los pájaros, a los buhos, los recién ingresados a veces tenían miedo.

¿Qué más le cuento? había ríos que el agua era claritica, usted podía ver los pescaditos. Eso era una maravilla ver tanta belleza junta, esa agua es deliciosa, no le daba mal de estómago. Yo lo disfruté mucho. Eso debió ser unos tres meses, me tocó en un campamento donde todo estaba tranquilo, el aseo personal y la lavada de ropa la hacíamos en el río diario, yo aprovechaba para echarme mi chapuzón. Nosotros controlábamos la zona, no había ningún peligro ahí. Me gocé esos días.

Hacer marcha en la madrugada con ese paisaje eso es indescriptible, es como dicen “el que lo vive lo goza”. A mí me gustaría tanto volver a recorrer esos lugares, ya sin equipo a la espalda, sin pertrechos y con tiempo porque en la marcha uno no es que pueda parar mucho, toca todo ligerito, para no decaer. Ya yo no tengo veinte años, como dicen.

El único paisaje que a mí no me gustaba mucho era el monte tupido, en invierno es una llovedera que aburre y que además a uno le carraquean los dientes. Uno echa una mirada al cielo y nada: todo es pura oscuridad. No se ve amanecer ni atardecer, eso sí es desesperante. Eso sí yo no lo repetiría, fueron de los días más feos que me tocó pasar allá, era como estar encerrado en esos bosques todos infinitos.

Antes de escuchar a Antonio no había considerado la hermosura que podría estar tras la vida en filas. Recuerdo sus palabras y me conmuevo: vi mis prejuicios al correr hacia el baño para no enfrentarme a sus recuerdos sobre “lo hermoso”, considerando que lo hermoso para él debía ser horroroso para mí. Siendo Antonio un sujeto que estuvo en armas, mi comprensión sobre él parecía no trascender el horror, el daño y el dolor como huellas de la guerra.

Gracias a Antonio pude comenzar a considerar la experiencia en filas más allá del “lugar de la batalla”, cómo la marcha no es únicamente el ejercicio del traslado de un lugar a otro, sino que el espacio en que se desarrolla comporta sus especificidades y da lugar a acciones que yo pensaba estaban fuera del conflicto. Imaginar a Antonio contemplando las nubes, disfrutando la luna, viendo a los animales antes de nuestra conversación era imposible, mis lentes para verlo solo reconocían y sospechaban la violencia.

Mi único amigo

Armando

La verdad yo no tengo ningún recuerdo de un comandante que yo diga “lo admiro” “me gustaría ser como él”. Obvio era una maravilla como todo el respeto que ellos infundían, el miedo que le daba a la gente, a ellos la voz no les temblaba para nada, eso era dé órdenes sin pensar en nada. Eso a mi me gustaba, esa sensación de poder, si siendo uno un subalterno se sentía así, sentía como que podía ir mandando a la gente.

Una vez hicimos que una señora nos cocinara, estábamos muertos de hambre y le caímos al piqueteadero que ella tenía, uy esa señora no sabía dónde meterse. Al principio estaba arisca,

que cómo le íbamos a pagar, qué cuántos eran, uno de los compañeros levantó el arma y santo remedio: se relajó y se puso a cocinar. ¡Comimos gallina! Yo no me olvido de eso porque la sazón de la vieja era buena, casi que me recordaba a mi madre.

A la señora no le hicimos nada. Yo me acuerdo de eso también porque sentirse el que manda es bien bacano, la gente ya iba conociendo las autodefensas y sabía que lo que decíamos era lo que había que hacer. Con el tiempo la gente remilgosa es muy poquita y es más fácil para uno moverse, así no le falta a uno nada: ni comida, ni agua, ni cobijas, nada, ni trago, ni vicio al que le guste. Cuando la tropa necesita algo, es suyo y listo. No hay discusión.

La verdad meterle miedo a la gente no es tan complicado. Uno está armado hasta los dientes y pues joven casi nada le hace mella: amenazar es breve, aunque eso también se aprende, así como las otras cosas. La primera vez de todo es difícil, pero con el tiempo como que uno se va adaptando y las vainas se le hacen cada vez más fáciles, uno no piensa, uno actúa, hace lo que toca.

Mi único amigo en eso, digamos, era *Matachín*, creo que se llama Arnulfo, una vez me dijo algo así. Nos teníamos confianza. -¿y cariño? -no, cariño no (se endereza y su rostro pierde la candidez con que estaba contando). El man no era de aventarlo a uno con el mando, ese se volvió mi confidente desde una vez que me pilló dormido en la guardia, allá eso se paga con la muerte y él no dijo nada.

Yo estaba dormido cuando me pegó en la cabeza. Cuando lo ví me azaré. Yo andaba con un pañuelo, me limpié la cara. Me haló una oreja. Yo me encabrone pero no le podía decir nada, donde él dijera algo me hacía matar. Yo creo que me puse verde del susto y pues de la pena. Entonces me dijo “calmao pelao que yo no voy a decir nada” (se ríe), ese desgraciado no hizo más sino reirse y desde ese día nos cubrimos la espalda. Me acuerdo bien de todo porque prácticamente yo le quedé debiendo la vida.

Yo con *Matachín* pude estar harto tiempo y también lo acompañé en sus penas, él se las tragaba con aguardiente. Después nos separaron y no volví a saber nada. Con él yo aprendí

a tomar. La primera borrachera que tuve fue allá. No me acuerdo porqué pero nos dejaron ir al pueblo a farriar. Yo mantenía en el pueblo pero patrullando, a veces prestando guardia al comandante y pues haciéndole mandados.

El día de la borrachera que le digo, él fue el que me lidió el guayabo, aunque con disimulo, calladito. No me acuerdo mucho de lo que pasó esa noche. Al otro día esa risa fastidiosa de *Matachín* me despertó, tenía mal de estómago y de cabeza. No sé de dónde llegó con un caldo, me tocó escuchar sus historias, chistes bobos que le gustaba echar.

Esa risa que tenía no se la he vuelto a escuchar a nadie. Yo no lo volví a ver, tampoco quise preguntar por él. Nosotros no éramos amigos, después de todo lo que vimos qué amigos van a quedar. A mí me tocó hacer algo muy feo cuando entré, eso lo hacíamos todos al principio, no me acuerdo de mucho, pero sé que vomité y escuché que había gente que se reía. Después aprendí a tener el estómago bien duro, ya no me quebraba, y pues trataba era de tomar mucho líquido antes de las operaciones, comer casi no me gustaba, me rebotaba.

Todos sabíamos lo que habíamos hecho, ya después de eso uno mete la cabeza y no la saca. Además porque no se puede, después de los seis meses que uno tiene tres de entrenamiento y tres de probarse y tal, uno decide si se queda, como le digo: ya con la cabeza metida, meter los brazos ni se piensa. Igual el tiempo mínimo para estar eran cinco años y pues allá le garantizaban a uno el sueldo, por lo menos los primeros años.

Ojalá *Matachín* haya logrado poner el negocio que soñaba: una miscelánea. Sin saberse si habrá podido comprar el carrito que quería para proveer a otros negocios, de no sé qué pueblo. Lo que le llegaba de sueldo gastaba y ahorra. Ojalá lo haya conseguido, él estaba esperando juntar suficiente para poder salirse.

Aguilar

Raúl

Los relatos de Raúl sobre su experiencia me sobrecogieron. Aguilar fue su lanza durante muchos años, ambos eran parte del mismo contingente y para mí el recuerdo de su amistad resonó en los mismos términos de la hermosura a la que se había referido Antonio: experiencias que solo se pueden apreciar desde la óptica de quien las vive, pues el verde del monte o la relación de amistad cercana que hermana es desconocida para quienes no hemos vestido uniforme como ellos.

“Es que solo nosotros sabemos lo que vivimos, hablar acá de eso es difícil porque nunca lo entienden a uno”, “con Aguilar no nos teníamos secretos, el man sabía todo de mí y yo de él, eso no se puede hacer con todos los compañeros tampoco: uno por qué le va como a.. abrir el corazón a todo mundo. Eso se le vuelve allá una montadera y a mí eso no me gusta”.

Aguilar y Raúl se conocieron en el monte -conservo la referencia a su apellido pues era la forma en que Raúl me habló de él: “mi lancita Aguilar”; se abstuvo de usar su nombre. Eran cercanos en edad, aunque Raúl no pudo precisar si la diferencia de años era de dos o tres años mayor que él. De acuerdo a Raúl aunque Aguilar era duro, un soldado que tenía un poco más de experiencia que él, también era generoso: fue quien le enseñó a subirse las medias “casi hasta los sobacos” para atalajarse de forma tal que evitara que el barro y el agua se le metiera entre las botas.

¿Cómo se hicieron amigos? “Por un mal de estómago” dijo Raúl. Aguilar se compadeció de Raúl cuando le dio una diarrea que por la deshidratación se había debilitado. Raúl no había revelado la profundidad de su malestar, varias veces había pedido al comandante

detenerse, esperarlo -“mi cabo para solicitarle”- pero la negativa y la orden de seguir andando lo habían desincentivado.

Aguilar se mantuvo con disimulo al lado de Raúl, en silencio lo acompañó durante el patrullaje y cuando hubo ocasión de detenerse le dijo que le pasara parte del equipo: “eso fue una ayuda grandísima. Yo era nuevo y me tocó con una compañía de veteranos, esos manes ya no se conmueven, ya habían vivido mucho: son recorridos y un chino quejándose porque se había enfermado de la barriga era, cómo le digo, parte del paisaje, pero Aguilar se compadeció de esta alma enferma” (se ríe).

Aunque al principio a mí me ganó el orgullo, imagínese uno poniendo a cargar a otro, también es que yo no tenía experiencia, me habían mandado de relevo. Cuando él me dijo que me ayudaba yo le dije que yo tenía fuerzas, finalmente allá estamos de igual a igual, él como era más viejo lo que me dijo fue “chino, usted no sabe cómo es esto, déjese ayudar porque no me vuelvo a ofrecer para colaborarle”: menos mal le hice caso. La maleta me quedó ligerita y todavía quedaba camino. Desde ese día Aguilar se volvió mi lanza. Nos chiflaron cuando nos vieron pasando provisiones a la otra maleta: “las novias” nos dijeron.

Él ya tenía mujer y un hijo en camino. Hasta cuando comencé a hablar con él fue que empecé como a interesarme por tener familia. Nos volvimos muy unidos y nos contabamos las penas. Para mí la vida en el Ejército fue muy solitaria y eso que los compañeros son bien, están ahí firmes, pues no todos pero sí la mayoría. Tener a alguien con quien hablar es bueno, porque uno sabe que ellos ponen el pecho por uno pero no es bueno dejarse ver con la moral abajo.

Digamos que Aguilar fue como mi padrino. Otros soldados, así sean de la misma escuadra, no le comparten a uno nada, no le enseñan a uno, esperan que uno guinde mal la hamaca y se vaya de culo para burlarse o lo ven a uno vomitando hasta la tripa, ah hijueputas ¡eso se lo goza uno! pero así es que uno aprende. Igual con el tiempo yo logré tener la barriga dura, lo que me da duro es la comida de la casa ¿quién iba a pensar?.

Igual no me malentienda, el soldado es muy compañerista, oiga, escriba eso Mónica, no se le vaya a olvidar. Tenemos la berraquera de estar dispuestos a dar la vida por el otro. Si fuera por uno (vacila)... a veces pienso que me hubiera dejado morir, pero pensando en los compañeros uno no se deja, por no dejarlos a ellos. A mí me preocupa mucho mi familia, pero lo que yo siento por mis compañeros es diferente, es que le soy honesto: uno pasa más tiempo con ellos que en la casa. Yo conocí mejor a Aguilar que a mi mujer (risas).

A Aguilar me le conocí toditica la vida, las peleas con la mujer, lo que quería para los pelaos, lo ví rascarse la cabeza por la falta de plata, alargar el sueldo. El man sufrió mucho pagando la casita. Una vez llegó callado de un permiso, él llegaba siempre a mostrarme fotos de los pelados, me traía alguna pendejada de comer, a mi mamá le gustaba mandarle mantecada. Pero en ese permiso no dijo nada, no me echo ningún chisme, llegó como bobo, como desubicado.

Me preocupé y me le puse serio para que me contara, allá toca intentar tener la cabeza quieta; estar bajito de moral en medio de una misión es lo peor que le puede pasar, además que uno se pone más alebrestado, y pues yo soy bueno para escuchar. Aguilar me contó que la mujer lo había dejado y se había llevado a los hijos. Ese hombre estaba derrotado, y se puso a moquiar. Yo nunca lo había visto así, es que él quería mucho a sus pelados, mi lanza si estaba en el Ejército era porque el trabajo es fijo, para poder educarlos, los sacrificios que él vivió por ellos, gran hijueputa, él se desvivía.

Al poquito tiempo Aguilar se retiró, ufffff el dolor que me dió (se da palmadas en el pecho y respira profundo). Se fue mi padrino y me dejó. Yo no lo podía creer, él era de buenas: en el área, nunca, ni un rasguño. Cuando me contó ya estaba en trámites de pedir la baja, yo lo abracé y le dije que estaba firme, cuidándole la espalda. No faltó el pendejo que nos vió y volvió a gritar “las novias”. El renunció por los hijos, la mujer estaba como ennoviada y él no quería que sus hijos conocieran otro papá. Le pudo el amor por los hijos.

Detrás de la pertenencia en filas se esconde la configuración de relaciones significativas entre compañeros. Detrás de la intencionada construcción de un sujeto colectivo mediante

el uniforme, la obediencia, la subalternidad, la diferencia con la población civil y el intento de incorporar al sujeto a las lógicas del colectivo, sobrevive la dimensión humana del interés en el otro, la escucha y el cuidado.

La experiencia compartida, tan distinta a lo que vivimos como población civil nos sitúa en un contexto en que el desconocimiento sobre el peso del equipo, la sensación física y mental del combate, el dolor de la pérdida, la vivencia de la necesidad y el reconocimiento de la importancia de la vida de aquellos con quienes se cuenta en filas, trascienden nuestra comprensión: están fuera de los marcos que hemos consolidado para relacionarnos con el mundo y los otros.

III. Pensaba distantes los afectos

*“La guerra con camuflaje se viste, así nadie ve cuando se pone triste”
Guerra, Residente*

Fluyen afectos

Mediante la voz de Armando, Antonio y Raúl descubrí que en estructuras armadas, que antes pensaba eran únicamente productoras de violencia, se construyen vínculos. Me impactó la forma en que hablaron de sus vidas en armas sin hacer alusión a la violencia, y cómo entre armas, sangre, dolor, miedo y la demanda emocional y física del día a día, ellos en su individualidad devienen no como extensión del grupo, sino que en su configuración como combatientes el pasado sin armas permea.

Sus narraciones no solo convocan a la perpetración del daño, sino que nos invitan a considerar otras dimensiones de su vida en armas. No tuvimos una conversación sobre la violencia perpetrada, sino sobre el afecto construido y, de acuerdo a Antonio y Raúl, probado, porque los compañeros estaban dispuestos a dar la vida por ellos; una conversación sobre el agradecimiento que se siente al volver a casa, un espacio en que se guarda silencio sobre lo vivido y se piensa en función del presente.

Las condiciones en que se desarrollan estas relaciones son distintas. Antonio debió enfrentarse a la vida en filas sin la cercanía de su familia consanguínea: tras el ingreso se le indicó que su pasado quedaba atrás y su familia política, es decir el resto de sus compañeros de la guerrilla, eran su nueva familia, se trataba de comenzar una nueva vida que, de acuerdo a lo que me dijo, no tenía caducidad pues la permanencia era indefinida.

Materialmente es con ese compañero de filas con quien se pueden crear relaciones significativas: no hay nadie más a quien acudir. En el caso de Antonio su camarada más cercana era Sonia, una morena alta con la que nunca se asoció, pero a quien le “soltaba la lengua” porque ella era de confianza, era una guerrillera 6 años mayor que él, a Antonio lo atrajo su fortaleza física porque ella no flaqueaba en la marcha.

El quite que Antonio le hacía a soñar con su futuro por la realidad de la muerte y la vigencia de la lucha en que estaba inmerso llevaron a que atrás quedaran los anhelos de estudiar en una universidad - aunque perfeccionó su escritura y lectura en los cursos que disponía el grupo para su formación, pero terminó pocos libros pues “a veces es mejor cargar provisiones que papel”-. También en su pasado quedaron las ganas de tener familia y criar hijos: “no quise tener hijos que no iba a poder ver”.

Antonio y Raúl tienen una experiencia compartida en relación con la convivencia por largos periodos de tiempo, se diferencian por las condiciones en que se desarrollaba esa convivencia. Mientras Raúl llevaba raciones de campaña limitando la necesidad de la cocina, Antonio aprendió a cocinar con sus camaradas, recuerda en particular una semana en que debió ranchar cuatro días seguidos porque dejó cruda la comida una y otra vez, “incluso la moral de la tropa depende de lo que se come”, era su responsabilidad cumplir a cabalidad esa tarea.

El espacio de preparación de alimentos y la configuración de un escenario en que se comparten, insiste en su consolidación como familia. Todos comían lo mismo, ningún compañero quedaba sin comida, a menos que no le gustara lo que se preparaba, cada combatiente debió cargar algo del economato. Es un modo de vida en que la suma de labores de cada combatiente define el sostenimiento de la tropa, en un contexto en que no hay posibilidad de acudir a otras relaciones antes construidas.

Por supuesto se presentan roces e inconvenientes, Antonio me contó cómo una vez “por dárseles de redentor, terminó crucificado”. Se había dado cuenta que dos compañeros tenían sus inconvenientes, al parecer por una mujer, trató de mediar la situación hablando con ella para que se decidiera por alguno antes de que se fueran a los puños e incurrieran en una falta grave, pero terminó con los tres en su contra, en medio de una discusión acalorada. Se carcajeó contándome al decirme “estábamos en mitad de la furrusca, ya nos íbamos a ir a las manos, cuando llegó el mando y preguntó qué pasaba, quedamos quietos todos y nos

tocó hacernos los pendejos; ninguno quería terminar cargando madera o haciendo trincheras²⁸”.

No obstante, la imposibilidad de activar relaciones previas al ingreso no irrumpe en su añoranza: Antonio escondió muy dentro de sí el deseo de ver a su madre Hortensia mientras, en el día a día, su lazo con sus comandantes y sus compañeros se iba fortaleciendo. ¿Cómo supe que lo había escondido? Me dijo que evitaba hablar de su familia con sus compañeros, salvo con uno que otro con quien tenía más confianza o a quienes les devolvía el gesto de contarles alguna intimidad, pues ellos previamente lo habían hecho.

Además, al hablar de Hortensia su voz cambió, sus ojos se humedecieron y me vi en la obligación de mirar hacia otra parte, pues el momento era demasiado íntimo, me sentí como una intrusa frente a un sentimiento que hasta el momento y por largo tiempo había sido solo suyo. Él se contuvo todo lo que pudo: apretó fuerte las manos, volteó la cara. Respiró profundo. Guardó silencio.

El esfuerzo para que su voz no se quebrara fue enorme, pasaba saliva y tomaba aire. Finalmente me dijo ¡Cuánto la extraño!. Guardamos silencio y me sentí atravesada por un dolor fruto del recuerdo de mi abuela y lo mucho que la extraño... pero, a diferencia de Antonio, yo pude verla y despedirme de ella, él se enteró de la muerte de su madre un año después de que el suceso tuviera lugar.

Me comentó que guardó silencio sobre su mamá pues no quería mostrar debilidad, ni dar a entender que tenía la mente fuera de los asuntos que se le encomendaban: había empezado una nueva vida y tenía la disposición de asumirla, que lo vieran con dudas podía ponerlo en riesgo, “no quería que pensarán que era un infiltrado o que me iba a voltear”. A pesar de su silencio buscó estar pendiente de su mamá: intentó, tratando de persuadir a su comandante, que lo dejaran en la zona en que ella estaba, quería mantenerse al corriente de su vida y tenía el deseo de protegerla, además era importante que ella supiera que él estaba bien.

²⁸ Letrina.

Antonio estaba armado y, en los lugares que dominaban, el uniforme, la insignia y el equipo que lo identificaban como parte del grupo le significaron ser la autoridad, le abrían las puertas y evitaban discusiones: ese lugar de respeto podía servirle para beneficio de su familia. Ese pensamiento cruzó por su mente por un tiempo, no obstante un par de años después de su ingreso se volvió relativo: supo que en donde estaba su familia comenzó a ser un riesgo estar vestido como él y ser relacionado con su uniforme. Un nuevo enemigo había incursionado.

A pesar del intenso deseo que tenía respecto a poder saber sobre Hortensia su lugar en la estructura armada no se lo permitió: Antonio era un subalterno, un guerrillero más. Otros podían ver a sus familias y recibir la visita de sus hijos o sus esposas. Vale indicar que Antonio se esmeró en comentarme que las visitas de afuera eran bien recibidas y que eran restringidas por la seguridad de todos; lo hizo después de que, en un golpe de indignación, cuando comenzó a decirme que otros sí tenían lazos con ese “afuera” que le era negado a él, yo comenzara a quejarme por esos desequilibrios y lo animara a decirme cómo se sentía y compartirme el malestar que podría haber tenido.

Mi actitud lo silenció, él no estaba interesado en que yo me quedara con la idea de la injusticia en filas; yo creí proceder como era debido al manifestarle abiertamente mi malestar y buscar que él leyera eso como empatía, como parte de confianza, pero coarte esa confianza pues eche a andar mis prejuicios en lugar de estar atenta a lo que él quería decir.

Raúl no compartió con sus compañeros las mismas lógicas que Antonio, pero sí debió convivir intensamente con otros soldados. Se acompañaron en la sed, el hambre, la enfermedad y el malestar, entre ellos saben del costo de la vida en el área: “mi familia me veía limpio, recién cambiadito, les llegaba el sueldito cumplido, pero el hambre, el cansancio, los calambres y cómo nos veíamos y olíamos sin bañarnos, toda la mierda, eso solo lo saben quienes lo viven”.

Escuché a Raúl decirme que “les sacaban la mierda” en el entrenamiento. Me comentó que tiene un recuerdo recurrente de su estancia en batallón que asocia a las palabras “compañía

a formar”, el relato de cómo sus superiores daban órdenes sin parar, así fuera en medio del almuerzo o el sueño. Al escucharlo sentía que me compartía estrategias que se usaban para doblegarlos y quebrar cualquier forma de discusión o disenso, no pude evitar abrir los ojos ampliamente.

Raúl se ríó y me contestó “tranquila, que lo que no hace el cuerpo, la mente lo vence”. Le compartí -quiero pensar que sutilmente- mi sorpresa ante la demanda física que me estaba relatando y le dije que admiraba su disposición porque estaba convencida de que yo no hubiera aguantado. En tono de burla le dije que me hubiera resistido a las órdenes, a lo que respondió “si la mente no piensa el cuerpo sufre”: las consecuencias de no obedecer, según me dijo, eran que se doblaba el número de flexiones, de kilómetros para trotar o se ponía a sufrir a toda la compañía; así que concluimos que era más fácil hacer caso.

Se mostró entusiasta al decirme que con el tiempo se toma ritmo y es más fácil seguir las órdenes. Lo que para él era motivo de orgullo y alegría porque había podido dominarlo y acoplarse al ritmo, para mí estaba lleno de visos de una autoridad que no reconocía y me generaba malestar. El espacio se hizo tenso por un momento y mi posición, contraria a lo que a Raúl le hacía sentirse confiado y mostrarse feliz, me dejaron en silencio por un momento. Desde donde yo lo veía el disenso era necesario, además de sano.

A pesar de esa aparente convicción sobre la obediencia, un tiempo después Raúl me comentó cómo en medio del entrenamiento se le hace el quite a ciertas instrucciones: de acuerdo a lo que me dijo, a algunos cuando les correspondía ser centinela, le pagaban a otro para que los reemplazara, también aludió a que “hay amigos de lo ajeno” que “se cuadran sus cositas con lo de los compañeros”. Acciones que aunque son conocidas entre los soldados, aparentemente, son pérdidas de vista por parte de los superiores.

Ahora bien, el área de operaciones es distinta al entrenamiento. Las condiciones de vida cambian, los alimentos y el agua pueden escasear, las posibilidades para garantizar el aseo personal y la comunicación con la familia se restringen y el enemigo ya no hace parte de un escenario hipotético, sino que se materializa, “tanta formadera se acaba y a veces ni pasan

revista porque no hay condiciones”. En el área los compañeros son la compañía constante, con quienes se viven las vicisitudes del día a día, con quienes se comparten los malestares y se encuentran motivos para mantener la moral alta.

La moral depende del estado anímico en que se encuentren los soldados, mantenerla alta es vital y los visos de debilidad que puedan notarse son vistos con desconfianza, por eso no se le puede confesar a cualquiera lo que se siente. El confidente es el lanza, para Raúl era Aguilar, especialmente, por eso su partida fue dolorosa. Con Aguilar no solo hablaban de la vida y de los sueños, sino que se cuidaban en enfermedad, se apoyaban en la debilidad y se daban el espacio para quejarse, para Raúl tener con quien desahogarse era un alivio. “Tener a alguien de confianza es importante, sino uno se vuelve un ocho cavilando solo o abre la boca con el que no es”.

Raúl me comentó que se cuidaba de hacer comentarios sobre sus superiores, y tenía en cuenta que, aunque había con quien hacerlos, era importante asegurarse de que “no lo iban a vender”. “¿Cierto que hablar es bueno?” me preguntó, yo asentí y luego me contó que en el área dependía de con quién se conversara, de los comentarios o las quejas que se tenían para no ganarse un lío entre compañeros o no tener encima al superior. “Hay gente que es como dicen todoterreno, esos que no se arrugan y que no se van a poner con pendejadas”.

Los superiores no eran todos iguales, dijo Raúl, que moviendo sus manos hacia su pecho indicó que se sentía más cómodo con quienes son troperos “esos que han comido la misma que uno, los que hacen tareas como de soldados, cargando sus raciones de campaña, los que saben que dependemos de ellos y no toman decisiones con soberbia, sino que piensan en uno; esos son de los buenos, ahí uno sí está dispuesto a arriesgar porque le está haciendo caso a la experiencia”.

Raúl continuó diciendo que no solo se trataba de tener fortaleza física, “no se necesita hacer tanto ejercicio para ser buen soldado”. La obediencia del combatiente resultaba ser en muchos casos la conservación de la tropa. El peligro de la insubordinación radicaba en que

alguien se negara a patrullar, a atarcar, a moverse hacia donde se le ordenaba y con esas acciones comprometiera a todos sus compañeros.

A pesar de la relevancia de la obediencia, entre líneas Raúl me comentó que la experiencia propia le fue dando pauta para saber qué obedecer, en particular cuando las personas que están en los lugares de mando no se han enfrentado a situaciones a las cuales los soldados sí. “Hay gente que es muy, como muy ingenua y soberbia, a esos hay que aprender a hablarles, hay otros más conscientes, esos mantienen cerquita con los que son más recorridos”.

Raúl, de manera distinta a Antonio, tenía lazos que trascendían el grupo y hacían parte de su presente: mientras estuvo en el área pudo visitar su casa entre 2 y 3 veces al año. Me sobrecogió escuchar el enorme anhelo que tenía de ver a sus hijos, se detenía diciéndome que a escondidas, mientras se encontraba lejos, miraba una carta que sus hijos le habían hecho; era más bien, en sus palabras, “un pedazo de papel en que ya no se distinguía nada”, pero se refirió a él con afecto.

Era una carta que habían hecho para el día del padre en el colegio al que iba su hija, quien se la pudo entregar un par de meses después. Ese pedazo de papel resultó un vehículo para su memoria, lo transportaba a su casa, le daba motivos para mantenerse en pie. A objetos como ese se aferraban Raúl y sus compañeros, eran sagrados, objetos que se respetaban: “ni el más caspa se metía con eso”.

“Pocas veces cuando alguien llora o se descompona es consolado, nada se hace si uno se pone a llorar también, a encabronarse o quejarse, es mejor tener en mente a la gente que lo está esperando a uno”. Raúl lleva todavía con él una cadenita que le dio su mamá, me la mostró al referirse a aquello a lo que se aferraba en los momentos difíciles en filas. Me sorprendió escuchar que esos momentos estaban acompasados con la soledad, los anhelos de comer guisado y sopa caliente -cuando se aburría de las raciones de campaña que solían estar frías y duras- y solo quería estar en su casa. Le sonreí mientras lo veía a los ojos,

conmovida y sorprendida por el amor con que hablaba sobre sus hijos y el hecho de que se aferrara por años a una cadenita y una hoja de papel. Él cambió de tema rápidamente.

Si bien entre soldados no se contaban todo y era sumamente importante mantener la fachada de la fortaleza intacta, además de la convivencia intensa y de ser su compañía permanente mientras se encontraban en el área, Raúl estaba interesado en sus compañeros por lo que compartía con ellos: habían dejado una familia en la vida civil, esposas e hijos, padres y madres que estaban a la espera del regreso.

En el juramento de bandera conoció a los padres de varios de sus compañeros, aún hoy recuerda a Gloria, la mamá de Rodríguez, que se tomó el tiempo de darles la bendición a cada uno. Ese momento lo atesora hasta hoy, fue asignado a una misión diferente a la de él y por eso no volvió a saber sobre Rodríguez. La imagen de Gloria o de los hijos de Aguilar le generaban el intenso deseo de que sus compañeros volvieran a casa.

Me llamó la atención que Raúl me dijo que incluso cuando estaba en tiempo de descanso sus pensamientos estaban con sus compañeros. No se refería solamente a aquellos que había dejado en el área, sino a quienes aparecían en las noticias cuando se anunciaban combates o fallecimientos. No pudo explicarme las razones, pero me aseguró “cada muerte se siente, así uno no conozca a la persona”, esas sensaciones se configuran en el dolor y malestar ante la ausencia, lesión o enfermedad de algún compañero, “esas muertes duelen más que cualquier otra”, dijo tras aclararse la garganta.

Al escucharlo me molesté. Él se dio cuenta y el momento se volvió sumamente incómodo. Estaba molesta pensando en que para Raúl había unas muertes que importaban más. Él me confrontó y pronto retomó la idea: “me importan más las muertes de las personas que quiero, de las que conozco, yo sé en las [situaciones] en que se han visto esos muchachos”. Asentí a su afirmación.

Pese a no conocer a cada miembro de la institución, para Raúl bastaba saber que portaban el uniforme, que seguramente habían vivido lo que él, para sentir de manera cercana lo que

les pasaba. Yo me quedé en silencio. Él afirmó “usted como civil no lo entiende”, estoy distante de la relación y el conocimiento que tienen los soldados entre sí, aquello que le tocó hacer en el área lo pueden asimilar él y quienes estuvieron con él, para él yo estoy fuera de ese espectro de comprensión, pues no he estado en su posición. Sus compañeros sí.

Vuelvo a la escena que había imaginado sobre mi muerte (ver página **), mientras escuchaba a estos dos hombres hablar de las posibilidades de la suya, reconozco lo distante que soy de las lógicas de ellos: yo nunca imaginé mi muerte, cuando me dí la oportunidad de hacerlo, pensando en que en medio de ese escenario contaba con alguien. Para ellos es diferente.

La rutina en que vivió Antonio talló para él una realidad en que no hubo más familia ni más mundo que aquel que le proveían quienes están en el espacio inmediato al que cada combatiente es designado. En ese contexto también se recuerdan con dolor los momentos en que, por órdenes de superiores, amigos o parejas tuvieron que separarse para trasladarse a lugares diferentes. Emerge también el temor por la suerte que pueden correr distanciados espacialmente, pese a su cercanía por su pertenencia a filas.

Además de la provisión de alimentos, eran entregados implementos de aseo, uniformes, ropa interior, calzado: la sinergia del grupo era la que proveía las condiciones de vida de los combatientes. Bajo esa lógica, tanto en el combate como en la vida diaria unos contaban con otros y eso me ratificó Antonio cuando hablaba de sus compañeros.

Antonio me dejó entrever esta dimensión de su experiencia cuando hablamos de compañeros ausentes. Su voz se quebró, su cuerpo se contrajo, levantó la vista y no nombró a nadie, se limitó a decir “muchos camaradas, hoy hacen falta”. Guardó silencio un momento y me pidió suspender la conversación. Retomamos en otra jornada, su cuerpo permanecía erguido, sus manos apretadas, me vio a los ojos al indicarme “es difícil de contar... cada persona es un dolor”.

Después de una breve charla entendí que no se refería a quienes vio morir, sino a todos sus compañeros. Por la comunicación constante que había entre los guerrilleros, a pesar de que estaban separados, recibían y discutían noticias, así como información relevante sobre otros frentes. En particular se refirió a las pérdidas de los comandantes por sus nombres, el resto de los combatientes eran sintetizados en un número - 50, 20, 15-.

Cuando le hice notar esas características de su relato guardó silencio un momento y aludió “es que uno sabe más de ellos”, acto seguido se refirió a la impotencia ante la muerte de sus compañeros, el impacto que las pérdidas tenían sobre la moral de la guerrillerada, pero cómo también esas pérdidas le daban más sentido y fuerza en la lucha: se convertían en un motivo para continuar, en lugar de ser una razón para recular. Antonio se negó a hablarme de sus amigos cercanos, lo intentó pero sus palabras no pasaron de su garganta y luego convenimos que no era necesario.

Dentro de los paramilitares no se constituía la hermandad que saltaba a la vista en los relatos de Raúl o de Antonio. Los últimos dos estaban seguros de que sus compañeros estaban dispuestos a defenderlos, a entregar la vida por ellos; Armando me dijo que él no tenía esa certeza, más bien creía que cada quien estaba interesado en defenderse a sí mismo.

Armando me ayudó a considerar la configuración de un cuerpo colectivo, una masa de hombres que se organiza, que en lo local responde a la jerarquía inmediata, pero no tiene una subjetividad colectiva, recuerda que uno de sus compañeros decía “nadie es necesario” cuando sufrían alguna baja.

El hermanamiento, de acuerdo a lo que escuché de Armando, correspondía más a una suerte de complicidad por el entrenamiento compartido. Todos habían tenido, en algún momento, que aprender a tratar con sevicia cuerpos humanos. Armando se esmeró en comentarme que él solo lo había hecho durante el entrenamiento, eso le trajo vómito y problemas de sueño: en las noches aparecía un recuerdo que lo atormentaba. Después de ver a sus compañeros ejecutar la violencia que aprendían en los entrenamientos, le costó levantar la vista y comenzar a verlos a los ojos, sabía de su alcance y eso le llevó a sentir desconfianza.

Para ingresar en las AUC había mucha “demanda”, gente interesada en ser parte de las filas de los paramilitares; la idea que me transmitió Armando es que el impacto en la colectividad por la lesión o ausencia de algún combatiente era intrascendente colectivamente porque “siempre había algún reemplazo”, no obstante me aclaró que “sobretudo le daba duro a la gente que entraba con algún hermano, primo o amigo, ahí les daba duro a los pelados”.

La situación de Armando era también distinta a la de Antonio y Raúl. A diferencia de Antonio, él tenía posibilidad de visitar a su familia, a menos que por indisciplina fuera castigado; a diferencia de Raúl le huía a esa posibilidad, dijo que pocas veces visitó a su familia, prefería dedicarse a descansar o a beber.

Cuando decidió ingresar le dijo a su familia que había conseguido un trabajo lejos, procuraba mantenerse comunicado, avisar que se encontraba bien porque sabía que se podían preocupar, se aseguraba además de que les llegara un dinero cada mes, se esmeraba por no incumplir ninguna norma, para garantizar que le entregaran el pago completo.

De acuerdo a Armando mientras estuvo uniformado solo estuvo en su casa dos navidades. No sabía si su familia estaba enterada sobre en qué estaba involucrado. Se incomodó mucho, luego me dijo que era difícil argumentar razones para estar en el grupo, “las noticias no ayudan, todo eso que dicen tan... Ya no quiero que me vean como un matón, como una persona con las manos llenas de sangre, que se alegró de la guerra. Yo tengo cerebro y se lo digo porque me ha tocado escuchar a la gente decir que nosotros no pensamos, que éramos hijos del diablo, cuando no éramos el diablo en pasta o monstruos, que no teníamos mamá...”

A diferencia de un militar legítimo, a quien le puede interesar hablar sobre sus vivencias en la confrontación armada, pero además se le pide hacerlo, Armando vive en el silencio sobre su pasado: “llevo años tratando de dejar esa vida atrás”. Me sentí avergonzada al escucharlo, pedí disculpas por insistir con preguntas y le dio risa “no hay de qué disculparse, vinimos a eso, era lo que habíamos hablado, ¿no?”

“En mi casa tenemos un acuerdo, no hablamos de lo que hice antes, de eso en que estuve metido, ya no hay nada que preguntar ni saber, lo importante es que ya no estoy en esa vida y que tenemos nuestra casa en tranquilidad. Yo agradezco volver a mi casa, a mi vida”. Sin darme muchos detalles, Armando me dijo que su vida había estado en peligro varias veces, “en el entrenamiento todo el tiempo amenazan con matarlo a uno y las faltas también se pagan con la muerte, a mí me fue, digamos, bien”.

Se despejó la cara con las manos y comenzó a relatarme una breve historia de complicidad y suspicacia entre compañeros: me contó sobre un día en que se puso de acuerdo con otros para echarse un “picadito”; el comandante estaba ausente y quien estaba encargado era una persona más laxa, contaban con una suerte de campanero -quien estaba haciendo la guardia en el primer puesto-, que estaba lo suficientemente lejos como para avisarles antes de que el comandante llegara. La mayoría querían jugar, así que a quienes no les gustó la idea les correspondió acoplarse: “no vale la pena echarse a toda la gente encima y no aguanta ser sapo”.

El partido, como lo planearon, era de apenas 30 minutos, pero “estaba envenenado”, tenía una apuesta de por medio; al campanero tenían que pagarle por aparte. Armando recuerda ese episodio entre risas y con cierta maldad pues, como dijo, “se la pudimos hacer al comandante”. Se trataba de un exguerrillero que había ingresado y que por la experiencia había ascendido rápidamente, que se ufanaba de ser disciplinado y se había vuelto molesto para los combatientes por su rápido ascenso y porque era “muy crecido”. Desde mi perspectiva, Armando mismo interpeló la idea de que no podía confiar en nadie, dado que formular el juego y llevarlo a cabo requirió de cada quien disposición para con el otro y consigo mismo.

La logística para armar un partido de fútbol en medio de un escenario en que imaginaba que la vida se vivía en una alerta total y absoluta; la añoranza de la madre y el deseo de estar con la familia, a pesar de que el grupo al que se pertenece se consolida como una suerte de familia; aferrarse a una serie de objetos que producen inflexiones entre la vida civil y la vida como combatiente: vivencias que además de lejanas me resultaban increíbles, pues en mi

mente solo asimilaba la figura del combatiente al violento, no al sobreviviente o el compañero, el cuidador, no los afectos que se despertaban tras la convivencia o que se convocaban a las relaciones familiares.

La orden absurda

Armando

Me acuerdo una vez que Rojas, que estaba al mando, me pidió echarle ojo a una muchacha que le gustaba. Que orden tan marica, la china no quería dárselo y tenía un noviecito por ahí, es que era bien bonita. A mi me tocaba con otro parquearmele en la casa, un poco de tiempo perdido porque la pelada ni salía. Era vigilarla por si se iba o por si algún mancito llegaba a cortejarla. Era fastidioso, igual, en ese momento, en la zona las cosas estaban calmadas, nosotros teníamos el control y la orden era que nadie podía irse, nadie estaba autorizado para abandonar el lugar.

Como yo era armado en una esquina de la casa me aprendí la casa de al frente. Tenía solo un piso, la pared era blanca, lo habían pintado como con cal porque uno quedaba blanco cuando se le pegaba mucho o se restregaba. La casita tenía un par de ventanitas que daban tristeza de lo chicas, no sé porqué la gente hace ventanas tan pequeñas. Luego supe que la casa tenía patio, pues entonces luz no les hacía falta.

La puerta era normal: hajada, café, en madera, tenía era un candado grandote que en el tiempo que yo estuve ahí no cerraban ni nada, ahí vivía una señora ya vieja, estaba sola. No más era que yo le dijera que me regalara agua, que me diera jugo, alguna cosa y ella me largaba eso, con una vez que le pedimos almuerzo, ahí en adelante nos siguió dando. Con un fierro colgado a usted no le niegan nada, la gente sabía cómo eran las cosas.

El comandante no fue capaz de levantarse a esa muchacha y el cucho no quería dañarla, pero por eso tampoco dejaba que nadie se le acercara. Obvio la china no volvió a tener ningún pretendiente, nadie se acercaba a esa casa y algunas veces que la mamá salía con ella, yo lo que hacía era abrazar a la vieja con un brazo y con el otro levantar un poquito el arma. Ya

con eso no le quedaban ganas de escaparse ni nada. Esa muchacha de verdad no volvió a salir, ni asomaba a la esquina.

El comandante se prendó de ella desde una vez que la vio bailar en una de esas fiestas del pueblo a la que lo invitaban y le hacían recibimiento y todo. Yo estaba prestándole guardia y por eso me pesqué todo. Quién iba a pensar que un man de esos que tiene mando de tropa, que si lo quiere a uno mandar a comer mierda o tierra puede, no iba a poder levantarse a una mujercita.

Llegamos al bar y eso fue como si se abriera el mundo (se ríe), la gente se quitaba para dejarnos pasar, nos desocuparon mesa y todo. Mandamos cambiar la música, el comandante quería escuchar vallenatos. El trago no faltó esa noche. La china que le digo ya se estaba yendo cuando el comandante la mandó llamar, le pidió a alguno, no recuerdo quién, que fuera y la trajera; eso es patético, uno tener que hacer esos mandados.

La china no se quería devolver y sabiendo que le gustaba al duro pues no se le podía obligar. El comandante salió de la discoteca, yo iba detrás de él porque me dijo que lo hiciera, aunque no entendía para qué... yo la estaba pasando bueno, levantándome a una peladita y él me interrumpió y me ordenó salir, para nada. Me fui de mala gana.

Ella estaba sentada en un andén, decía que estaba cansada y que por eso no se levantaba. Él llegó, se le sentó al lado, la muchacha estaba incómoda, yo la verdad preferí no ver, primero era raro que un hombre de esos se rebajara por una mujer y lo otro es que rogarle a una muchacha, eso no se hace. Era una pérdida de tiempo.

Él le insistió como tres veces hasta que se cansó y la agarró del brazo y la levantó. Ahí todos nos pusimos como en alerta, siempre es mejor tener a la gente controlada, no convenía echarse la gente encima... y pues ninguno sabía el comandante qué era lo que estaba pensando hacer.

No toda la gente nos quería, no faltaba el que se arrebatava porque no le gustábamos, pero también nos agradecían estar en su tierra y mantener en orden el pueblo y a los criminales a raya... Cagarse eso porque el mando estaba obsesionado, eso era una pendejada, además ese día íbamos era a celebrar, no a terminar en medio de.. un operativo, la fiesta se iba a acabar, no era la primera vez que pasaba y eso sí es muy jarto.

Pero no, el man la jaló del brazo fue para hacerla bailar. La muchacha muy aletosa, medio movía el cuerpo. La escena era muy rara, él como rogándole que bailara, tan maluco que debe ser bailar con alguien que no quiere, si lo sabroso es, usted me entiende, que ambas personas estén gozándolo.

Ahí tuvo a la muchacha obligada hasta tarde. Yo salía a fumar y la miraba de lejos. Como a las 3 de la mañana la pobre comenzó a cojear, yo no sé si sería enserio, pero por fin él se cansó y la dejó ir... bueno, la mandó con el conductor. A partir del otro día me tocó ir a hacer guardia en la casa de ella. Yo con ese guayabo, con ganas de cantarle la tabla, hijueputa que no me dejó dormir la borrachera, pero bueno, quería que el sueldo me llegara completo.

La vaina le duró al patrón como tres meses. Era un aburrimiento estar ahí todo el tiempo, de vez en cuando me relevaban, pero a él le gustaba era que yo estuviera. El trabajo fue fácil, yo tenía prevención era de la que la china se me volara y me ajusticiaran a mí, también pensaba qué hacer si me mandaba matarla o llevársela obligada, eso sí me mareaba. (Guarda silencio un momento).

Yo he hecho muchas cosas... que ni quiero recordar. Pero esa peladita, jovencita, era tierna. La única hija de la señora, uy no, es que eso no se hace. Yo sí agradezco mucho que no me tocó una aberración de esas, no es que tenga la conciencia tranquila. El caso, al mando se le quitó la obsesión y la pudimos dejar en paz, ese pensamiento me daba angustia, yo no le quería hacer nada, hasta había pensado cómo escaparme. En una de esas es la vida de uno o de la otra persona. Una vaina muy complicada.

Dolorones

Antonio

Siendo chico, recogiendo guayaba en Santander, de donde es la familia de mi papá, me daban unos dolorones de cabeza terribles. No soportaba casi la luz del sol y el calor era tremendo... sentía unas palpitaciones en la cabeza, en la sien y eso era como si el ojo se me fuera a salir. En medio de esos dolores veía como luces, achicaba los ojos para que me entrara poquita luz y seguía al lado de mi papá recogiendo la guayaba.

Lo mismo me pasaba algunos domingos. Mi papá se bajaba al pueblo a vender la carga de fruta, me llevaba con él. Después se iba a hacer mercado y me daban las 3 o 4 de la tarde por ahí sentado, al lado del caballo, esperando a mi papá. Él estaba echándose sus amargas. Me agarraba un doloron que medio me movía y ¡Bendito Dios! eso sentía que esa mula se me partía... las palpitaciones no paraban, antes eran como más, apostaba me daba hambre pero al tiempo eso era un asco, como unas ganas de vomitar...

Pobre mi padre. De pronto no pensaba en eso. Él a mí me quería, pero nosotros estábamos enseñados a aguantar y en ese aguante era que a mí me tocaba callarme la boca y soportar el dolor. Recibía a mi papá como si nada, era un machito y le seguía el paso. A veces sin que yo le dijera, se daba cuenta y andaba más despacio, aunque él tampoco me decía nada.

No sé porqué éramos tan callados entre nosotros, realmente casi no hablábamos, tampoco es que hubiera algo que decir, ¿qué le iba a contar? ... que algo me dolía, que estaba mamado de trabajar, que quería irme a jugar o del balón con el que soñaba y que me tocó armar con meros trapos, que le tenía rabia a mi hermana Herlinda porque ella si no era berraca y por eso la dejaban quedarse chillando en la casa.

A mí me hubiera gustado quedarme chillando, pero eso era impensable. A veces la envidiaba, pero al tiempo me sentía orgulloso de ser bien parado y no negarme a lo que mi papá me mandaba, yo suponía que eso le daba orgullo, pero la verdad es que eso era lo que se esperaba de mí, así que nada era tan especial en mí, yo era uno más entre mis hermanos.

Esos dolores me duraron muchos años. Me calmaban a veces cuando ya vomitaba y después tomaba mucha agua. Una vez me pasó que en el desespero me embuché, jarté y jarté agua porque estaba mamado del dolor y que empiezo a vomitar. Casi no me paro ese día. Esos dolores son una cosa inmundada: no lo dejan a uno ni pensar.

Sufriendo de ese mal fui a parar a las armas, yo estaba más joven, era berraco para el trabajo y para lo que me pusieran a hacer. Si algo le aprendí a mi papá fue el poder de la obediencia. Él era bueno para escuchar y dejarse instruir, me dijo que así había aprendido todo lo que sabía: era bueno para poner cuidado. A pesar de que nunca tuvo formas de estudiar sabía de muchas cosas del campo porque se esforzó en escuchar a los patronos, a los veterinarios, iba a capacitaciones en el pueblo y seguía al pie de la letra las recomendaciones para los cultivos. ¡Cuánto le gustaban los frutales!.

A mí me tocó aprender a obedecer a rejo, pero me sirvió para la vida. Cuando me ingresé ya estaba bien amansadito para hacer caso. A mí eso no me dio tan duro. Pero de lo que me acuerdo que me costó fue dominar ese desgraciado dolor. Cuando aparecía, como dije, no me dejaba ni pensar. Un medio gritico del mando cuando me dolía y ¡carajo! me retumbaba esa cabeza.

Cuando uno está en formación tiene que estar firme y atento a las órdenes, mirar siempre al frente. Eso, para mí, es una cosa muy elegante, pero recién ingresado cuando me arrancaba ese dolor era terrible poder quedarme quieto y firme, yo me sentía cansado y quería era desganzar el cuerpo como para descansar. Eso me costaba mucho. Me llamaron la atención algunas veces por eso, el cuerpo se me escurría y me ordenaban mantenerme firme.

¿Se imagina usted andando horas y horas en frío, en calor, a veces con hambre, otras veces con las patas hechas nada... y con esas palpitaciones en la cabeza? Al principio de mi vida guerrillera, a penas cogiéndole el tiro al monte, me arrancaba ese dolor y me asustaba. Una de las veces que me dió, fueron más de 7 horas seguidas caminando. Hacia una resolana tenaz, habíamos comenzado la marcha temprano, pero el sol comenzó a calentar. El aire era

frío, pero se le tostaba el tuste a uno. Yo tenía el pelo bien negro, el calor en la cabeza era peor.

Me sentía como atembado, empecé a ver las luces ¡ay jueputa dolor otra vez!. La marcha era larga porque necesitábamos tomar distancia del enemigo que estaba por la misma zona nuestra. No teníamos cómo parar. Tocaba ser precavidos y callarse la jeta. Yo trataba de no poner cuidado sino solo al camino, para no tener tentación de hablar. Me veía las botas y andaba y andaba... cada paso era una palpitación. Yo estaba recién ingresado y las caminadas me daban muy duro y todavía no le tenía confianza a nadie: no había a quien contarle cómo me sentía.

Imagínese, ¿qué iba yo a quejarme? Peores dolores se viven por allá, peores enfermedades. Yo estaba empeñado en dar la talla al lado de los demás, en poder caminar y soportar. La orden era andar hasta que el comandante dijera. El silencio me ayudó a hacerme el mula un rato, sí, pero en un punto ya no pude más.

El dolor me punzaba la cabeza. Achiqué los pasos y le bajé al ritmo. Me sentía mal por no poder seguir el paso. El dolor se me bajó por la cara, como por entre la nariz hasta el ojo. Era duro aguantar, las picadas eran tenaces. Me sentía muy poco hombre esa vez. Yo quería chillar como una niña, trataron de escurrirse las lágrimas, pero yo eché pa' dentro. No levanté cabeza en harto tiempo. Iba mal. Todo el mundo hágale marchando y yo estaba que no podía conmigo, me hice detrás de un camarada para que el mando no me viera, lo que menos quería era que él empezara su rezongadera o que terminaran todos burlándose.

Aguanté todo lo que pude. Pero ya no dí más y paré en seco: me tocaba vomitar. La enfermera me socorrió, llegó a mi lado y dijo “migraña”. ¿Migraña? Me dio pastillas y unos camaradas me ayudaron con mis cosas. Eso fue un descanso muy grande quitarme todos esos kilos de encima que empiezan a hacer mella en los hombros y en el cuello, con el tiempo uno coge músculo, pero esas fueron de mis primeras marchas. Solté todo menos el fusil, ése lo seguí cargando yo. Me acuerdo y me da una pena tan berraca ¿Acaso era yo menos que los demás?

Yo soy bien machito, bien aguantador, pero ese dolor me doblegó. Quedé remal con los compañeros, pensaba en esos que se mamaban un pepazo en una pata y que seguían luchando. El mando ordenó a Juanca hacerme de apoyo, para poder caminar sin escurrirme, menos mal no faltaba tanto para cambuchar y descansar.

Después de esa vez tuve miedo, muchas veces, de que me volviera el dolor. Yo no quería volver a pasar por la vergüenza de que los otros me cargaran las cosas, además no quería que los mandos desconfiaran de mí. Me quería hacer notar, pero por hacer alguna vaina bien, no por debilidad.

Me dio duro darme cuenta de que había mujeres más berracas que yo. No quería volver a pasar por eso. El enfermero me daba unas pastillas cada tanto y lo que hacía, cuando medio sentía alguna amenaza de dolor, era mojar un pedazo de franela y amarrármelo en la cabeza; eso me ayudaba.

Aprendí a aguantar, entrecerraba los ojos y me mantenía con mi franela; podía seguir cargando mi equipo. Aprendí a domar el vómito, no devolvía la barriga a la primera, sino cuando ya era muy necesario. De por sí que nunca me ha gustado vomitar, desde chico le hacía el quite.

Es raro, pero extrañaba a mi mamá cuando me entraban esos dolores. (Silencio). Esta es la primera vez que lo digo.

Me entraba como una vaina en el pecho... cuánto extrañaba a mi vieja. Yo soñaba con que me cuidara, que me paladiara el dolor ... Esos pensamientos me agarraban por el camino, viendo el cuello del camarada o las botas una detrás de la otra. A veces quería mandar todo a la mierda y volver con mi vieja.

Esa vida no es para volver a ver atrás, no es para arrepentimientos, ya cuando uno se mete pues le toca ponerle el pecho. Fue mi decisión, pero sí se me pasó varias veces por la cabeza

irme, a mí el dolor y la lluvia me aburrían... cuando se soltaban esos aguaceros, yo visualizaba mi casa. Pensamientos que tiene uno a veces.

Sí, me acuerdo que en esos días que volvíamos del pueblo y yo tenía esos dolores, mi mamá se daba cuenta. Ella me preguntaba qué me pasaba; yo delante de mi papá le respondía que nada, pero ella me conocía la cara y me reviraba preguntando por el dolor. Ella tampoco hablaba mayor cosa, aunque sí me decía Pachito. (Silencio). Es que Francisco es el nombre que me pusieron, pero Antonio es mi nombre de guerra. Prefiero seguir llamándome Antonio, aunque sé que a mi difunta madre no le gustaría porque Francisco era el nombre de un tío suyo al que quiso mucho, que se murió joven. Es de mal agüero tener el nombre de un muerto.

Ella me hacía un agua de matas, manzanilla y apio. El agua no era ni rica, me la tomaba porque mi mamá me hacía sentar y recibirle. Eso era fuera de la vista de mi papá, aunque yo creo que él algo sabía porque se perdía de la casa un rato.

No sé si me mejoraba de pasarme el agua o de la atención de mi mamá. Me hacía quedarme quieto y a veces me cocinaba un caldo salado, con un poquito de perejil; que para oxigenar, decía ella. En esos momentos sentía el cariño de mi madre, yo le importaba: me quería ver curado. De pronto, por eso, en medio de esos dolores viéndome las botas y haciendo fuerza para no dejarme caer y sostener la barriga, yo pensaba era en ella. Pensaba en el agua (respira profundo viendo al piso, pasa su mano por la cara; guarda silencio, luego continúa).

Esas botas mantenían sucias. En la época en que llovía, esas patas eran un sancocho. La caña era alta, pero cansaban tenaz por la fuerza que había que hacer para sacarlas del barro y porque a veces se les metía: se mojaban. No podíamos parar a que las botas se secaran y no tenía otras... eso también se parece a cuando era chico y andaba a pata pelada o con un único par de cachangos, era la misma vaina: cuando se mojaban tocaba que se secaran puestos. Hartas cosas de mi vida guerrillera se parecían a mi vida de niño, otras eran mejores: los camaradas, las comidas, las fiestas y conocer este país. No conocería tanto si no fuera por la guerrilla.

Ay mi madre (se aclara la garganta)... yo me ingresé a la organización sin decirle a ella nada. Me la imaginaba haciéndome el agua, esos dolores fueron una desgracia. (Su rostro cambia y su cuerpo se contrae, se encoje, se cierra; Antonio se ve agotado y concluye...) Una vez estaba presintiendo el dolor cuando se escuchan unos rafagazos: el Ejército. Sonaba una cosa y otra y yo con esa cabeza que se me totaba, pero el cuerpo es muy sabio: entré como en una vaina, como que las mismas ganas de no dejarme matar me quitaron el dolor y pude hacer lo que me correspondía, cuando todo se acabó se me vino la sangre (por la nariz), casi no me para.

Mientras uno está en medio del combate es tanta la adrenalina, uno como que no piensa en nada, yo no me acuerdo de muchas cosas de esos instantes, la verdad. Pero después, en esas marchas, yo me ponía a pensar, a reflexionar. Ese día del combate con migraña la pasé muy mal, pero aprendí para toda mi vida que enfrentar al enemigo no era solo estar listo para disparar y resguardarse para salvar la vida.

El fusil no se me atascó porque nosotros éramos bien juiciosos con la limpieza entonces supe: combatir es cuidar el arma. La cabeza me respondió porque además de la franela mojada, la enfermera me había empastillado para aguantar la marcha: combatir es cuidar la salud pa' poder estar listo para responder. Antes de que yo pudiera reaccionar había quien disparaba por mí: combatir es contar con los compañeros y que ellos cuenten con uno, todos éramos como un mismo cuerpo, la coordinación es hermosa. Ese día recién habíamos abastecido el agua y eso nos ayudó a aguantar: combatir es tener el agua para aguantar. Combatir es saber hacer caso, disparar cuando le manden, atrincherarse cuando lo dispongan y no recular las órdenes. Combatir no es solo disparar a lo loco.

Mi mirada civil

Armando aprendió a ver el miedo de las personas, cuando se le ordenaba montar retenes y tenía que revisar cada posesión de quienes iban en las líneas o caminando con las bestias. Mostrándome ingenua pregunté qué era lo que la gente temía. Yo para mis adentros suponía que un arma larga y un uniforme verde intimidaba a cualquiera. Su silencio me llamó la atención y volví a preguntar: ¿a qué le tenía miedo la gente?

Armando se sentó derecho, pasó sus manos por la cabeza y con su rostro en apariencia incólume me dijo que no estaba seguro. Hago alusión a la apariencia incólume pensando en el disciplinamiento que su cuerpo y sus emociones experimentaron a través de su experiencia en armas. Armando se negaba a mostrarse vulnerable, inquieto o dudoso.

Tiempo después volvimos sobre el miedo que la gente le tenía. Él no sólo estaba armado con un arma larga, que de frente situaba a las personas en un estado de vulnerabilidad, sino que -de acuerdo a lo que él mismo decía- estando uniformado se veía aún más grande y más ancho de lo que era: se sumaban centímetros al metro y setenta y cinco que lo constituyen. Además del arma y el uniforme, me contó que parte de la capacidad de producir miedo estaba en el rostro.

Pasó el tiempo y en una de las conversaciones en que lo sentí con mucha apertura le pedí que fingiera la postura que tenía cuando estaba en retén; vaciló un tiempo largo sin compartir conmigo la explicación de su silencio. Luego, sin mediar palabra ni mirada, se levantó, su cuerpo erguido y su espalda recta como una vara se acomodaron, echó los hombros atrás, con sus manos me mostró que el arma iba terciada, colgada de su cuerpo de una agarradera, pero la sostenía con su mano derecha. Cuando levantó su cabeza vi su rostro, era distinto, se veía recio, sus gruesas cejas estaban arqueadas sobre sus ojos, su mirada era penetrante. Me obligué a ver sus ojos.

Le pregunté por su mirada, le expresé que noté el cambio: hasta el momento a mí no me había visto con tanta indiferencia, era una mirada distante y peyorativa. El hombre relajó el

rostro y su mirada volvió a inspirarme confianza, noté que respiró profundo y el aire esta vez salió por su boca: intentaba relajarse tras haber vuelto de manera momentánea a un papel que hacía ya tiempo no desempeñaba. “No volvamos a hacer eso” me dijo, “no me gustó”. Asentí a su pedido y le agradecí intentar hacerlo.

Los retenes eran escenarios en que se organizaban varios hombres a detener a quienes transitaban, el trato era violento, inquisitivo. Para Armando y sus compañeros, cualquiera podía ser un enemigo en potencia, cualquiera podía estar arreando provisiones para el enemigo o llevando información, por eso su mirada debía intimidar. “La gente tenía que pensar que uno sabía en qué estaban metidos, así soltaban más fácil la lengua”.

Si se trataba de un desconocido, le preguntaban a quién conocía en la comunidad y, dependiendo de lo que respondiera, las preguntas seguían para asegurarse de que la persona no representaba peligro alguno: para qué finca iba, en qué sector, cuál era el nombre de las personas a quienes visita. Si era alguien de quien sabían tenía familia y trabajo en la comunidad, entonces solo revisaban la carga que llevaba.

En este escenario la mirada cobró también especial importancia, pues si “al ojo” les parecía que la cantidad de alimentos era exagerada, se cernía una sospecha sobre la persona. A través de la mirada también se juzgaba su ropa, las marcas de su cuerpo eran también analizadas para evitar cualquier filtración del enemigo. Las sospechas eran comunicadas a quien estaba a cargo del retén, la persona era capturada. Sobre lo que seguía, Armando guardó silencio y yo decidí abstenerme de preguntar; no estaba y aún no estoy segura de querer saber qué pasaba.

Urdiendo estas ideas noto que mi vista es parte de mi relación con él. No sólo se trata de cuál fue el alcance de la mirada en medio de la guerra y la experiencia de los combatientes, sino de lo que yo miro al conversar con ellos. Cuando escuché a Armando me sentí interpelada, me indignaba la idea de que Armando juzgara con la mirada a la población civil, pero es mi mirada la que ahora los juzga.

Al ver a Antonio juzgue su cuerpo: ¿se ve como un combatiente? He juzgado su capacidad en el combate: ¿cómo pudieron sobrevivir si parecen hombres “comunes”? He juzgado su distancia de la experiencia en el grupo armado: Raúl considera, al parecer, con mayor solidaridad a quienes hacen parte de la institución. Los he observado con la mirada del juicio en relación con cómo en su vida civil siguen reproduciendo posturas y formas de hacer que les legó su vida con el uniforme. Esta mirada plagada de juicios es lo que mi vida “en la civil” me ha dejado.

Antes de comenzar a conversar con ellos, aunque creía entender que no todos los combatientes son iguales, que no todos son máquinas de asesinar, que sufrieron al pertenecer al grupo armado, no me había detenido en mis prejuicios: las voces dulces no son de combatientes, ningún combatiente es de corta estatura, los combatientes no experimentan miedo, no quiero ver a un combatiente a los ojos, me dan miedo los combatientes, los combatientes sufren.

Mi mirada evidenció éstos y otros prejuicios: abrir grande mis ojos, huir de su mirada, sorprenderme por las características físicas en ellos que no coincidían con mi idea sobre cómo deberían verse, hacer énfasis en sus historias de dolor y relegar aquellas de bienestar y felicidad para que mi versión de sus vidas se robusteciera más.

Como civil, aún me falta camino por recorrer para complejizar su experiencia y humanizarlos fuera de mis estándares e ideas sobre lo humano y lo civilizado: debo abrirme a su experiencia sin dejar de lado mis ojos, pero enfocando menos, tratando de ver (no solo con los ojos, sino con los oídos, el cuerpo y las palabras). Su relato debe ser como una panorámica que trasciende mi punto de vista, que lo interpela y le enseña: lo humano incluye lo violento, pero deja en claro que de la guerra no deviene sólo el combatiente como yo lo tenía percibido.

IV. Creía que el pasado quedaba atrás

*“La guerra es un mundo, no un suceso...Aquí todo es distinto: el paisaje, el hombre, las palabras”
Alexiévich, 2016. pág. 28*

Entre llanto

Raúl

Cuando dicen “se registran combates en...” yo siento que me parto por dentro. Estar acá en la vida civil es más seguro que allá, bueno... aunque uno queda como marcado por lo que vivió: esa sensación de que a uno lo siguen, de que debe cuidar, la maña de estar alerta a todo alrededor, esa vaina que le coge a uno como por la seguridad de todo el mundo y la de uno, obvio. Y como para completar se le suma la inseguridad de esta ciudad.

El uniforme lo hace sentir a uno diferente, como con autoridad: uno no se ve como los civiles, usted sabe, a veces lo ve a uno con admiración y la gente tiene sus expectativas de la labor que uno hace, a veces la gente lo ve a uno como con rabia... A lo que voy es que uno atrae muchas miradas, donde hay población civil tiene a la gente encima y dependiendo de la zona le toca a uno estar más pendiente de quiénes son los que andan vigilandolo a uno. Eso es raro, uno vive como en vigía constante.

-Volvamos a la frase Raúl.

Verdad. Pues qué le digo, esa frase me recuerda que ya no estoy allá, entre el monte, combatiendo. (Silencio) Esa es una etapa que ya se me acabó. Yo sé que eso le da tranquilidad a mi familia.

-Y a usted, ¿le da tranquilidad?

Claro, ya yo no me morí por allá. Yo sobretodo siento orgullo, el camino que elegí no fue fácil, pero yo hice las cosas al derecho y esa es también mi alegría y el ejemplo para mis hijos. Aunque nunca me imaginé que la vaina fuera así de berraca (deja ver una sonrisa): tan

duro, con hambre, con sed, comiendo tanta... estando lejos de mi familia, sin ver a mis hijos y pues con las secuelas: los dolores de la espalda y los problemas con el sueño (respira profundo).

La frase me hace sentir mal precisamente porque no soy yo el que está allá combatiendo, dándole al enemigo. De solo imaginarme por lo que mis compañeros están pasando siento un ahogo muy tenaz. Y se me vienen como imágenes de lo que yo viví, de lo que esos combates nos hacían (sus piernas se mueven incesantes y su mirada se conduce al piso), del cansancio tan tremendo que uno siente, de la impotencia y la rabia, de esos deseos que a uno le quedan todavía y lo rondan como que pudo haber hecho más. Eso pienso ahorita que tengo tiempo como de reflexionar.

Una vez mi hija me sorprendió cuando en la radio dijeron eso [se registran combates en...]. Uy eso fue ¡tremendo!, como que la sola frase me transportó a un combate duro que yo tuve (aprieta fuerte sus manos entre las piernas): le adelanto que no quiero hablar de eso (su espalda se curva, el pecho se cierra).

-Y de lo que pasó con tu hija, ¿me cuentas?

Pues qué le digo... yo me paralicé. Empecé a llorar. Ya casi no me acuerdo.

Reaccioné cuando mi hija, que tenía unos 12 años, me tocó por detrás. Gracias a Dios que pude reaccionar, me dí cuenta que era ella y no le hice nada. No me lo hubiera podido perdonar, lo que menos quiero yo es asustar a mis hijos. Digo que ella me sorprendió porque me tocó y ahí fue que me dí cuenta que estaba llorando, qué digo llorando, eso estaba que berriaba, parecía un niño, qué vergüenza pero le digo la verdad: hasta los mocos se me salieron. Ella me quería acercar un papel higiénico, después me trajo un vaso de agua.

Imagínese una niña que ve a su papá llorar peor de lo que ella lloraría si se cae o le pasa alguna vaina. ¿Usted cómo se sentiría de ver a su papá llorar?

- siempre me ha conmovido mucho ver llorar a mi papi, Raúl.

Pues mi chinita quiso como ayudarme, yo me demoré mucho en calmarme y precisamente ese día la mamá había salido y mi niño estaba en el colegio. Estábamos solo los dos. Creo que ella no sabía bien qué hacer, como yo no podía parar lo que hice fue abrazarla fuerte, cuando me trajo el papel. Ella se puso incómoda.

A mi me hizo sentir mal que ella tratara como de alejarse de mí, yo la abracé porque fue lo único que acaté a hacer y porque de una u otra forma cuando me tocaron esas experiencias tan duras en el área, cuando se me pasaba por la cabeza que me podían matar, las imágenes de mi mujer, de mis hijos, mis papás y mi hermana fueron las que me dieron fuerza.

Yo no sé si usted ha tenido esa sensación de pensar que de pronto iba a ser la última vez que viera a alguien o algo así... No creo, ¿cierto? Para la gente acá la vida es otra cosa, aunque yo sé que hay inseguridad, peligros, claro, pero pues definitivamente no es lo mismo.

Yo me acuerdo que cuando me empezaba a sentir mal, como por extrañar mi casa me daba dolor en el pecho por las noches, cuando me daba como la sentimental y me urgía verlos. Tantas veces anhele como un abrazo, viera la falta que hace ver a los hijos crecer, o la sorpresa de que los papás cuando uno vuelve ya se ven más viejos, me acuerdo que volví una vez, llevaba como unos seis meses en el área y cuando ví a mi mamá ¡jueputa! eso el pelo blanco, yo como que no lo podía creer, mi viejita.

Al principio me daba como angustia que algo les pasara y yo en esa lejanía; tuve una época que lo que me daba era una pensadera con mi mujer, ella es buena esposa, pero uno no sabe, tanto tiempo lejos, sin poder hablar, ella sola lidiando con los hijos... la gente se cansa, de pensar que estuviera con otro se me calentaba la cabeza. Pero le cuento que me tocó relajarme, porque ella se puso brava cuando se pilló que yo estaba desconfiando, no se imagina la que se me armó. Esos pensamiento es mejor no cultivarlos, ya ese tiempo pasó y gracias a Dios todavía ando con mi mujer y pues ya puedo ver a mis hijos, los viejos todavía nos acompañan. Yo me siento muy agradecido.

Carajo Mónica, a mí no me gusta hablar de eso. ¿Usted por qué me hace decirle esas cosas?

- ¿Yo te hago decirme cosas? (nos reímos) - supongo que Raúl sabe que no soy yo, que él elige qué contar y me alegra que el espacio que hemos construido juntos le dé esa confianza, que le agradezco intensamente-.

Raúl, ¿me quieres contar más sobre lo que te hizo sentir mal con tu hija?

Cierto... Pues la cosa fue que la abracé y ella como que se quería soltar. En ese momento me dolió mucho, ella es muy unida a su mamá y a mí no me decía muchas cosas. Con el tiempo entendí que ya por la edad, los doce años, estaba era entrando en la adolescencia. También pienso que no fue fácil verme en esa actitud y en medio como de ese ataque de llanto. Aunque eso no se lo he dicho a ella nunca.

Ese día fue difícil porque no es que nosotros tuviéramos mucha confianza, como yo estuve tanto tiempo fuera de la casa o que un día sí, un día no... pues difícil eso de la relación entre nosotros. Eso sí, ellos siempre me han visto como autoridad, la mamá se encargó de eso.

Hoy acordarme de su incomodidad me da un poquito de risa (sonríe ampliamente).

- Te da risa, y eso ¿por qué será?

Ay Mónica... usted es muy curiosa. (se ríe)

- Ay perdóname Raúl (ríe), pues te pregunto pero ya sabes que solo hablamos de lo que tu quieras, y que cuando no quieras decirme o desees parar o tu me quieras preguntar, puedes hacerlo. El ritmo es tuyo, como lo hemos conversado. ¿Cómo vas sintiéndote?
- Tranquila que yo me siento bien. No se me preocupe que no es para tanto, sino que usted no deja escapar nada, quién la ve. También es que imagínese uno de hombre

contándole a usted que se puso a llorar, esto para mí fácil no es... bueno, pero usted sabe que yo cobarde no soy.

- Llorar es humano Raúl. Todo bien.
- Más le vale (ríe) porque si de algo me siento orgulloso es de mi fuerza y valentía y eso se lo debo al Ejército.

Bueno, pues me da risa porque la verdad fue ese día que yo caí en cuenta que la niña ya estaba creciendo. Yo la abracé en medio de mi llanto, la verdad es que no recuerdo así como con mucho detalle, como le dije, yo ni me había dado cuenta que estaba llorando sino que llegó mi hija, pero estaba que me desgañitaba y ella como que se distanciaba. Me acuerdo que le dije “perdóneme mamita” y después de eso ya solo me acuerdo que me abrazó y me decía “tranquilo, tranquilo”; en un momento hasta me sobó la espalda...(respira profundo y pasa su mano por el rostro, le brindo una sonrisa).

Yo poco a poco me fui tranquilizando, hasta que ya paré de llorar. El radio seguía a lo lejos, seguía encendido pero ya estaban era en música.

Cuando me dí cuenta le había mojado todo el hombro. Ah jueputa, me disculpa la palabra, aunque usted sabe que yo hablo así, ese día me ví como tan pendejo. Me dio pena con Mariana, yo creo que eso no es lo que se espera de un papá. Ya cuando me separé de ella le dí las gracias, la niña me dijo “tranquilo papi”. Le dije que me disculpara, que eso no iba a volver a pasar. Ella no me preguntó qué había pasado: hay muchas cosas que en mi casa se quedan en silencio, yo no sé cómo hablar de eso, tampoco quiero que me pregunten nada.

Después de las disculpas me levanté y, de pronto por la vaina de que la china no me empezara a aventajar por lo de haber llorado y que ella fue la que me socorrió, lo único que se me ocurrió fue mandarla a hacer tareas. Ahí sí me miró fijo, con esa miradita de alzada: “si señor”, me dijo.

De pronto no debí haber hecho eso, pero ya lo hecho, hecho está. Con mis hijos yo he sido como muy bruto con las palabras, aunque firme con la disciplina y el respeto. Eso sí, yo no me disculpo con ellos para que no crean que uno es débil o algo así.

- Bueno, hablemos entonces de tus habilidades... me dices que las palabras no son una de esas, pero yo creo que eres un hombre hábil, inteligente. Conversemos de eso.

Ay sí le digo una cosa, yo puedo ser bruto con las palabras, pero bueno, buenísimo con las manos y con los ojos (se ríe). Yo sé cuando mis hijos me dicen una mentira o yo, modestia aparte, soy como el creativo de la casa, desde que permanezco en la casa ayudo con las tareas, le hice recién mantenimiento a mi casita: pinte las paredes, me metí como de diseñador del baño para enchaparlo, me quedó usted viera. Francamente yo amo a mis hijos y lo que he hecho ha sido por ellos, por mi familia, por mi mujer. En la casa de mis papás también era yo el que hacía de albañil, pintando, estucando.

Pero además en el Ejército yo fuí de los primeros que aprendió a manipular el fusil galil 556, lo aprendí a armar y desarmar rápido, también hay gente a la que le da lata doblar la culata por una pestañita que tiene. Yo en eso fui muy hábil. Viera el orgullo que se siente cuando uno destaca, aunque eso no dura mucho porque la exigencia es todo el tiempo en la formación.

Armar y desarmar no fue tan difícil. Lo grave fue disparar en serio en medio del combate, ayayay eso sí es verraco. La gente piensa que uno no piensa cuando dispara y a veces eso es cierto, toca es darle a eso, como dicen, “sin mente”, sobre todo cuando el miedo a morir es tan potente: o son ellos o uno, bueno, uno y los compañeros. Y la familia atravesándosele a usted en la cabeza. Pero sí toca considerar muchas vainas al disparar. No más con el fusil que uno lo puede poner de automático a ráfaga, que cuánta munición tiene, que donde se ubica para disparar, a quién le dispara usted.

Lo que uno aprende en la instrucción de eso es mínimo, lo bravo es enfrentarse a la realidad, eso de tomar decisiones, qué digo tomar decisiones, de obedecer lo que a uno le dicen, de disparar... aunque uno sabe que es contra el enemigo. Por eso toca no pensar mucho, si uno se pone a meterle mente o corazón se vuelve un ocho porque finalmente el enemigo aunque esté del lado incorrecto pues es una persona, es gente como uno. Creo que a veces es más difícil para los soldados que saben que hay gente de sus pueblos que se volvió guerrilla, para unos, para otros es más fácil porque tienen claro que lo que quieren es acabar con eso.

- Y para ti, ¿más fácil o más difícil?

Eso me lo reservo para mí.

- Okey Raúl, entonces retomemos lo que me contabas de que eso que me decías de las complejidades de disparar.

En áreas donde hay población civil o en áreas en que es confuso reconocer al enemigo, si es muy de noche, si la oscuridad de la selva se come todo o la niebla que no lo deja ver a uno, si uno se desubicó y está esperando que aclare para buscar algún punto desde el que se pueda comunicar... En esos momentos toca echar mucha cabeza, cómo le dijera... para no actuar mal, para no embarrarla y cargarse a alguien.

Toca distinguir al civil del enemigo, al compañero del enemigo para hacer las bajas como es. Eso es difícil porque la gente uniformada a veces se ve parecida, a veces uno solo ve la sombra de la gente.. ¿cómo saber a dónde o cómo disparar? Eso es muy berraco, porque la vida de uno pelagra y la de los compañeros (guarda silencio un momento)... es que cuando el enemigo hostiga lo hace sin parar y toca responder, toca coger un ritmo para no dejarse.

Si uno se pone a gritar para preguntar se pone en evidencia y pierde, como no se puede preguntar difícil; si le toca con un teniente o un cabo biche difícil, a esos les cuesta tomar decisiones o pierden rápido la cabeza porque casi no tienen experiencia y pues uno es un subordinado, que ni opina ni decide, aunque sí se puede quejar (risas), pero toca analizar

con quién y cómo. Si le toca a uno en un municipio que se sabe que hay muchos milicianos o que la presencia de la guerrilla es muy fuerte ayayay ahí sí más difícil porque además uno se vuelve resabiado y desconfiado. (Me mira fijamente y se crea tensión entre los dos, guarda silencio, me llenó de vergüenza: me doy cuenta que mi cara, algún gesto que hice le mostró a Raúl mi malestar con su afirmación).

- ¿Qué pasó Raúl?
- Dígame usted... (se ríe -creo que es porque sabe que me intimida y me avergüenza, pues él sabe que esta conversación es vital para mí y mi trabajo de tesis-) ¿Por qué me miró así?
- ¿Cómo lo miré? (dije tratando de ganar tiempo).
- Pues como mal, ¿no se dió cuenta?
- Yo soy muy expresiva, pero no lo miré mal o no fue mi intención. Más bien no estoy de acuerdo con eso de la indistinción entre civiles y milicianos.
- Claro, para usted fácil decirlo porque no lo ha vivido.
(Silencio)
- Raúl, te pido por favor me disculpes si te ofendí, no era mi intención. pero bueno, pensamos diferente y también tenemos experiencias distintas, ¿no?
- Sabe que eso es muy difícil... es que ustedes los civiles no nos entienden: usted no ha cargado un arma, tampoco le ha tocado eso que le digo. Yo no se lo digo por decirlo, si supiera... Yo me resabié para toda la vida cuando la mujer que me servía la comida estando yo en servicio, después me la encontré de frente armada.
- (Guardo silencio y extiendo a Raúl una mirada que intenta transmitirle mi vergüenza y reiterar mi disculpa, más allá de las palabras) Raúl, yo estoy aquí para escucharte y ambos sabemos que podemos pensar diferente, pero se trata de hablar, a ver si después de todo esto yo puedo entender un poco más.

(Después de un momento en silencio, Raúl terminó su relato)

Entonces uno en esas y en la cabeza con la lora de cuáles son los objetivos, de cuáles son las reglas, de contra quien se pelea y a quien se protege. Porque realmente, le digo una cosa,

nosotros estamos es para proteger, para servir y eso es lo que nos enorgullece. A mí me enorgullece, aunque como hablamos al principio yo no me arrepiento del camino que tomé, pero ¡uy! sí es muuuy verraco y pues a uno resabiarse le comienza a calar en las relaciones con la población civil, lo que toca hacer es mantener distancia con la gente y prepararse siempre para lo peor.

(No supe cómo seguir preguntando, porque la incomodidad del rifirafe por mi mirada rompió el espacio que habíamos construido)

Persisten dolores del pasado

Armando

Tengo 39 años de edad, aunque sé que me veo más viejo. Tuve mis años mozos, como dicen por acá. Ah, pero mi mejor momento fue cuando estuve allá, yo le he dicho, es que el uniforme lo hace ver a uno como grande, como poderoso. Esa facha no la volví a igualar. Ahora me veo un poco gordo y claro ya no tengo los veintipico de antes, por dentro me siento viejo, la verdad. Las cosas que yo viví, eso es lo que yo creo que me ha aviejado y eso que yo no aguanté ni hambre ni frío. A mí esa vida me quitó la juventud.

Yo entré a los 20 años, no tenía mucho que hacer, no lograba conseguir un trabajo con el que me alcanzara... me pagaban mal o simplemente no había. Cuando me dijeron que podía tener un salario, que me cubrían la comida y la dormida pues lo ví como una oportunidad. No creo que la vida se me haya ido por las trasnochadas o la vida al tope... a mí la vida se me ha ido es pensando.

La pensadera a veces me quita el sueño y la concentración en otras cosas. En mi casa no saben eso y no tienen porqué saber. Hay días en que no duermo por la noche y luego estoy todo el día cabeceando, por alguna razón comienzo a pensar y cuando logro agarrar el sueño, me vienen imágenes feas, cosas que yo quisiera olvidar.

Recuerdo que me costaba mucho ver niños llorando cuando hacíamos las incursiones. Con el tiempo uno se curte y comienza a perder como el respeto por esas cosas, aunque yo si nunca le disparé a ningún niño ni a ninguna mujer en embarazo, eso me partía el alma.

Los ladridos de los perros a veces como que me transportan. Escucharlos aullar me impresiona y por instantes parece que me devolviera en el tiempo.

En uno de los lugares a donde me enviaron después de mi ingreso había un comandante que era muy vivo con las mujeres... eso a mí me daba como miedo, yo no quería corromperme con eso, pero pues me tocaba no decir nada, él lo mandaba a uno a traerle a las mujeres. Nada que hacer. Me daban ganas de salir corriendo, es algo que yo no puedo explicar, pero de dientes para afuera: firme.

Eso fue parte de lo que me quedó de esa vida, además del dolor de piernas que se me despierta cuando hace frío por acá. De vez en cuando me viene la imagen de un cura, odio recordar ese día. El comandante dijo “del cura pa’ bajo los requisan a todos”... el problema es que en esa época las requisas no eran como las que hace la policía acá, no, a la gente le tocaba quitarse toda la ropa, imagínese yo diciéndole al cura que se desnudara... me vino mi mamá a la cabeza y por más curtido que yo estaba, pensar en ella y en mi abuela me hizo entrar como una vaina horrible.

El cura abrió los ojos y se le colorió la cara, pero él sabía cómo eran las cosas: las órdenes eran para cumplirse. Nosotros ya les habíamos mostrado que no estábamos jugando... usted sabe, a veces no hace falta hablar y ... con lo que habíamos hecho creo que la gente ya tenía claro cuál era nuestra política con la desobediencia y la traición (no hubo necesidad de preguntarle a Armando a qué se refería, dí por sentado que hablaba de las prácticas de violencia y tortura por las que son reconocidos los paramilitares).

Yo por dentro con un remordimiento porque al viejo le tocó quitarse la ropa delante de todo mundo, estaba más enclenque. Yo no sé por qué pero pensaba en mi mamá... quién sabe ella qué pensaría si me hubiera visto en esas, haciéndole pasar penas a un “siervo de Dios”,

como dicen. Total que ahí no había excusa que valiera, usted podía decir que era un santo, pero tocaba hacer el control. Uno aprende que no se puede confiar en nadie y donde uno se pusiera de redentor, el que terminaba crucificado era uno.

Ese día quitándose la ropa él se cayó, le tocó pararse solo: no dejamos que nadie la ayudara, nosotros menos. Me acerqué a preguntarle si necesitaba algo, se le veía el miedo... como por colaborarle y que se relajara y le apurara; le conté que mi mamá iba a misa todos los días, y me la devolvió diciendo ¿ella sabe que usted está aquí? ¡ja! el viejo como a ablandarme, “apurese más bien que le entra un frío” le dije. Ahí sí, ligerito se quitó todo. Tocaba hacerles quitar hasta las medias. (Silencio).

Lo de mi mamá me dejó pensativo. Yo he tenido la tentación de contarle eso que pasó, como de sincerarme con ella pero no quiero hacerla sufrir, yo sé que para ella esa vaina es imperdonable. Por eso yo he preferido quedarme callado, como le dije, en mi casa está clarito que de mi trabajo pasado no hay que hablar, eso es como un favor para la familia y para uno.

Bueno, pero le estaba era hablando de mi dolor de piernas. Con los fríos de esta ciudad se me alborota, pero eso tiene su historia detrás: yo tenía orden de no tomar en horas de trabajo, pero un día me agarró el aburrimiento y después de un patrullaje no quise devolverme a la finca donde estábamos, estaba mamado y no había mucho que hacer... se me ocurrió animarme a punta de trago ¿cómo la ve? Me pegué una borrachera, yo ni supe cómo fue que regresé, me había quedado solo, la zona era segura como para hacer eso, ese no era el problema.

En medio de la borrachera y sabiendo que el comandante era resabiado pensé que si me iba a hacer algo yo le iba a salir al paso y no me iba a deja: armado y borracho yo no le ví problema a frentiar a ese cucho. Él sí podía pegarse sus borracheras y hasta más, a mí qué me lo impedía... no estaba poniendo en riesgo a nadie, nosotros controlábamos la zona. Yo tenía mi derecho, las fiestas del hombre eran tremendas y a mí nunca me invitó, pues yo me inventé la mía (sonrió ampliamente). Total que me envalentoné y pensé que si la vaina se ponía difícil, me le enfrentaba.

La pasé bueno en el billar, me quedé solo pero me la gocé con la gente del pueblo. Llevaba rato sin jugar. Ya a la madrugada llegué a la finca, me dejaron pasar y de lo mal que iba terminé dormido como en un andencito, yo ni cuenta me dí. Me levantó al otro día el grito del comandante, lo escuchaba entre sueños y ni me había dado cuenta de que estaba a mi lado, hasta que sentí que me metió una patada.

Me levantaron entre dos y medio abrir los ojos, el man me puso dos culatazos detrás de las rodillas. Eso me sacó como el aire, se me resbalaron las lágrimas y comencé a rogar que no me matara, tenía rabia pero no me quería morir, entonces me tocó callado. Los otros dos me soltaron y caí en el suelo, me tapé la cara y escuché que se reían. Obviamente nadie se metió a decir nada. Me retiraron el sueldo de ese mes, pero me perdonaron la vida.

Allá uno es material disponible.

Desde hace unos años comencé a sentir unos dolores de piernas duros y me acuerdo de ese día, para mí que es la consecuencia del golpe que me dieron, imagínese es que las rodillas son lo que le permite a uno andar.

A mí me gustaría no recordar nada de ese tiempo que viví, pero desgraciadamente tengo el recordatorio constante ahí, el dolorcito que hace que se me vengán a la cabeza tantas cosas... No me he querido hacer atender porque ¿qué puedo decir? No le quiero contar a ningún médico lo que me pasó, me han dicho que es sobrepeso y sí, el dolor se ha empeorado, pero yo estoy seguro que fueron esos golpes y pues los años que pasé en esa vida. Bueno, acá me ve: dolorido pero vivo (se ríe).

No creo que usted me entienda

Antonio

Cuando volví a ver a mi familia eso fue ¡ufff! ¿cómo le digo? Claro, una alegría muy grande, eso era como de no creer (sonríe ligeramente y asiente). Tantas veces que yo en mi mente me despedí de ellos, yo procuraba no pensar en ningún reencuentro, pero cuando se dió pues muy bueno. Fue todo un proceso [porque] desde que yo me había ingresado no había hecho contacto con ellos.

Me demoré tiempo en tomar la decisión de llamarlos. Sin saber uno qué piensan o qué estarán esperando... había días que la cabeza no me paraba, pensaba en cómo me iban a tratar o qué les iba a responder si me preguntaban alguna cosa pues... ¿cómo le digo? De esas que son los temas como más complejos de este proceso, las vainas que salen en noticias. Pensando en eso se me fue un tiempo, pues además yo no tenía como datos de ellos, pero entre una y otra persona, preguntando y recomendando, dí con ellos.

¡Uy cuando me llegó el número de teléfono!, eso me entró como una cosa en las piernas, se me revolvió la barriga (suspira). El número lo tenía en un papelito (levanta las cejas), lo guardé como un tesoro, pero no me animé a llamar. A mí unos compañeros me contaron y pues eso es muy berraco, imagínese, usted con deseos de ver a su familia, de abrazarlos, que lo reciban... todos esos años en la lucha pensando en ellos y bueno, llega y la familia lo rechaza. No, no, no, yo no quería pasar por eso.

Es que ellos sabían que yo estaba en la guerrilla, pero pues uno no sabe cómo lo van a tratar, ¿no? Yo sé que hay gente que le ha deseado la muerte a uno, sobretodo influenciados por los medios... pues porque no saben cómo son las cosas, de pronto desconocen los motivos de la lucha, en esas imagínese uno encontrarse con que hasta la familia prefiera que uno se haya muerto, uy no...

También supe de familias que buscaban a los guerrilleros, los preguntaban, querían que volvieran a su casa. Eso fue una alegría grande, ¿qué tal me estuvieran buscando a mí? Con

mi papelito guardado, lo abría de vez en cuando, trataba de coger impulso: quién iba a creer que uno todo lo que había pasado y se iba a acobardar por hacer una llamada (se ríe). Un día me puse a pensar en que por allá había pasado vainas muy duras, ví la muerte cerquita, hartas personas no pudieron volver como yo, entonces agarré valentía: no me la iba a dejar ganar de una llamada.

Aunque le voy a contar algo en confianza (titubea un momento): las primeras dos veces no terminaba de marcar, no me terminaba de convencer. Ya la tercera fue *a Santa Rosa o al charco*, marqué y al otro lado “aló”... yo escasamente me acuerdo que dije hablan con Francisco, ahí se me nubla la mente, me acuerdo que entre lo que me dijeron, fue algo así como: pensábamos que usted estaba muerto (se ríe), yo también pensé en morirme muchas veces.

Ya después no me acuerdo de mucho. La voz que sí conocí fue la de mi papá, aunque en esa vez no pude hablar con él. Mi hermanas me dijo que era mejor que llamara después para hablar con él, para que pudieran como explicarle las cosas, por lo que ellos pensaban que yo estaba muerto y pues que él de pronto no estaba listo. Después supe que mi mamá se murió pensando que yo estaba muerto... ¡Qué desgracia!

- Respiré junto a Antonio sin lograr descrifrar qué le pasaba por la mente, el apretó fuerte sus manos y se estiró en la silla. Mi silencio me avergonzó nuevamente, “usted no me va a entender” el presagio que Antonio había hecho al comenzar el relato parecía materializarse, mis palabras se agotaron porque no me había enfrentado antes a episodios como los que él me relataba, para mí la familia nuclear era lo más próximo y Antonio no había logrado encajar nuevamente en el que era su hogar. Retomó su narración-.

Bueno, después ya hablé con mi papá. Me hicieron unas preguntas sobre la casa, los animales. Menos mal no hablamos de mi mamá. Supongo que querían ver si yo sí era yo (se ríe), es que habían pasado años, yo tampoco los conocía. Luego el primer encuentro. La comida estaba rica, me habían acomodado una pieza; ya habíamos hablado de que yo pasara un tiempo con ellos, no estaba muy seguro, pero tampoco pude decir que no.

Es una situación muy nueva ¿sabe?, qué iba yo a pensar que iba a volver con mi familia (risa), a mí los sueños se me habían vuelto la marcha, la rancho, los sonidos del monte, no la familia con la que me había criado. No es que no me guste estar en la casa, regresar y ver a mi familia. Durante mucho tiempo quise eso, pero allá como que me resistía a querer volver porque eso hacía que mi cabeza estuviera en otro lugar y eso no estaba bien, yo le he dicho, tocaba estar enfocado. Yo ya había renunciado a eso.

Al principio todo fue como bonito, acordándonos de cosas que hacíamos cuando chicos, mi papá echaba sus cuentos también y pues así se fueron unos días. Me acuerdo que esa vez yo solo conocí a mi papá, mis hermanos habían cambiado mucho, mi papá se veía era más viejo, pero lo pude reconocer. Ese tiempo no se recupera, todo estaba muy cambiado.

Conocí familia, sobrinos, todo fue muy rápido; nunca decían de dónde era que yo venía, pero yo sí contestaba “de la lucha”, ¿por qué me iba a quedar callado? No había un momento en que me quedara solo y ya me empecé a sentir raro. ¡Claro! Yo había vivido muchos años acompañado, pero eso que me pasó era diferente... no sé cómo explicarle, no pensé que eso me fuera a pasar con la familia.

Allá [en la vida en filas] no hubo momento en que anduviera solo, eso cansa; a veces hasta pa´hacer sus necesidades uno se encontraba con alguien; yo aprendí a bañarme sin pena, hombres o mujeres me daba igual... yo terminé acostumbrándome, pero con mi familia no pude, no nos entendíamos.

[Con la familia] al principio fueron las risas por lo que hacíamos chicos, pero con el tiempo ya no teníamos de qué hablar: ellos no me entendían lo que yo les decía, traté de compartirles la formación, de contarles la historia como nosotros la veíamos, como la había vivido allá, pero nada, pensamos muy diferente.

Me hacían falta mis compañeros. Casi no me gustaba quedarme en la casa. A veces me entraban las ganas de contarles de mi vida allá, yo tengo mis buenas historias de la rancho,

de los animales, lo de mis compañeros no, eso lo sabemos quienes pasamos por eso, ese dolor tampoco me lo iban a entender. Hablar con ellos se me dificultaba, eso no me pasaba en el campamento, pienso yo que allá era más fácil convivir, todos sabíamos qué teníamos que hacer, los tiempos para hacerlo... con mi familia no me sentía así.

De pronto el tiempo de la marcha me hizo como activo, como inquieto... mis hermanos, ellos eran sentados todo el día; mucha pereza era lo que yo veía. Yo acostumbrado a levantarme temprano, antes de que alumbrara el día, con los pájaros... Hasta la hora del baño era diferente, ellos mañaniaban a echarse agua, en cambio en la guerrilla nos bañábamos después de todo el trabajo, a media mañana, después de la calistenia, de la rancho, el desayuno, de atalajar el equipo, como de prepararnos para el día. Ahí ya llevábamos, lo menos, unas 6 horas de pie.

En esa vida uno sufre, claro, pero uno aprende la disciplina, el trabajo sin pereza, la obediencia, el cuerpo se le vuelve fuerte, yo me dí cuenta al ver a mis hermanos. El ejercicio me hace mucha falta, pero no me gusta hacerlo solo. Comer yo solo y tener que cocinar todos los días, es otra cosa que se me volvió difícil, es una pensadera aburridora: así no era como hacíamos las cosas.

Bueno, aunque yo pensaba quedarme con mi familia pues... no pude, no pudimos. Ese no era mi lugar, allá no tenía nada, yo me aburrí mucho estando con ellos, con lo que definitivamente no pude era que me decían "Francisco", yo no les entendía por ese nombre y me cansé, usted sabe que mi nombre es Antonio. Eso fue lo que yo elegí y eso tampoco me lo entendieron.

Y no le he dicho lo mejor: me dí cuenta que no salíamos de la casa era para que la gente no preguntara por mí, por eso también era que no me dejaban solo. ¡Carajo! Luego supe qué era lo que pasaba... Un cuñado sí me lo dijo sin pelos en la lengua: "usted nos va a meter en un problema con los vecinos, por eso es mejor que ellos no sepan usted de dónde viene. Por el bien de todos, no diga nada"... eso fue como si... ahí si que menos ganas de quedarme,

¿para qué? No había quien entendiera o quien quisiera escuchar, mejor dicho, no valía la pena hablar.

Yo sigo llamando a mi papá pa' saber él cómo está, de vez en cuando pasa al teléfono mi hermana a saludar, no es que hablemos mucho. La verdad yo no pensé que las cosas se fueran a volver así, estamos mejor de lejos, bueno, por lo menos saben que estoy vivo.

Retornando en silencio

“Algo le ocurre al hombre durante la guerra: es la misma persona y a la vez es otra distinta. (...) Solo se juzga a los que matan en tiempos de paz, esos son asesinos, pero en la guerra a eso mismo lo llaman con otras palabras: ‘el deber filial ante la Patria’, ‘La santa tarea masculina’, ‘La defensa del pueblo’” (Alexiévich, 2016, pág. 175)

El afecto con que Antonio se refiere a su tiempo en filas me sobresaltó. Entre los primeros pensamientos que hilvané al escucharlo fue la pregunta sobre ¿qué podía él querer de su vida en el monte? Debo confesar que la idea de que él añorara su vida en filas e incluso a veces, tímidamente, me dijera que la extrañaba me resultaba ligeramente retorcida ¿Cómo era posible lo que estaba escuchando? Asimismo, me llegó como un golpe escucharlo afirmar que su lugar estaba con sus compañeros, no con su familia. Tuvo razón cuando anticipó que no iba a lograr entenderlo.

Pude ver que lo que yo situaba en el pasado: la belleza que por su aguda vista admiró durante años en el paisaje que lo rodeaba en medio de la marcha, sus madrugadas a trabajar y los baños a las 11 de la mañana después de la intensa jornada de trabajo, formación, rancho y la organización del día, para él estaba vivo. Una recia añoranza cobijaba esos recuerdos, le acompañaba el deseo de volver a caminar por esos paisajes: “ya sin armas y con tiempo...”.

Dejar su uniforme, su arma y su lugar en el grupo armado quebrantó su rutina, su forma de ver la vida y sus vínculos, lo situó en un escenario desconocido, que él ha asumido como una nueva lucha. Antes de escucharlo estaba convencida de que la sensación del retorno a la vida civil era una continua alegría porque la autonomía no estaba comprometida por las órdenes del mando, porque no había que ajustarse al economato y la comida de la rancho,

porque se podía volver a la familia; pero Antonio deja ver una suerte de pesadumbre pues el retorno comienza también a diluir sus vínculos y a confrontar su rutina y sus pensamientos.

Desde mi perspectiva, el retorno a la vida civil implicaba una celebración, la concreción de una mejor vida y el cumplimiento de lo que se deseaba estando en filas. Paradójicamente, aunque el retorno contuviera atisbos de los anhelos de Antonio, implicaba una ruptura con lo que había forjado, sus costumbres, incluso sus palabras eran discordantes con el mundo que comenzó a habitar.

“¿Cómo iba a visitar a mis amistades?” ese fue uno de los pensamientos que asaltó a Antonio al considerar que volver a la vida civil implica dejar la vida que durante años había construido y que implicaba a las personas con quienes hacía marchas, armaba caletas y ranchaba, ellos se habían convertido en su familia y se encontró en un escenario incierto, en que no dilucidaba una vía para mantener sus lazos.

Hay personas a quienes no ha vuelto a ver porque cuando se separaron no tenían celular y no pudieron intercambiar números para acortar las distancias. Antonio tardó en contarme que al principio no sabía muy bien cómo guardar los números de sus compañeros en el aparato, “andé con un poco de papeles un tiempo”; tuvo un breve momento de silencio antes de comentar que las cosas eran muy distintas ahora en relación con el momento en que comenzó su vida como combatiente, “uno llega muy desubicado, le toca aprender para adaptarse, por ejemplo a esos aparatos”.

Hoy elabora reminiscencias de algunos de sus compañeros de quienes no tiene noticia alguna. De forma espontánea, ligera y suscita dijo “si la vida tiene preparado que nos volvamos a cruzar, así va a ser”. Aprendió en su vida en filas a no hacerse ilusiones sobre encontrarse con personas en particular, a veces sin esperarlo podía presenciar o incluso vivir reencuentros entre camaradas que se habían distanciado por asuntos del oficio y de repente, sin siquiera pensarlo, se encontraban en el mismo espacio.

A Sonia, su confidente, le había perdido la pista desde hacía tiempo cuando ella fue designada para trabajar como miliciana, mientras que él debió trasladarse en una larga marcha a otro campamento: “me dio duro separarme de la negra”. Aunque recuerda que se abrazaron al despedirse, hoy se arrepiente de no haber sido más expresivo con ella, “era la que me conocía más, en la que yo más confiaba... a mí me dio como pena y le dí solo un abrazo, pero me fuí con un dolor duro en el corazón; ya después uno se embolata, pero a veces se me venía a la mente, la verdad yo todavía la pienso ¿dónde andará la negra?”.

Antonio siente que con sus compañeros no tenía que elaborar explicaciones, las historias, los dichos, las palabras eran compartidas; ellos no lo miran raro si habla de las caletas, las cancharinas o los chontos. Está convencido de que a sus camaradas no les tiene que explicar nada, “ellos lo conocen a uno... y saben cómo fueron las cosas”, me dijo al referirse a cómo, estando en la ciudad, había descubierto que había gente que los odiaba.

Tras un momento de silencio, entendiendo que eso que él llamaba odio era uno de los factores que lo había expulsado del lado de su familia, tardé en conseguir hacer alguna pregunta para dar continuidad a nuestra conversación. Me desconcertó notar la sorpresa con que se refería a aquellos a quienes su presencia les despertaba sentimientos negativos, de hecho denotaba cierta duda sobre esas sensaciones aduciendo que eran tales porque aún no habían tenido la oportunidad de escucharlos.

Al decir de Antonio él no había hecho nada por dinero y con el tiempo de militancia había encontrado motivos suficientes para luchar por un país justo y equitativo para todos; parecía formular que el tiempo y la dedicación al no ser recompensados con dinero ni orientados por egoísmo, podían ser entendidos como auténticas manifestaciones de interés en otros. Quedé de una pieza. ¿Me correspondía a mí decirle que la violencia que perpetraron quedó como una huella inscrita en muchas vidas?

Mi sobresalto no pasó desapercibido. Pronto un nuevo momento de tensión se tejió entre nosotros y el silencio cobijó el espacio; así pude ver que yo no estaba lista aún para ahondar en ese tema que Antonio me proponía, para mí el asunto se zanjaba diciendo un rotundo no

a la violencia, sin importar si a esta se había llegado con el propósito de hacer un mundo mejor o si de esta no provenían réditos económicos... yo no deseaba profundizar en sus explicaciones.

Repudié la idea de escuchar sus razones, pronto tuve temor de que la construcción de nuestra relación fuera entendida como la comprensión de sus motivos, fui tajante y quizá me equivoqué: “Antonio, este tema es muy complejo para mí por mi trabajo con víctimas”. Un vacío me llenó el cuerpo, quizá esas palabras y mi negativa a escucharlo estaban poniendo punto final a nuestra relación, ya habían salido de mi boca y aunque de inmediato recordé las instrucciones sobre la actitud empática con las personas con quienes se conversa, no había forma de devolver el tiempo.

Abrió los ojos y levantó las cejas. Me sentí como una de esas personas de quienes había percibido odio y ciertamente ese no es el lugar que me interesa ocupar; estaba ahora -y lo estoy aún hoy- en medio del dilema de las implicaciones que tiene escucharlo, pero creyendo firmemente en la necesidad de hacerlo y que su voz se amplifique no para alardear sobre lo hecho, pero sí para reconocerlo como otro ser humano y considerar esos afectos con que habla de su vida en filas como una forma de ver su pasado.

Apresuré de manera torpe mi respuesta porque no quería que se sintiera decepcionado: “eso sí, tienes que saber que yo no te odio”. Ladeó la cabeza. Aunque estuve tentada a seguir armando una retahíla de explicaciones opté por guardar silencio un momento, recordé que él había anticipado que yo no lo iba a entender y entonces le dí la razón. Sonrió de forma tenue y pronto se repuso, de manera que el momento me demandó a mí también hacer un cambio de actitud y despejar las sensaciones que tenía.

Ese momento complicado con Antonio me vino a la mente cuando Armando me habló del orgullo que sentía hacia su figura en uniforme, portando armas: me incomodé enormemente. La incomodidad no era nueva, se hizo ligeramente más intensa desde aquel día en que lo ví simular la mirada que hacia mientras se encontraba patrullando en algún retén, esa capacidad

de intimidación que me había narrado sin mayor detalle, pero que en mi mente se cruzaba con las narrativas de las víctimas.

Así, la arrogancia con que hablaba de sí mismo, aludiendo a su belleza por estar vestido de verde oliva, sonriendo ampliamente por lo “grueso” que se veía y cómo “el uniforme hasta le aumentaba altura”, me inquietaba. Lejos de volver a ese pasado en búsqueda de los “años mozos” de Armando, yo tenía en mente a las personas a quienes ese uniforme y esa altura, lejos de producirles orgullo, les generaba pánico.

No obstante, me sentí incapaz de confrontar ese recuerdo y formular un reclamo con base en el sufrimiento que él había generado a otros; estábamos hablando del proceso de volver a la vida civil y ahí estaba, nuevamente, la alusión a las añadiduras que el uniforme y el arma le habían provisto a Armando. Más allá del malestar que me despertaba y de la sensación de desprecio que tenía con respecto al recuerdo de Armando, la recurrencia de esa memoria, de esa forma de verse y de la añoranza que percibía de su parte, hablaba de aquello que él perdió.

Mientras en su vida en armas él, como los demás paramilitares, estaba “en la punta de la pirámide”, regresar lo convirtió en parte de la masa: dejaron de existir los privilegios que él percibía. No estaba rodeado de personas constreñidas para obedecerlo, no tenía en sus manos el arma que sostenía su voz de mando, y el cambio de ropa -además de la pérdida de estética- hizo que dejara de ser reconocido.

De tajo, en un tiempo suscinto, Armando había perdido la posibilidad de dar órdenes, había sido despojado del poder que ejercía sobre otros, de esa capacidad de persuasión que había descrito, había entregado su arma, su uniforme, elementos que le daban la fuerza de mandato a las palabras que decía y aquellas que le ordenaban transmitir, aquello con lo que había construido un lugar en el mundo. El pasado y la figura de la que se enorgullecía comenzaron a habitar el lugar del silencio.

Verse en el espejo le resultaba extraño, se veía pero no lograba reconocer el garbo y la vitalidad que su uniforme le daba. Sin su arma se sintió desprotegido y desnudo por algún tiempo y le costaba mucho quedarse dormido; no me dijo cuántas veces, pero me indicó que, en ocasiones en medio de sus sueños buscaba su arma, no encontrarla le traía pesadillas y lo sumergía en la desesperación. Aprendió a tomarse algún trago fuerte antes de dormir y el paso del tiempo empezó a hacerle entender que esa vida que conocía estaba en el pasado.

El silencio no solo se conjuró al evitar referirse a su experiencia, sino que se constituyó cuando su uniforme dejó de hablar y su tono de voz tuvo que apagarse. Estaba acostumbrado a hablarle “golpeadito” a los civiles y ya sin armas intentaba pensar dos veces antes de buscar alguna confrontación, pues ya no tenía la certeza de la ventaja y no quería ponerse en evidencia.

Además de su voz, la actitud intimidatoria también debía quedar atrás... no sólo era cómo hablaba, sino cómo entraba a los lugares sin saludar, la rabia que le daba tener que preguntar antes de tomar las cosas y el choque que sintió porque debía hacer los pagos de todo lo que consumía: él ya no era servido. Ese resquicio del poder que había experimentado hacía contrapeso con su nueva apariencia y posición, ya no había cómo imponerse a los demás, en la vida civil no había distingo entre él y otras personas.

Según Armando, el silencio fue también la forma de afrontar el desprecio que comenzó a sentir: pululaban las referencias sobre el grupo armado que formó: las masacres, los asesinatos, las violaciones, la sevicia con que actuaron estaba en boca de gente a su alrededor. “Entonces a mí me ha tocado callado, podían decir lo que fuera, en las noticias, los vecinos y yo callado, así supiera que las cosas no eran como decían. Se cometieron errores, pero tuvimos éxito ordenando pueblitos, haciendo limpiar los patios, dejando las comunidades sin delincuentes. Nosotros ayudamos a que eso fuera así”. Al escucharlo un escalofrío me recorrió, sentí una profunda decepción y noté que estaba esperando una narrativa que renegara sobre lo vivido y lo hecho.

Esa conversación con Armando me descompuso. Una vez tras otra pensaba en la afirmación sobre los “errores” y el “orden”. No podíamos estar más en desacuerdo. Me frustré conmigo misma. Por supuesto nuestros encuentros no tenían la intención de ser terapéuticos o promover reflexiones, pero reconocí que dentro de mí esperaba que el fruto de nuestra relación fuera una confesión de arrepentimiento por lo hecho, un repudio absoluto a su vida pasada.

Tuve de frente aquello que deseaba interpelar mediante este acercamiento: además de desdeñar completamente la experiencia de Armando, la estaba entendiendo en términos absolutos. Me movía el fuerte deseo de evitar que él se expusiera de esa forma, anhelaba evitarlo para que no hubiera forma de que un juicio como el que yo estaba haciendo invalidara todo lo que habíamos compartido y las formas en que me había invitado a ver su experiencia.

Me resultó necesario afirmarme, mantenerme y no negociar en ningún sentido la carencia de justificación que tiene el uso de la violencia. Tímidamente, teniendo en mente el imperativo de evitar que se rompiera la frágil confianza que teníamos construida, le manifesté “dudo que las personas vean la situación de ese modo, por la forma en que ustedes lograron ese orden al que te refieres”; no hubo forma de comenzar una discusión por la respuesta que me dio Armando: “cada quien tiene su forma de verlo”.

Recordé fugazmente la vergüenza que sentía Armando por cómo trató al sacerdote y la repulsión que, me había dicho, le generaba el comportamiento de sus mandos y compañeros hacia las mujeres. Ese recuerdo interpeló el absoluto de violencia y muerte que estaba volviendo a construir sobre su experiencia y me ayudó a tramitar la congestión que me produjo escucharlo: había violencia que hasta él rechazaba, él tenía límites.

-Debo decir que esa manifiesta repulsión que me compartió me transmitió tranquilidad en nuestras conversaciones, el día en que me habló sobre ello pude, digamos, respirar más tranquila. Siendo franca, en particular con Armando, me sentía en riesgo inminente: tenía en mi mente, atravesando mi cuerpo y mis emociones la vivencia de ser mujer en un contexto

donde la violencia contra nosotras persiste, entrelazado con el conocimiento del uso y la intensidad con que los grupos paramilitares violentaron a otras como yo-.

Le compartí mi reflexión sobre los límites a Armando, los cuales provenían de sus mismas palabras. Abrió los ojos y un gesto de indiferencia se posó en su rostro, sonreí pues noté que había logrado desubicarlo: “eso es lo que a uno le provoca la pensadera”. Mientras Armando estuvo en armas los momentos para pensar no eran muchos y al parecer no había tantas ocasiones en que las órdenes pudieran ser desobedecidas pues buscó no comprometer su integridad física; pero al estar despojado de sus mandos y su apariencia, eso de lo que no hablaba con sus compañeros, las cosas que no cuestionaba, le llegaron de golpe: “es como un remordimiento...”

Carente de detalles Armando explicó el licor antes de dormir con esa pensadera y súbitamente cambió de tema: cómo las lecciones de *Matachín* y su tiempo con los paras le habían hecho un buen bebedor. Me alivió no tener que escuchar a Armando sobre aquello que le generaba remordimiento; no quería saber qué imágenes le acompañaban, vi su silencio como cuidado y me sentí agradecida, recordé los diversos momentos en que me había dicho que había asuntos que no quería recordar, esos que aunque visitaran su memoria no quiso poner en palabras y compartir, yo no insistí por esos relatos.

De esta forma, reconociendo que algunas de las acciones que había realizado en mis conversaciones con Antonio, Raúl y Armando los habían llevado al silencio, empecé a notar que mi escucha tenía límites, sus deseos de hablar también tenían un alcance: resonaban en mi mente las palabras de Raúl “en mi casa no se habla de algunas cosas”.

Desde mi perspectiva Raúl estaba autorizado a hablar, él hacía parte de una fuerza legal en que la narrativa institucional lo sitúa como un héroe. A pesar de mis diferencias con esa comprensión de quienes hacen parte de las fuerzas armadas, por el efecto que produce al generar el desconocimiento de su dimensión humana y opacar las vulneraciones que cometen contra los derechos humanos, suponía que no había razón alguna para que Raúl guardara silencio, pero estaba equivocada.

Los momentos que mayor dilema le generaban a Raúl eran aquellos en que podía volver brevemente a su casa. “Uno vive dos facetas, la militar y la civil, yo trataba de que las dos estuvieran separadas...” me dijo cuando cuestioné sobre las razones por las que había decidido no hablar acerca de su vida militar con su esposa, quien, en sus palabras, se había ofrecido a escuchar los motivos de sus pesadillas y los malos genios que percibía en él.

“No quiero que me vean distinto”, en alguna conversación anterior me había comentado que ellos no sabían de toda la mierda que había tenido que comer: él volvía limpio y perfumado para verlos... así que, desde su perspectiva, las historias sobre “el barro hasta la cintura, la dificultad para ducharse o las maluqueras que dan por allá” eran innecesarias. “La familia de uno vive con mucho miedo, hay veces que pasan semanas y uno no se puede comunicar, no saben nada de cómo uno se encuentra, entonces ¿para qué me voy a poner yo a darles más motivos para afanarse?”.

Lejos del regodeo en lo hecho y la lucha contra el “enemigo”, en los distintos momentos en que había vuelto a su casa, cuando era cuestionado sobre lo que sucedía en el área, él se mantenía en silencio: no quería sumar motivos a la preocupación que acompañaba a quienes lo esperaban y quería evitar poner en evidencia la precariedad que la vida militar implica: los momentos en que no llegaban las provisiones, el cansancio que lo acompañaba a diario, la tristeza que a veces se colaba con el recuerdo de algún compañero enfermo o herido, la añoranza de su familia, sus sensaciones sobre la muerte y el combate.

Sus compañeros en filas sabían por lo que había pasado, ellos mismos habían experimentado condiciones y decisiones similares, quizá habían tenido que afrontar los mismos malestares suyos. Raúl no quería sumarle nada a la preocupación de su mamá por verlo flaco, a los reclamos de su esposa por sentirlo distante y ausente, o al silencio que a veces le acompañaba cuando estaba con sus hijos y se daba cuenta que no los conocía como deseaba.

Los destellos de malestar y distancia que aparecían entre las palabras de Raúl chocaban con la grandeza que le atribuía al servicio: para él había valido la pena dejar a su familia por los

largos periodos en que era designado a este o aquel lugar de la geografía nacional, en “cumplimiento del deber”. Dicha afirmación saliendo de su boca me hizo evocar la conmoción que percibí en él cuando me habló del pedacito de papel y la cadenita que lo transportaban a su casa.

Dudaba del sentido que atribuía a su servicio y particularmente me sentía cuestionando el “deber” del que me hablaba, azuzada por el conocimiento de los abusos cometidos por personal de la fuerza pública y de las afirmaciones que antes había hecho sobre la población civil. Divagué un poco sobre cómo hacer una pregunta al respecto, pero el palabreo de Raúl no me lo permitió... pronto él estaba hablando de cómo, a pesar de estar con su familia, las noticias de enfrentamientos o acciones que involucraban a la institución hacía que lo asaltara el deseo de volver al área.

Intentó guardar también para sí ese debate interno entre su casa y su labor. En ocasiones no necesitaba un estímulo distinto al aburrimiento y la “falta de oficio” para que se le despertara el deseo de volver. Éste resultó ser común entre sus compañeros, ellos sabían sobre la ambivalencia entre el área y la casa; “esas vainas uno las piensa, pero no las dice”, su deseo de huir de la casa se intensificaba cuando los permisos eran largos: “los primeros días es una felicidad y uno como acomodándose, pero después la vaina se pone dura, la esposa dando lora, los hijos quejándose, la lucha para que le hagan caso a uno... vainas con las que yo personalmente no quería lidiar. No termina uno de acomodarse cuando ya le toca irse otra vez”.

Raúl tuvo que dejar de huir de esas sensaciones cuando sus años de servicio terminaron y tuvo que volver definitivamente a su hogar y ahí empezó “lo verraco de verdad”. Ya había tenido momentos en que algún sonido o mal sueño le generaban un sobresalto, pero tenía la posibilidad de rehuir a la conversación o explicación que su familia esperaba, pero estando más tiempo en casa esos episodios comenzaron a tener lugar y ya no había a dónde irse por largas temporadas.

Una volqueta descargando le sonaba a otra cosa, un helicóptero pasando por la casa lo transportaba a otros momentos de su vida y empezaba a ponerse a la defensiva, a contestar feo, a gritar. Su esposa intentó, sin éxito, pedirle que le compartiera sus pensamientos, su insistencia era respondida con gritos y con el azote de la puerta de la casa: las preguntas lo expulsaban de su hogar.

Un día, almorzando con su familia Raúl se sobresaltó. No recuerda el sonido que funcionó como detonante y le hizo sentir que estaba en un espacio distinto a su casa. “Fue en cuestión de segundos”: les gritó a todos que se agacharan, terminaron metidos debajo de la mesa, su hijo menor comenzó a reírse y él comenzó “como a reaccionar”, estaba en su casa y no había ningún peligro a la vista. Se levantó, lo siguieron sus hijos y su esposa que lo observaban desde la distancia.

Recuerda haber dicho algo como “acá no pasó nada”. No terminó de almorzar y arrancó a caminar. -Al hablar sobre cómo lo veían sus hijos parece que un malestar lo recorriera, mira a un punto fijo y niega con la cabeza- . Raúl guarda silencio un breve instante antes de cerrar definitivamente ese episodio, alude a que ese día descubrió que caminar lo ayudaba a despejar los males, el cansancio por la actividad física lo agotaban y lograba descansar.

“Yo sí creo que mi esposa me ha aguantado mucho, por eso es que no aguanta preocuparla más... yo tampoco sé qué decir, como que la mente se me va y para explicarle a mi mujer toca hacer recuento de muchísimas historias y yo no tengo paciencia para eso... La verdad que no hace falta que ella ni nadie sepa esas cosas, esos son puros gajes del oficio. Ahora lo que hacemos es que yo le digo a ella ‘hoy no estoy de buenas’ y ella ya entiende que son esos días en que no me aguanto ni yo, entonces me deja por ahí solo, no se pone a preguntarme qué para dónde voy, que a qué hora vuelvo, es que eso era un problema. Yo me acostumbré a salir a caminar, montar bicicleta a mí me sirve para despejarme. Ya ella no se afana y me deja tranquilo”.

Desde mi perspectiva estar en el escenario de la vida civil debía ser calificado como un premio, un punto de inflexión cubierto de privilegios desde el cual era innecesario recrear

el pasado. Para Antonio, Armando y Raúl su pasado les atravesaba, los había constituido; ese pasado estaba arropado por el silencio que ellos se imponían o las acciones de silenciamiento que personas como yo ejercían.

Yo partía de la ignorancia de los puentes que teje Raúl para mantenerse al lado de su familia, del costo que le significó a Armando dejar su uniforme y con él toda la indumentaria que le había permitido forjar un lugar en el mundo; dejando de lado los afectos que Antonio sentía por momentos de la que era su vida y las diferencias insondables que percibía entre sí y su familia.

Antes de nuestro encuentro, el pasado en armas me generaba tanto repudio que tenía la certeza de que mi sensación era compartida por quienes habían pertenecido a grupos armados, ¿para qué volver a las memorias de un espacio - tiempo atravesado por la violencia? ¿por qué retornar a las remembranzas de los momentos en que la familia conocida había quedado desplazada?

El lugar que yo le atribuía al pasado partía del desconocimiento del carácter de la memoria, de su poder para constituirnos como sujetos y de los sentidos que eran atribuidos a ese pasado; creía en el imperativo del olvido sobre las experiencias vividas por estos tres hombres, especialmente en perspectiva de abrazar el presente en la vida civil.

Leía su presente desde mi comodidad: con lazos que podía mantener, sin estallidos de recuerdos que me devolvieran al pasado, sin haber vivido la pérdida de aquellos factores que me daban status y me habían ayudado a forjar un lugar. Además desconocía las certezas que tenían en la vida en filas: una persona que tiene el mando, raciones de comida o formas de conseguirla, una rutina diaria que raramente se quebrantaba, la lealtad y obediencia de las que dependía la propia vida y la de los otros, la claridad de cuál era la labor que se debía desempeñar.

La inquietud de Armando por no conseguir trabajo y no saber cómo llegar a fin de mes, las alusiones de Raúl a los malos genios y el pensamiento que en ocasiones lo rondaba en

relación con una posible separación de su esposa, la zozobra de Antonio con respecto a cómo mantener sus amistades y la extrañeza que percibía en su relación con su familia consanguínea, así como la ruptura de la rutina que conocía; dejaron entrever que la vida civil no estaba contenida de privilegios, tampoco consistía en retornar: implicaba costos, malestares, aprendizajes. había que comenzar a construir

El carácter de civilidad no resolvía por sí mismo el día a día, sino que se establecía mediante las vicisitudes del trabajo, las demandas familiares, las búsquedas de la pervivencia o construcción de amistades y la configuración de un lugar para sí, que en la vida civil está desprovisto de la imaginaria del status de fuerza, poder y mando que forjaron el uniforme y las armas.

Aunque Armando y Raúl resonaban en torno a mis ideas sobre el olvido frente a algunas de sus experiencias, el carácter involuntario de la memoria les impedía cumplir con su deseo y les generaba dificultades para dormir profundamente; Antonio añoraba las memorias del afecto entre compañeros, que se diluían también por efecto de la memoria.

Noté que el valor que atribuía al olvido partía no solo de mi ignorancia sobre los tránsitos entre la vida en armas y la vuelta a la vida civil, sino que tenía una fibra moral que lo estructuraba; la certeza del olvido del pasado reprochable se constituía a partir del desconocimiento sobre la condición humana de la memoria: mediante la imposición del olvido estaba deshumanizándolos.

La muerte violenta era parte de la cotidianidad de Armando, Antonio y Raúl, se materializaba no solo en sus compañeros, entre entierros y bolsas negras, sino en quienes estaban del otro lado: aquellos con quienes se enfrentaban o representaban algún peligro. Esa realidad me hizo buscar entablar conversaciones con precaución, con la certeza de que no estoy lista para escuchar sobre la muerte, la tortura, el dolor de otros a manos de mis interlocutores.

La recriminación me resultó necesaria en nuestras conversaciones, la manifestación del desacuerdo a las explicaciones sobre la violencia, incluso la búsqueda del silencio, pues, en ocasiones, éste derivó en mi bienestar al evitarme enfrentar manifestaciones de violencia. El límite en la escucha me condujo al silenciamiento y ha conducido al silencio autoimpuesto pues las historias de quienes han combatido son falibles de ser respondidas con recriminaciones, son historias que están fuera de los marcos que como sociedad hemos construido frente a la violencia y los violentos. Nuestra moral se ha forjado distinto.

El retorno estaba revestido de silencios sobre la vida pasada, “yo maté” como parte del relato tenía su lugar en medio del combate, con quienes se había enfrentado la decisión de disparar, quienes conocen el debate entre la vida propia y la de otros, a quienes les asalta la pensadera por aquello que les despierta el remordimiento o quienes ven la acción como un gaje del oficio. El silencio autoimpuesto y el silenciamiento que yo misma estaba ejerciendo contiene esas memorias, precisamente ese efecto ha conducido a entender que la experiencia del combatiente no solo deviene de la perpetración de violencia, sino que la trasciende.

En nuestro intercambio de palabras Raúl, Antonio, Armando y yo habíamos construido un escenario en que el relato sobre la violencia no era necesario -aunque destellaba-. Nuestra comunicación ha hecho que la palabra, incluso atravesada por el malestar, esté revestida de otros sentidos: ha sido el medio para conocer experiencias distintas a las que había imaginado, ha interpelado prejuicios y propone horizontes de comprensión de experiencias que solo veía de forma negativa. Como ciudadana me ha invitado a reconocer que el proceso de retornar no es solo de quienes “vuelven”, sino que nos convoca a todos, pues en el escenario actual nuestros encuentros son, cuando menos, posibles.

Epílogo a la elaboración de nuestras voces

A continuación me referiré a cada uno de ellos, con la intención de exponer mis intenciones en la escritura, los descubrimientos que quiero proponer; es una forma de entablar una conversación con quien lea y mostrarle mis apuestas.

Suponía el imperio de la violencia está dedicado a la experiencia del combate, lejos del estruendo de las armas, la sangre y las hazañas o victorias que se pueden arengar, en este texto nos acercamos a la constancia de la muerte como una posibilidad que acompaña el día a día de la vida en armas, como gaje del oficio, que Antonio, Armando y Raúl expresan de forma distinta, frente a la cual experimentan miedo²⁹. Estas experiencias y perspectivas son diferentes a las que he afrontado en mi vida civil, en ese sentido mi voz se hilvana a las suyas.

Asimismo tiene lugar la expresión de la vulnerabilidad, la sensación de que se está en riesgo y también que se pone en riesgo a los compañeros, bajo el entendido de que su seguridad depende de una adecuada sinergia entre los combatientes, en la que se confía. Elaboré además referencias sobre la relación que se gesta entre combatientes: el agua que llega, la fuerza que despiertan las heridas y los dolores de los compañeros, que produce una suerte de impulso para continuar combatiendo, las actitudes y acciones que se despliegan en medio del combate como muestra de interés y cuidado del otro.

²⁹ De acuerdo a Sara Ahmed (2015), “el miedo implica una anticipación de daño o herida, nos proyecta del presente hacia el futuro como una experiencia corporal intensa en el presente” (pág. 109). He escuchado a combatientes que indican no sentir miedo ante ninguna situación, quienes seguramente al leer a Armando, Antonio y Raúl estarán en desacuerdo, por tanto quiero insistir en que las experiencias y emociones de ellos son particulares, así como insistir en que la ficción fue el medio que me permitió hilvanar estas emociones en relación con el combate, toda vez que el disciplinamiento de los combatientes en el grupo armado conduce a respuestas que no dejan entrever fácilmente estas vivencias (Theidon, 2009).

Como una apuesta para confrontar la idea del combatiente como autómatas de las órdenes que se le indican y de las acciones que tiene lugar en medio del combate, Antonio, Raúl y Armando nos dejan ver atisbos de reacciones que no se esperan de quienes combaten: cerrar los ojos, distraerse, descuidarse y no contar con las provisiones que requieren.

La demanda y resistencia física y emocional que implica el combate, que para mí como civil carece de homólogos, también trasluce a través de las palabras de estos tres hombres, el relato sobre la sed, la fuerza física que trasciende lo que se conocía, la reacción corporal que se tiene por efecto del entrenamiento, la experiencia de la pérdida de los compañeros, la huida a los ojos de los otros, el proceso de volver a la calma o reflexionar en silencio sobre lo ocurrido.

Al compás de estas referencias, se esbozan aspectos que para mí fueron inusitados cuando los descubrí: dependiendo del momento y la intensidad del combate, se tiene posibilidad de evocar, de pensar, de añorar, de conversar y prestar atención; en medio del combate se razona, se rememora, se generan reflexiones o se huye de ellas para poder continuar en la labor; en esos escenarios se despiertan sensaciones de dolor y malestar, aunque se rehúye a su abordaje por el tiempo y las condiciones de constante alerta y vulnerabilidad, así como porque implicaría pasar por débil.

Comencé pensando en que la experiencia del combatiente no podía ser toda combate ni violencia. Las cifras sostienen, por ejemplo, que los grupos paramilitares fueron los que menos acciones bélicas desarrollaron³⁰. Entre 1980 Y el 2010, el Centro Nacional de Memoria Histórica (2018) ha documentado más de 33.000 acciones bélicas entre distintos actores armados. Los grupos paramilitares participaron en 990 de ellas, lo que representa solamente el 3% del total.

³⁰ Su forma de ejecutar la violencia es distinta, al respecto ver CNMH, 2013. capítulo 2

Al revisar el periodo del auge, dominio y desmovilización paramilitar, 1992 - 2005, las confrontaciones con otros actores armados representan el 5% de los 17.770 hechos documentados. No obstante, desconocía los aspectos que antes mencioné y fueron reveladores para comprender que, incluso en medio del combate, no impera solamente la violencia y que, aunque pueda resultar paradójico, la experiencia está articulada con sensaciones de vulnerabilidad que yo había estado opacando no solo tras la cortina de la violencia, sino de la hombría.

En este mismo apartado, haciendo una suerte de contrapeso a las narrativas sobre la muerte, el miedo y la vulnerabilidad, hay tres relatos en primera persona donde Antonio, Armando y Raúl nos invitan a considerar la permanencia en filas con otros matices: la hermosura en medio de la marcha y -lo que podemos ver como una paradoja sobre estos hombres en armas- animales o comidas que les generan conmoción.

La construcción de relaciones significativas, donde las muestras de lealtad son valoradas y construyen lazos, lealtades que se expresa incluso en contravía de las disposiciones de los mandos. Podemos reconocer en el grupo armado no solo el lugar de la violencia, sino el escenario para vivir experiencias nuevas y compartirlas con los compañeros en armas, a través de las cuales vemos destellos de afecto, de cuidado y buenos deseos hacia los compañeros.

La historia de Raúl es ilustrativa sobre la profundidad e intimidad que las relaciones en filas pueden tener, por el tiempo compartido, por los aprendizajes legados, por el interés que se siente por el otro y la correspondencia en las relaciones. En particular el relato sobre Aguilar nos invita a considerar que el uniforme y el -supuesto- deber, son trascendidos por otros valores como la familia y que hay dolores que pueden ser más férreos que aquellos que suscita el combate.

Pensaba distantes los afectos hace parte de la trama que se comienza a configurar en torno a las relaciones entre combatientes, es una elaboración que tiene la intención de interpelar la afirmación que se expresa en el título, mostrando cómo, en el escenario del conflicto armado, la violencia y las acciones que a partir de esta se despliegan, no resultan los únicos orígenes de afecto. Esa reflexión, aunque me acompañó por un tiempo se convirtió en afirmación recientemente, este texto es una forma concreta en que otros afectos se consolidan.

Presento algunas características de la cotidianidad en filas como contexto en que los vínculos se crean y fortalecen; manifiesto extrañamiento al respecto, toda vez que para mí los más íntimos son quienes hacen parte de mi familia consanguínea y mi pareja. En la experiencia de Raúl y Antonio hay visos de similitud en el desarrollo del día a día, con una diferencia relevante: la posibilidad que tiene Raúl de visitar su casa, mientras Antonio permanece en filas bajo la impronta de que su familia son sus compañeros y compañeras.

Se trata de un relato sobre la cercanía y la intimidad que logran actores armados entre sí, en escenarios que fomentan la consolidación de esas relaciones como la preparación de los alimentos, las complicidades para evitar castigos, los secretos que solo se comparten con quien es más cercano o el conocimiento sobre lo que se ha hecho; de manera distinta expongo la experiencia de Armando, quien indica cómo el grupo al que perteneció entiende a sus combatientes como reemplazables y la permanencia en el grupo como un trabajo, que por cada persona ausente generaba una vacante, no obstante esa concepción, él nos comparte una anécdota que se desmarca de esa lógica y nos revela además una fuga a la orden del mando.

Ahora bien, hablar de la fluidez de afectos no solo convoca a los compañeros con quienes se hicieron lazos y a los efectos de dolor, malestar e interés por lo sucedido con ellos, sino también a las añoranzas del pasado en forma de Hortensia para Antonio, o los hilos que se trenzan entre la vida civil y la vida en armas que para Raúl tienen forma de hoja de papel

intervenida por sus hijos, o en prácticas de cuidado a la familia mediante la provisión o el silencio, como nos cuenta Armando.

También aparecen los afectos que se tienen hacia el grupo del que se hizo parte, que llevan a que se midan las palabras y las referencias que hacen al respecto; entretejo alusiones sobre el carácter de los grupos armados y mis diferencias al respecto, con la relevancia de la obediencia y la disposición para seguir órdenes -acción de la que, bajo el mando de un buen estratega, depende el correcto desenvolvimiento del combate-, así como la creación de criterios para obedecer y las razones por las que los mandos logran prestigio.

En ese contexto construí los relatos que continúan, pero adicionalmente, Armando, en primera persona, nos cuenta sobre el malestar que generan algunas órdenes y los motivos que llevan a despreciar al mando; la historia de Antonio interpela el orden de la guerrilla, al poner en evidencia que su lazo con la familia consanguínea sigue existiendo a pesar de que se le indicó que ese pasado no cabía en su vida en filas. Ambos nos acercan a reconocer que las órdenes son enfrentadas con las consideraciones personales y las posibilidades físicas que se tienen, pero además ilustran aspectos de la vida en armas que generan costos personales y que no necesariamente resuenan con la consolidación de relaciones fuertes, sino que provocan desprecio o vergüenza.

A pesar de que a lo largo del texto expongo mis perspectivas, malestares y reacciones físicas, emocionales y verbales frente a lo que Armando, Antonio y Raúl cuentan, el texto que cierra este apartado es un poco más explícito. Comienza con la referencia a la mirada de Armando y cómo esa mirada atizada por los atavíos de la vida en armas, producía miedo y cómo se producen acciones y reacciones entre personas armadas y civiles. A partir de la interacción que sostenemos, la experiencia me da un revés: mi mirada está implicada en nuestro encuentro, es una mirada de juicio y reprobación, desde la cual insisto e invito a considerar que hay pensamientos y emociones que preceden la construcción de la relación, mismos que no deben darse por hechos, sino sobre los cuales cabe hacerse preguntas.

Creía que el pasado quedaba atrás parte de la sobrestimación que hago sobre la vida civil y el desconocimiento de los trazos que dejan las experiencias de quienes han estado “allá”, los cuales traslucen en el presente. Fueron estos prejuicios, referidos a la perspectiva desde la cual consideraba algunos excombatientes se relacionaban con su pasado, los que promovieron las reflexiones que comparto en este apartado.

Inicialmente se presente un relato de Raúl en primera persona, en el cual esboza algunas huellas que dejó en sí su vida en filas y expone el debate que experimenta entre la vida civil y su vida como combatiente, el deseo que a veces se despierta en él y lo invita a considerar volver. La muestra de que el pasado permea el presente e incluso tiene poder para malearlo, pues se inmiscuye en el desarrollo del día a día.

Se trata de un deseo que le alcanza por la remembranza de lo vivido, el cual tiene manifestaciones en el presente, despertando afectos que no son compartidos con la familia y que, en este caso, se silencian a partir de la expresión de la autoridad. La historia que nos comparte Raúl es también la muestra de cómo se busca consolidar un rol en la vida familiar, esa que mientras él estuvo en el área le fue esquivada y que en el presente le es desconocida.

Armando por su parte se refiere a las huellas físicas que le dejó su pasado en armas, los dolores que le traen al presente el recordatorio de lo hecho y los sonidos o recuerdos que lo acompañan, que lo hacen retornar a lo vivido. Su historia confronta mi actitud desdeñosa sobre su pasado: aunque desea el olvido sobre algunos eventos vividos, él no lo puede convocar a placer y añora los privilegios que le brindó su pertenencia a la estructura armada. El pasado no se desecha por la incorporación a la vida civil.

Su narrativa nos muestra debates a los que se enfrenta en el presente, con la intención de preservar la idea que sobre él tienen aquellos que lo estiman, se pregunta si debe hablar o

callar sobre lo hecho y lo cuestionan las implicaciones que puede tener la palabra. La voz de Antonio expone brevemente la decisión de retornar a su familia tras años de no tener contacto con ellos, el acto de valentía que debió llevar a cabo para asumir hacer una llamada, desconociendo la respuesta que iba a recibir del otro lado.

Su relato da cuenta de la disyuntiva que vivió decidiendo si era pertinente entrar en contacto con quienes había dejado en su pasado, se refiere también al extrañamiento que experimentó sobre su entorno familiar, la rutina diaria y las actitudes de aquellos con quienes tiene vínculos de sangre. El presente le es desconocido y su perspectiva sobre este se configura a partir de la añoranza de los lazos y el entorno de su pasado.

En los relatos hay un movimiento entre el presente en la vida civil y los atisbos de vivencias estando en filas. Estos indicios, la forma en que configuran el relato en el presente, interpelan precisamente mi idea de que el pasado quedaba atrás, la presunción de que no era necesario volver a éste y que una vez insertos en la vida civil las vivencias anteriores eran prescindibles, el planteamiento de que el olvido era deseable.

El pasado no solo está cobijado por la repulsión con que inicialmente me aproximé, sino que se articula a otras sensaciones: el orgullo por las destrezas que se desarrollaron, la inquietud por tener que tomar decisiones sobre la vida de otras personas, la mirada que había sobre sí y que se transforma una vez se abandona el uniforme y los demás artefactos que identifican al combatiente, el dolor por lo que se pierde.

El acercamiento y la percepción sobre el pasado están atizados por las acciones de silenciamiento que produzco frente a los relatos que me comparten; el silencio permite también reconocer la existencia de los marcos sociales³¹ que conducen ciertas experiencias

³¹ Los marcos sociales “son producto de recuerdos estables que perduran, (...) dan sentido a las experiencias y las organizan en nuevos recuerdos” (Halbwach, 2004 en González, 2017, pág. 29).

a la marginación o la negación; a ese lugar en que los recuerdos no pasan por la palabra, pero se manifiestan mediante el sobresalto o la falta de sueño.

Los relatos de Antonio, Raúl y Armando dilucidan que el retorno no puede ser entendido como el regreso a la vida civil como era conocida o vivida, sino que el proceso de regresar está atravesado por lo vivido, por aquello que se verbaliza y por lo que se guarda para sí. Adicionalmente confrontan el desdén con que yo leía el pasado y de nuevo interpelan la creencia de la vida en armas como un momento vital carente de valor o de significado distinto a la violencia.

En estos relatos aposté por presentar una de las confrontaciones que mayor tensión me genera: las justificaciones a la violencia, la estigmatización a la población civil. Me resultó valioso construir estos relatos, bajo el entendido de que mis interlocutores, aunque ficticios, no están desprovistos de esas lecturas; adicionalmente apoyada en estas alusiones fue posible ponerme en escena, presentar las expectativas que tenía respecto a la relación que entablé con ellos y poner en evidencia el malestar y efecto que se consolidaron por ese intercambio en la conversación.

Se trata del producto de las interacciones que mantenemos como sociedad, el punto de referencia mediante el cual seleccionamos qué recordar y verbalizar.

Pasados alternativos, futuros posibles

“(...) formular la pregunta y darle cierta forma es sólo el inicio de un movimiento que atraviesa la razón, los afectos, el cuerpo, la relación con otros, la relación con la verdad, las relaciones con el poder y, en última instancia, la posibilidad de reinventar a quien pregunta para alterar todas estas relaciones de manera continua” (Cabra, 2017, pag. 171)

Al considerar trabajar con excombatientes me invadieron diversas sensaciones a las que me he referido a lo largo del texto, dado que estas dieron sentido a las decisiones metodológicas y aportaron en la consolidación de los relatos ficcionados que resultan la apuesta de esta tesis.

Estas emociones se vinculan con la pregunta por las implicaciones de acercarnos a quienes han llevado a cabo actos reprochables, aquellos que producen repulsión y distancia, en este caso los victimarios. Mi inquietud al respecto era tal que en principio tuve en mente abordar experiencias de sufrimiento y vulneración de sus derechos, pues sentía que comprenderlos desde esa perspectiva podría hacer un contrapeso a la consideración de que ellos son quienes infligen daño, no quienes lo viven. Parecía una escucha más “ética” teniendo en cuenta que en ese caso el ejercicio iba a consistir en escuchar a un victimario también víctima.

Tomé distancia del abordaje de experiencias de sufrimiento al considerar que desarrollar esta apuesta no debía darle continuidad a binarismos en qué hay unos victimarios “menos victimarios” por haber sido violentados, mientras hay otros cuya escucha no es deseable pues sus experiencias no están atravesadas por el sufrimiento infligido por el grupo del que hicieron parte o por una experiencia de victimización previa.

Como se ha indicado el propósito de esta tesis se consolidó en torno a explorar dimensiones distintas a la perpetración de violencia en la experiencia de los excombatientes. No obstante esta determinación, la inquietud en relación con la escucha me seguía acompañando. Al respecto hay dos ideas que resultan esclarecedoras: Shoshan (2016, pág. 155) indica que existe una economía de producción de conocimiento de acuerdo con la cual “se espera de nosotros que apliquemos nuestros métodos etnográficos a los que se percibe -y que representamos - como víctimas, como habitantes de la posición de los oprimidos, los perseguidos o los subalternos”, ciertamente ese no es el lugar que ocupan quienes han sido combatientes y por su rol son considerados victimarios.

En este contexto se explica el carácter de la inquietud, la percepción de que prestarme para la escucha de los excombatientes podría no ser bien recibido, e incluso carecía de importancia frente a un país en que las víctimas no han sido suficientemente escuchadas, donde el sistema de verdad, justicia y reparación trabaja incesantemente pero sigue en deuda.

A este primer argumento se suma la consideración de que el reproche moral sobre la violencia perpetrada no recae en el acto realizado como independiente del sujeto - rechazo la violencia, pero acepto a quien la ejecutó-, sino que circula en la relación con el sujeto que lo perpetró.

El reproche moral se expresa en las emociones que me generaba considerar el contacto con el otro. Al decir de Sara Ahmed (2015) “las emociones adquieren forma mediante el contacto con objetos (entiéndase acá los excombatientes), y no son causadas por ellos” (pág. 27); mejor aún, las emociones que circulan en la relación con los excombatientes están

precedidas por la impresión³² que se ha construido hacia ellos: “la manera en que nos impresiona un objeto puede depender de historias que siguen vivas en tanto ya han dejado sus impresiones” (pág. 31).

En este contexto los acercamientos al objeto no suponen que este tenga una “existencia material”, de acuerdo con Ahmed “los objetos en los que estoy “involucrada” también pueden ser imaginados (...) El recuerdo puede ser el objeto de mi sentimiento (...), el sentimiento adquiere forma por el contacto con el recuerdo, y también implica una orientación hacia lo que se recuerda” (pág. 28). Cabe señalar que entiendo el sentimiento como el carácter inseparable de emoción y sensación corporal que se genera cuando se entra en contacto con el objeto (véase Ahmed, 2015).

Shoshan (2016) explica el impacto que se produce al hacer contacto con aquellos que nos resultan desagradables aludiendo a la emergencia de “la higiene moral y la aprehensión de la proximidad, (...) una cierta ansiedad casi somática, por así decirlo, frente a la suciedad política, su potencial contagioso o contaminante, y su pestilencia moral” (Shoshan, 2016. Pág. 151). No obstante, cabe referirse a las emociones no solo como estados interiores o psicológicos, sino como “prácticas culturales y sociales” (Ahmed, 2015. Pág. 32), de esta forma se contextualizan las impresiones que los sujetos generan, por lo que me permito plantear que mi aprehensión moral hacia los victimarios se ha construido socialmente, en particular vinculado a mi experiencia profesional y el trabajo con las víctimas.

Al decir de Marco Martínez (inédito),

“la centralidad de la categoría víctima en una economía de producción de conocimiento en la cual la manera como nos relacionamos con nuestros interlocutores, levantamos información, analizamos datos, escribimos textos y nos insertamos en relaciones de poder de académicos y públicos consumidores de

³² Formarse una impresión puede implicar actos perceptivos y cognitivos, así como una emoción, pero también depende de la manera en que los objetos dejan una impresión en nosotros (...) puede ser un efecto en los sentimientos del sujeto (...). Puede ser una imitación o una imagen o puede ser una marca en la superficie” (Ahmed, 2015. Pág. 28).

conocimiento, tiene implicaciones con cómo caracterizamos a los violentos en las etnografías”.

Si consideramos la etnografía como producto de la construcción de una relación con aquellos sobre quienes queremos aprender, podríamos plantear que esa centralidad de la categoría víctima atraviesa todo el proceso de investigación y, de hecho, en mi experiencia resultó un pensamiento recurrente y una interpelación moral constante al abrirme a la comprensión o empezar a sentir cercanía con los relatos que construí y aquellos que sirvieron como insumos para esta tesis.

En este contexto se inscribió el poco interés con que inicialmente consideré los escenarios de escucha a los excombatientes, dado que no les percibía como susceptibles de sufrir dolor, malestar o daño en el proceso de recordar y contar lo que les había sucedido. En el centro del relacionamiento se situaba su condición como perpetradores de violencia, incluso por encima de su comprensión como seres humanos con historias encuadradas en distintas dimensiones de la experiencia humana.

Una suerte de anécdota me resulta esclarecedora: en el intento de contactar a un excombatiente noté que, aunque manifestaba interés, no lográbamos concertar ningún encuentro. Esta situación me comenzó a inquietar y en torno a esta comenzaron a emerger las preguntas respecto a ¿qué le brindaba a los excombatientes establecer una relación conmigo? ¿Qué podía devolverles la acción de mi escucha? Estos fueron los primeros atisbos de la pregunta sobre el cuidado del otro perpetrador en el proceso de la escucha.

Era mío el interrogante sobre su pasado y la devolución del acto de contar, que supone cualquier relación de investigación, estaba en entredicho. Por un lado el acto de relatar las experiencias vinculadas a la perpetración de violencia no promovía sensaciones de bienestar y requería de un acompañamiento particular; por otro lado no lograba dilucidar qué podía significar el acto de contar para ellos: ¿cómo se configuraba la devolución? ¿Qué les aportaba contar? Yo carecía de las herramientas necesarias para acompañarles en este proceso de cuidado.

Comencé considerando que en el acto de escuchar a quienes han sufrido y acompañar el proceso de elaboración de lo vivido, hay una devolución implícita: las sensaciones de bienestar y reconocimiento que puede llegar a promover la palabra; la elaboración de lo vivido y la atribución de significados al pasado; reconocer cómo se resistió, desprivatizar el daño al señalar a los responsables.

El carácter de las memorias de los excombatientes es distinto al de las víctimas: ¿cómo elaborar lo vivido siendo parte de un grupo armado para lograr resignificarlo y promover sensaciones de bienestar? El contenido de las narrativas de los excombatientes se puede entender como un conocimiento que contamina, envenena (Martínez, inédito, pág. 9), esta consideración pone en cuestión el alcance de la escucha.

El trabajo con excombatientes tiene una demanda emocional distinta, ya no se trata de que la identificación con las víctimas nos produzca malestares o nos lleve a quemarnos; sino que se despierte en nosotros culpa o vergüenza por habernos prestado para escuchar a quien hizo daño, además de lo difícil que nos puede resultar hablar de las dificultades en la escucha, ¿cómo explicar nuestras sensaciones de repulsión sin que éstas sean leídas como una afrenta a La Paz? ¿Cómo contar que empezamos a desarrollar afectos por aquellos a quienes escuchamos? ¿cómo nos presentamos a nosotros mismos como identificados o dolidos por lo que le sucede a alguien que violentó a otros?

Escuchar a quienes han combatido nos ha conducido a entender la dinámica del conflicto armado, el proceso de configuración de los grupos armados y los sentidos de la perpetración de violencia. En este contexto su contribución a la verdad en escenarios institucionales les sitúa en el marco de la justicia transicional y con ello en el trance entre verdad - justicia, lo que configura una suerte de devolución a su narrativa.

A estas consideraciones sobre la escucha a los excombatientes, se sumaron las sensaciones de alivio que percibía en mí cuando los encuentros con ellos se cancelaban. Traté de obligarme a establecer estos encuentros, pero en mí persistía la zozobra y el malestar. Mis

emociones de malestar revelaron la distancia con que me relacionaba con los excombatientes y resuenan con las ideas que Shoshan nos indica.

Estas emociones eran significativamente diferentes a las que he vivido al entablar relaciones con víctimas. Al respecto Martínez indica que en la relación con las víctimas se configura la disolución de la diferencia entre objeto y sujeto, conduciendo al “intercambio de experiencias a través de una ‘comunidad’[entre investigadores y colaboradores]” (inédito, pág. 2).

En este sentido, mientras con las víctimas se consolida la empatía y se busca la cercanía, la aprehensión moral y el miedo a contaminarnos con el mal conduce a buscar la distancia con quienes han estado en el rol de victimarios. En el relacionamiento con los excombatientes partía además de la sospecha, creía que ellos iban a construir “monumentos” con respecto a su experiencia.

Retomando la conceptualización que Ahmed elabora sobre las emociones vinculadas a las sensaciones corporales y los juicios, mis reacciones podrían entenderse como expresiones emocionales frente a los excombatientes. Precisamente las emociones resultaron una suerte de filtro para acercarme a las experiencias de los excombatientes, en que hacerle preguntas a mis sensaciones condujo a considerar las emociones como tal, a reconocer que median el relacionamiento con los excombatientes más allá de la corrección política, y que tienen manifestaciones corporales y cognitivas.

Si bien el análisis y reconocimiento es necesario para comenzar a tensionar las convicciones y promover un ejercicio transformador, quiero relevar la importancia que el cuidado de sí y el cuidado del otro tiene en el trabajo de acercarnos a los relatos de otros. Reconocernos como parte de la relación de investigación y no solo como receptores de información resulta definitivo en el proceso de aprendizaje: le da lugar a nuestras sensaciones y reta el alcance de las metodologías que hemos desarrollado; nos sitúa en el proceso, nos permite considerar nuestra voz y comenzar a enfocar nuestros “puntos ciegos personales y de nuestra disciplina” (Martínez, inédito, pág. 23).

En este orden de ideas no solo aprendemos sobre el otro a quien investigamos, sino que al permitirnos observarnos también se consolidan aprendizajes e incluso pueden crearse nuevas posibilidades metodológicas, escenarios investigativos y temas de análisis. El reconocimiento de nuestras sensaciones en relación con los otros puede además promover prácticas de cuidado en el trabajo, donde el conocimiento no nos lesione, ni nos relegue.

Hay un reto enorme al respecto: la asimilación de las emociones como un atributo femenino y por tanto su posicionamiento como subalterno e incluso contrario a la razón (Jimeno, 2019; Ahmed, 2015), nos invita a promover miradas reivindicadoras al respecto, de acuerdo con las cuales la razón y las emociones no riñen, sino que complejizan la perspectiva que construimos y no nos ubican como “el testigo modesto” (Haraway, 1997) de lo que sucede, sino como agentes de las relaciones que construimos y del conocimiento que vamos consolidando. Quizá implica no solo situarnos a partir del recorrido profesional y académico que hemos hecho, sino de cómo nuestra emocionalidad está integrada a las aproximaciones sobre que emprendemos frente a aquello que queremos estudiar.

Esta perspectiva sobre nosotras mismas nos conduce a reconocer los contornos de nuestro pensamiento, el nudo que se construye entre nuestro cuerpo, nuestra cognición y la expresión emocional. A partir de dicho reconocimiento podemos ejercitar la crítica: “poner los límites entre signos de interrogación, detonarlos con la fuerza de la sospecha de que en realidad sean nuestros límites” (Cabra, 2017, pag. 170). Con esto no me refiero a obviar nuestras sensaciones y por ende bloquearlas para seguir adelante en los procesos de investigación sino, parafraseando a Guber (2001, pág.7), ejercitar la ignorancia, poner en cuestión las certezas y aprender en términos que no sean propios.

Como método para afrontar los dilemas y darme lugar ante las confrontaciones éticas y las reacciones emocionales que viví, acudí a la aproximación a distinto material escrito y audiovisual y a partir de este consolidé escenarios ficticios en que me encontraba con excombatientes y escuchaba y reaccionaba frente a sus historias. De esta forma “enfrenté lo desagradable” (Shoshan, pág. 156).

El material revisado condujo a la aproximación a los excombatientes. Resultó estratégico no entablar relaciones presenciales, no enfrentarme a rostros y actitudes en el plano físico del mundo que habitamos, es posible que hubiera abandonado el encuentro si me hubiera sentido lastimada por las palabras o acciones de esos otros excombatientes. La ficción me permitió, al decir de Cabra “otros modos de encuentro, sin escapar cuando sentimos que estamos perdiendo el control o la certeza de lo conocido, tener el valor de vivir en la incertidumbre, asumir el coraje de exponernos a sentir lo que antes no hemos imaginado” (Cabrà, 2017, pag. 181).

La ficción fue entonces una aliada para permitirme la relación, a pesar de los dilemas que ésta en sí misma me generaba, me permitió además crear a partir del reconocimiento de los excombatientes. Esta forma de trabajar interpeló los métodos que conocía para acercarme a otros y comprender desde sus perspectivas los hechos que habían vivido, descubrí que la lectura y revisión de distinto material tenía la potencialidad de convocar reflexiones y pensamientos que me llevaron a acercarme a los sentidos de experiencias que para mí eran desconocidos.

Al decir de Martínez, “(...) dejarse afectar por el sentido del violento sería aceptarlo como ser dentro del orden de las cosas de nuestro mundo” (inédito, pág. 9), la apuesta metodológica de esta tesis me condujo a “producir” literalmente a los otros, a intentar situar mi mente y mis emociones en sus experiencias y en la posibilidad de construir una relación con ellos. La actividad de la creación del otro, de la traducción de los sentidos de su pensamiento y vivencias configuran también el carácter de la revisión que llevé a cabo y del proceso de escritura en que se decantó,

De acuerdo con la comprensión de las historias de los excombatientes ancladas a la violencia, mediante el material y la ficción me acerqué a otras dimensiones de la experiencia de los excombatientes. No se trata de un ejercicio descriptivo, no se consolida para proponer datos sobre las experiencias, sino que busca poner en conversación estas, así como los movimientos pasado, presente y porvenir como dinámica que nos constituye.

La ficción permitió materializar la intención de complejizar la narrativa hegemónica, a través de la propuesta de relatos que no se configuran en torno a la violencia. En el marco de esta tesis, éstos nos permiten conocer los sentidos de la vida en filas; este conocimiento puede aportar a la comprensión del tránsito hacia la vida civil y los vínculos con las experiencias en armas, interpelando la idea de esos otros armados como inhumanos y ampliando la lectura que hacemos sobre su experiencia.

Asimismo, el carácter emotivo de los relatos fue posible precisamente por la ficción, proyectando encuentros en escenarios de confianza en que los hombres podían darle lugar a la expresión de sus emociones. La creación de dichos encuentros no solo supone la proyección de futuros posibles relativos al encuentro con excombatientes, sino también a la consideración de pasados posibles.

Para mí este trabajo resulta una contribución a la consideración de relatos alternativos, desmarcados de la violencia. Éstos dejaron impresiones en mí, retan el terreno de lo conocido y me invitaron a acercarme a aquellos otros que me eran distantes. La posibilidad de afrontar el pánico moral, no renunciar y crear en perspectiva de interpelar mis sensaciones y pensamientos resultó transformador para mí, no solo fue una experiencia de conocimiento sino que resueno en “el anhelo de generar cambios, que la razón cínica nos ha enseñado a despreciar como una ilusión casi infantil, es puesto en primer plano como propósito de mi pensamiento y de mi acción” (172).

Bibliografía

Adichie, C “El peligro de la historia única”. Random House

Ahmed, S. (2015) La política cultural de las emociones. México

Angosto, L. (2013) Maneras de vivir: cultura, biología y la labor antropológica. según Tim Ingold. En Revista de Antropología Iberoamericana. Volumen 8. Número 3. Septiembre - Diciembre de 2013. págs. 285 - 302.
<https://www.aibr.org/antropologia/netesp/numeros/0803/080302.pdf>

Aquino, A (2013) La subjetividad a debate, Sociológica, año 28, número 80. Págs.. 259 – 278.

Augé, M (2007) El oficio de antropólogo. Sentido y libertad. España.

Behar, R (1996) The vulnerable observer. Anthropology that breaks your heart. Páginas 1 - 33.

Behar, R (2009) Cuéntame algo, aunque sea una mentira. Las historias de la comadre Esperanza. México.

Beltrán, Ingrid; Ojeda, Diana, Rivera, Claudia. “La “princesa antropóloga”: disciplinamiento de cuerpos feminizados y método etnográfico”. Revista Nómadas 51. Octubre de 2019. Universidad Central - Colombia. páginas 99 - 115. En: <http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/revista-nomadas/convocatoria-otras-secciones/2563-violencias-de-genero-en-las-universidades-nomadas-51/2-reflexiones-y-retos-pedagogicos-y-metodologicos/1036-la-princesa-antropologa-disciplinamiento-de-cuerpos-feminizados-y-metodo-etnografico>

Benjamin, W. (1923) La tarea del traductor. Recuperada en mayo de 2020. Disponible en: <https://programadssrr.files.wordpress.com/2013/05/la-tarea-del-traductor-walter-benjamin.pdf>

Biehl, J., Good, B., & Kleinman, A. (Eds.). (2007). Introduction: rethinking Subjectivity en Subjectivity: Ethnographic Investigations. University of California Press. Retrieved April 11, 2020, from www.jstor.org/stable/10.1525/j.ctt1pnpkw

Biehl, J. (2016). La etnografía en el camino de la teoría en Etnografías contemporáneas 2 (3), páginas 226 - 254.

Bolívar, I. J. (1). Las AUC como una formación elitista: Normalidad social, legítima defensa y producción de diferencias. REVISTA CONTROVERSIA, (185), 52-88. Recuperado a partir de [https://revistacontroversia.com/index.php?journal=controversia&page=article&op=view&path\[\]=219](https://revistacontroversia.com/index.php?journal=controversia&page=article&op=view&path[]=219)

Blair, E y Londoño, L (2003). Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres. Nómadas, No. 19. Págs. 106 – 115. Universidad Central. Bogotá.

Brunn, C (2018) Wound - up worlds and The Wind-up Girl: on the anthropology of climate change and climate fiction. Revista Tapuya: Latin America Science, Technology and Society. Páginas 186 -200. Disponible en: <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/25729861.2018.1485245>

Cabrera, P. compiladora. (2017) Antropología de la subjetividad. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad e Buenos Aires.

Centro Nacional de Memoria Histórica -CNMH- (2013) “Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica”. Bogotá.

CNMH (2014) Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia/ Martha Nubia Bello Albarracín & otros. Bogotá.

Cortes, C. (2017) Resituando el diario/bitácora/sketch en la producción de conocimiento y sentido antropológico. Revista Íconos. Dossier Etnografías experimentales: repensar el trabajo de campo. Número 59. Recuperado en marzo de 2020. Disponible en: <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/2612>

De la Garza, E. y Leyva, G (2010) Introducción y presentación en Tratado de Metodología de las Ciencias Sociales: perspectivas actuales. páginas 2-28.

Escamilla, D y Novoa, D (2017) Conflicto y memoria: trayectorias de vida como metodología para comprender el conflicto armado colombiano.

Escobar, Natalia, 2018, “¡No Es Mi Culpa! Enfrentando el acoso sexual y la violencia de género en trabajo de campo”, en: Cadernos de Campo, Vol. 27, No. 1, pp. 256-273. En: <http://www.revistas.usp.br/cadernosdecampo/article/download/141752/149908/>

Esteban, M. (2004) Antropología encarnada. Antropología desde una misma. Recuperado en junio de 2019. Disponible en: <http://www.ehu.eus/CEIC/papeles/12.pdf>

García, A. (2019) “Desde el conflicto: epistemología y política en las etnografías feministas” Antípoda. Revista de Antropología y arqueología. Número 35. Bogotá. abril - junio. pág. 3 - 21.

Geertz, C. (1989) El antropólogo como autor. Barcelona, España.

Guber, R (2001) La etnografía, método, campo y reflexividad. Grupo editorial Norma. Bogotá.

Gutmann, M (1999) Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad, Horizontes Antropológicos, págs. 245 - 286.

Ingold, T. (2007). Líneas. Una breve historia. Gedisa, España. Páginas. 10 - 23.

Ingold, T. (2013) Bodies on the run en Making: Anthropology, Archaeology, Art and Architecture. Páginas. 91 -108.

_____ (2013) La antropología en crisis. El Clarín. Recuperado en marzo de 2020. Disponible en: https://www.clarin.com/ideas/tim-ingold-antropologia-crisis_0_rkib57njPme.html

_____ (2015) Soñando con dragones: sobre la imaginación de la vida real. Revista Nómadas 42, abril. Páginas 13 - 31. Universidad Central, Colombia.

_____ (2017) ¡Suficiente con la etnografía! Revista Colombiana de Antropología, vol. 53, número 2, julio - diciembre, 2017. páginas 143 - 159. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Jimeno, M (2006) Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida. Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá.

Jimeno, M (2016) Introducción. El enfoque narrativo en Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Leyva, G (2010) La hermenéutica clásica y su impacto en la epistemología y teoría social hoy en De la Garza, E. y Leyva, G (2010) Tratado de Metodología de las Ciencias Sociales: perspectivas actuales. Páginas 140 - 200.

Longa, F (2010). Trayectorías e historias de vida: perspectivas metodológicas para el estudio de las biografías militantes. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad

Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

McLean, S (2017) Anthropology: a fabulatory art en Fictionalizing Anthropology. Encounters and Fabulations at the Edges of the Human. Recuperado en mayo de 2020. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/10.5749/j.ctt1pwt807?turn_away=true

Minello, N (2002) Masculinidades: un concepto en construcción. Nueva Antropología, septiembre, vol. XVIII, número 61. Nueva Antropología, D.F. págs.. 11 – 30.

Petit, M. (2015) “Leer es clave para habitar el mundo”. Entrevista para El Clarín. Recuperado en mayo de 2020. Disponible en: https://www.clarin.com/rn/ideas/Leer-clave-habitar-mundo_0_HJ11OFvXg.html

Pink, S. (2017). Antropología en el linde del futuro. ResearchGate. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/324175985_Etnografia_en_el_linde_del_futuro

Prada, N, Herrera, S y Ortíz, A (2012). ¡A mí me sacaron volada de allá! Relatos de vida de mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá. Bogotá: Alcaldía mayor de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (ACAC).

Restrepo, E (2016) Etnografía: alcances, técnicas y éticas. Facultad de Ciencias Sociales, Envión Editores Departamento de Estudios Culturales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Sáez de Ibarra, M. “Fragmentos: un lugar común”. Recuperado en febrero de 2020. Disponible en: <http://especiales.revistaarcadia.com/contramonumento-fragmentos/el-punto-de-vista-conceptual.html>

Simon, S y Bibeau, G (2016). Etnografía y ficción. Ficciones de la etnografía. Revista de antropología Experimental. Recuperado en febrero de 2020. Disponible en: <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

Susan Sontag (2010) Ante el dolor de los demás. Penguin Random House Grupo Editorial. impreso en Colombia. Edición en español

Suárez, J. (2011) La edad del desarrollo. Señoritas y muchachos en la selva que se acaba. Tesis presentada para optar al título de Magíster en estudios amazónicos.

Shoshan, Nitzan. Más allá de la empatía: la escritura etnográfica de lo desagradable. Nueva antropol, México , v. 28, n. 83, p. 147-162, dic. 2015 . Disponible en <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362015000200008&lng=es&nrm=iso>. recuperado en abril de 2020.

Visacovsky, S Lo narrativo y la investigación antropológica sobre la producción de historias en Etnografías contemporâneas III: las narrativas en la investigación antropológica. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Viveros, M. (2013) Género, raza y nación. Los réditos políticos de la masculinidad blanca en Colombia. Revista Maguaré. Vol. 27, número 1. (enero - junio). págs. 71 - 104.

Mi campo/bibliografía

Alexiéovich, S. (2013) “La guerra no tiene rostro de mujer”. Bogotá.

_____ (2016) “Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán”. Bogotá.

Arango, C. (2019) “Henry Castellanos Garzón. ‘Romaña’ Un día después de la guerra”

Aranguren, J. P. (2007) Construcción de un combatiente o el desdibujamiento del sujeto en la guerra. Revista Maguaré No. 21, págs. 243 – 269

_____ (2011), Las inscripciones de la guerra en el cuerpo de los jóvenes combatientes: historias de cuerpos en tránsito hacia la vida civil, Uniandes.

Arjona, A. M. (2008). Grupos armados, comunidades y órdenes locales: interacciones complejas. In F. González (Ed.), *Hacia la reconstrucción del país. Desarrollo, Política y Territorio en regiones afectadas por el conflicto armado, Colombia* (Cinep-Od, pp. 105–167).

BBC Mundo. “Así fue el día en que me entregaron el arma y el día que la dejé’: los recuerdos de los guerrilleros de las Farc en un día histórico para la paz en Colombia”. 27 de junio de 2017. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-40414085>

Becker, J. (2008). Los niños-soldado. *Estudios de Política Exterior*, 22(124), 187–197. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/20647005>

Caraballo Acuña, V. (2010). *EXPERIENCIAS POLÍTICAS Y ÓRDENES LOCALES. Transformaciones del control paramilitar de la vida cotidiana en Barrancabermeja*. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.

Centro Nacional de Memoria Histórica, (2016), Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013), CNMH – IEPRI, Bogotá. Introducción y capítulo I.

_____ (2016) “Esa mina llevaba mi nombre”. Bogotá.

_____ (2017) “Una guerra sin edad”. Informe nacional de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado colombiano”, Bogotá. Introducción, capítulo 3

_____ (2017) De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC). Capítulo II.

_____ (2018) Bloque Calima de las AUC. Depredación Paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano. Introducción y capítulo I.

_____ (2018) Catatumbo. Memorias de vida y dignidad.

_____ (2019) “Recuerdos de selva. Memorias de integrantes de la Fuerza Pública víctimas de secuestro”. Recuperado en 2019, disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recuerdos-de-selva/recuerdos-de-selva.pdf>

Céspedes, S.M. (2015). Disposiciones, trayectorias e imaginarios sociales de Estado y ciudadanía en el proceso de reintegración de guerrilleros y paramilitares en Colombia. *Revista Colombiana de Sociología*, 38(1), 185 – 209.

Cultura inquieta (2018) Fotografías que nos muestran cómo la guerra cambia los rostros de los soldados. Recuperado en enero de 2020. Disponible en: <https://culturainquieta.com/es/foto/item/13601-fotografias-nos-muestran-como-la-guerra-cambia-los-rostros-de-los-soldados.html>

Diez de Palma, J. (2012) “El festín de la muerte”. Ediciones SM.

El Colombiano. “De excombatientes de Farc a emprendedores”. 30 de enero de 2019. Disponible en: <https://www.elcolombiano.com/colombia/de-excombatientes-de-farc-a-emprendedores-MC10122349>

El País (2020) “Morir es un alivio”: 33 exnarcos explican por qué gracia la guerra contra la droga. Recuperado en enero de 2020. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2020/01/09/planeta_futuro/1578565039_747970.html

El Tiempo, “El curioso país de las Farc”. 29 de julio de 2001. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-450498>

_____, “¿Qué sucede en Colombia con la salud mental de los veteranos de guerra” 17 de febrero de 2018. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/salud-mental-de-los-veteranos-de-guerra-en-colombia-183986>

Fuerzas Armadas Revolucionarias del Común, Ejército del Pueblo. “Estatuto”

Londoño, L. M., & Nieto, Y. F. (2006). *Mujeres no contadas. Procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990 - 2003*. Medellín: La Carreta Editores E.U Instituto de Estudios Regionales. Universidad de Antioquia (INER).

López, M (2009) Las mujeres imaginadas de la guerra. Narraciones de excombatientes paramilitares sobre las mujeres y el conflicto armado. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Lozano, P. (2015) “Era como mi sombra”. Bogotá.

Madariaga, P. (2006). *Matan y matan y uno sigue ahí. Control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales Departamento de Antropología.

Martínez, M. (2020) “Cosas que no están escritas en el texto”: una exploración sobre la investigación antropológica con los violentos. Inédito.

Massis, D. (2019) BBC News Mundo (2020) “necesitaba comprender por qué un soldado da 6 tiros en la cabeza a un joven herido que no representaba amenaza para su vida”.

Medina Arbeláez, C. (2009). *“No porque seas paraco o seas guerrillero tienes que ser un animal”*. *Procesos de socialización en FARC - EP, ELN y grupos paramilitares (1996 - 2006)*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencia Política.

Molano, A. (2009) *Ahí les dejo esos fierros*. Bogotá.

Monroy, S (2013) *El presente permanente. Por una antropografía de la violencia a partir del caso de Urabá, Colombia*. Bogotá.

Muñoz, H. (2015) *Hacerse hombre. La construcción de masculinidades desde las subjetividades: un análisis a través de relatos de vida de hombres colombianos*. Memoria para optar al grado de doctor. Universidad complutense de Madrid.

O’Brien, T. (1990) “Las cosas que llevaban los hombres que lucharon”.

Pinzón, Nelson (2010) ““Los rurales y los urbanos’ Historias de vida de ex combatientes paramilitares de los Bloques Centauros y Capital entre los años 2000 - 2006””. Tesis para optar al título de Magister. Instituto de estudios políticos y relaciones internacionales. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Prieto Sanabria, J. D. (2012). *Historias de violencia: trayectorias en el conflicto de víctimas, excombatientes y comunidades*. In *Guerras, paces y vidas entrelazadas. Coexistencia y relaciones locales entre víctimas, excombatientes y comunidades en Colombia*. (pp. 57–68). Departamento de Ciencia Política, CESO, Ediciones Uniandes.

Remarque, E. (1929) “Sin novedad en el frente”.

Revista Semana. “Guerrilleros rasos se atreven a pintar la vida lejos de la guerra”. 29 de enero de 2017. Disponible en: <https://www.semana.com/nacion/articulo/guerrilleros-rasos-de-las-farc-llegan-a-zonas-veredales/513784/>

_____, “La guerra de los paras”. Disponible en: <https://www.semana.com/especiales/articulo/la-guerra-paras/45732-3/>

Sánchez, M. (2017) “Las consecuencias de la guerra en las emociones y la salud mental. Una historia de la psicopatología y medicalización en los frentes bélicos de Occidente (1914 - 1975). Revista de estudios sociales, páginas 90 - 101. Disponible en: <https://journals.openedition.org/revestudsoc/1042>

Serrato, L. (2009) “Proceso de subjetivación en mujeres excombatientes” Trabajo de grado para optar al título Magister en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá. Introducción , capítulo 1 y 2.

Télam. Colombia. “Cinco historias de desmovilizados de Farc y paramilitares”. Disponible en: <https://www.telam.com.ar/notas/201312/43288-cinco-historias-de-desmovilizados-de-farc-y-paramilitares.html>

Theidon, K. (2009). *Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia* (Fundación Ideas para la Paz No. 5). Bogotá.

Vásquez, M (1998) Escrito para no morir. Bitácora de una militancia. Premio Nacional de Testimonio, Ministerio de Cultura.

Vásquez, M. Diario de una militancia. Recuperado en octubre de 2018. Disponible en: <https://es.scribd.com/document/188456508/Vasquez-Diario-de-Una-Militancia>

Vanegas, J (2017). ¡A mucho honor guerrillera!: un análisis sobre la vida de las mujeres guerrilleras en Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género, Bogotá. Capítulos 4 y 5.

Villamizar, D (2010), Reintegración de excombatientes y construcción de paz en el barrio Santa Rosa en Bogotá, un estudio de caso. Especialización en Acción sin daño y construcción de paz, Universidad Nacional de Colombia.

Audiovisual

ABC News. (2011) ““No somos los muertos”: soldados en misión afgana”. 23 de diciembre de 2011.

Agencia Prensa Rural. “Trujillo: 46 años de lucha guerrillera”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=S7ECuFcF_bk&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=2&ab_channel=AgenciaPrensaRural

“Band of brothers”. (2001) Miniserie de televisión HBO, 10 capítulos.

Biblioteca Vasconcelos, “La literatura, herramienta para abordar temas como la guerra, por Pilar Lozano”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ZQTAgUHtQ4&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=90&ab_channel=NoticiasUnoColombia

“Castillo de arena” 2017. Película

CNMH (2019) “Detrás del uniforme”. Micrositio. Recuperado en octubre de 2019, disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/detras-del-uniforme/>

CNMH (2019) “Recuerdos de selva”. Micrositio disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recuerdos-de-selva/>

ColombiaSeAbraza, “Colombia necesita más reencuentros, más abrazos”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=HT-lwgR40pg&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=92&ab_channel=ColombiaSeAbraza

“Distrito salvaje”. Serie. 2 temporadas, 20 capítulos.

Ejército Nacional de Colombia, “Así se entrenan nuestros héroes contra el narcotráfico - parte 1”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=w0ID9SNbmWE&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=6&ab_channel=Ej%C3%A9rcitoNacionaldeColombia

_____, “Así se produce una ración de campaña para los soldados del Ejército de Colombia”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=62j-rydiQIs&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=30&ab_channel=Ej%C3%A9rcitoNacionaldeColombia

_____, “Servir a Colombia, el mayor orgullo para un soldado”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=9hHy0CiIFw&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=48&ab_channel=Ej%C3%A9rcitoNacionaldeColombia

_____, “Así fue la sorpresa para dos de nuestros héroes en el día del padre”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=IK0NbXp5Gpk&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=93&ab_channel=Ej%C3%A9rcitoNacionaldeColombia

Francisco Alonso, “Malicia para la milia/Tips para el servicio”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=nDUIA8pJVoi&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=34&ab_channel=FranciscoAlonso

Fuerzas Militares de Colombia, “Exigente prueba física para los hombres de las Fuerzas Militares”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=ii64QYUU0o0&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=7&ab_channel=FuerzasMilitaresdeColombia

_____, “Como impermeabilizan el equipo de campaña los soldados”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=7La6bAIm0yM&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=29&ab_channel=FuerzasMilitaresdeColombia

_____, “Cantos militares de soldados en Tolomaida”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=tAey2NcjEck&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=21&ab_channel=FuerzasMilitaresdeColombia

_____, “Soldado profesional cuenta lo difícil que es patrullar en la selva del Guaviare”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=e6OhZBlzrdY&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=22&ab_channel=FuerzasMilitaresdeColombia

Gustavo Adolfo Muñoz, “Ejército colombiano en combate”. Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=pNJIqpCVbN0&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=78&bpctr=1601306211&ab_channel=GUSTAVOADOLFOMU%C3%91OZ

“Hasta el último hombre”. Película 2016.

Hen Cag, “Combates guerrilla de la Farc y Ejército en Arauca” en:
https://www.youtube.com/watch?v=AenBHmZychY&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=20&t=225s&ab_channel=HENCAG

“Himno de las Farc-EP” en:
https://www.youtube.com/watch?v=uPoR9YIzpqY&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=2&ab_channel=EduardoMartinez

Joshepe P, “Ejército de Colombia fusil Galil 5.56”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=OZZkZW0jew&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=10&ab_channel=JoshepeP

JuanDa Guzmán, “Servicio militar”. parte 1 y 2. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=gcGU5TKOGnM&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=32&ab_channel=JuanDaGuzm%C3%A1nJ.

KienyKe, “La última bala que disparé”, testimonios de guerrilleros de las Farc”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=X-XKs1zeVTY&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=8&ab_channel=Kienyke

La Chapola sin Censura “¿Qué es el economato en las Farc EP?” Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=JU_VgwFtAo8&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=58&ab_channel=LaChapolaSinCensura

_____ “¿Cómo es la caleta de un guerrillero”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=RgFWNFj90SM&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=59&ab_channel=LaChapolaSinCensura

_____ “La rancha (la cocina de las Farc-EP)”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=MJdt6Vaonvk&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=60&ab_channel=LaChapolaSinCensura

Las2Orillas, “Ser médico en las Farc”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=PphGcuz1rzU&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=83&ab_channel=Las2orillas

La Opinión Cúcuta, “Entrevista a Jimmy Guerrero, comandante del Frente 33 de las Farc”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=PxoZLkeodic&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=85&ab_channel=LaOpini%C3%B3nC%C3%BAcuta

“Medallas de honor”. Serie. 10 capítulos

Mr. Jurado, canal de youtube. Disponible en: <https://www.youtube.com/channel/UCv6tgIHROFZiDtK0wv4ujZQ>

Mr. Jurado, “Himno del recluta” Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=y-sfH4rdr_c&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=66&ab_channel=MrJose

Noticias UNO, “Farc grabaron combates contra militares en Cauca”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=_ZQTAgUHtQ4&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=90&ab_channel=NoticiasUnoColombia

Noticiero Barrio Adentro. “Las Farc - EP en sus campamentos de paz”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ISkSbSOLYsM&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=26&ab_channel=NoticieroBarrioAdentro

NC - Nueva Colombia, “Un día en la guerrilla”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ZHLMWIRIQrA&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=80&ab_channel=NC-NuevaColombia

_____, “El perro es también el mejor amigo de los guerrilleros y guerrilleras de las Farc”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=PvwgGhfATkA&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=81&ab_channel=NC-NuevaColombia

Partido Comunista de Venezuela, “Antes de la tormenta. Parte I” Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ZV0RErhE5Qk&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=4&ab_channel=PartidoComunistadeVenezuela

Partido Comunista de Venezuela, “Antes de la tormenta. Parte II” Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=DHmS9wXH1Ks&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=5&ab_channel=PartidoComunistadeVenezuela

Platoon. Película 1986.

Pinerap.P.R. “El Recluta”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=f5VRGgNJnE&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=63&ab_channel=PINERAPP.R

Revista Semana, “En las entrañas del bloque oriental de las Farc”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=ENbvZffC4G0&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=3&ab_channel=RevistaSemana

Samuel Diaz, “Champe Farc - EP”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=EW_N8Hg7Hlg&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=67&ab_channel=SamuelRol%C3%B3n

Soldieranom, “Ejército de Colombia- Comendos AR mito o verdad”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=F6HIPPL0jH4&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=64&ab_channel=soldieranom

Tomas Aranguren, “Rescate Soldados Heridos Ejército Arauca Colombia”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=mmEVgrNFTFE&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=76&ab_channel=TomasAranguren

Yonhathan Achury, “Fusil 556 Galil Colombia”. Disponible en:
https://www.youtube.com/watch?v=kbSNQD3k2Tk&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-qySPDKH-&index=9&ab_channel=YonhathanAchury

Universidad Nacional de Colombia. “José: excombatiente de las Farc” en Historias del conflicto armado y procesos de paz en Colombia, 2019 en:
<http://unradio.unal.edu.co/nc/detalle/cat/historias-del-conflicto-armado-y-procesos-de-paz-en-colombia/article/jose-excombatiente-de-las-farc.html>

_____ “John: desmovilizado de las Farc”. Historias del conflicto armado y procesos de paz en Colombia, 2018. Disponible en:
<http://unradio.unal.edu.co/nc/detalle/cat/historias-del-conflicto-armado-y-procesos-de-paz-en-colombia/article/john-desmovilizado-de-las-farc.html>

_____ “Yordan Ordoñez. desvinculado de las AUC” en Historias del conflicto armado y procesos de paz en Colombia, 2017 en:
<http://unradio.unal.edu.co/nc/detalle/cat/historias-del-conflicto-armado-y-procesos-de-paz-en-colombia/article/yordan-ordonez-desvinculado-de-las-autodefensas-unidas-de-colombia.html>

_____ “Antonio. Excombatiente de las AUC” en Historias del conflicto armado y procesos de paz en Colombia, 2019. Disponible en: <http://unradio.unal.edu.co/nc/detalle/cat/historias-del-conflicto-armado-y-procesos-de-paz-en-colombia/article/antonio-ex-combatiente-de-las-auc.html>

Universidad Central (2019) “Masculinidades, relatos de excombatientes”. Serie web, recuperada en diciembre de 2019, disponible en: <https://www.ucentral.edu.co/masculinidades/masculinidades-relatos-ex-combatientes>

Verdad abierta, “Especial Nudo del Paramillo: las Farc y los urabeños”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=xkF1yTE7its&list=PLcvNL6J18YVMKkz7Gq-2ysa6-gySPDKH-&index=46&ab_channel=VerdadAbierta

1917. Película. 2020.